Las presidencias peronistas

La primera presidencia de Perón

Testimonios y documentos

Hugo Gambini

BIBLIOTECA POLITICA ARGENTINA

Centro Editor de América Latina

Dirección: Oscar Troncoso
Secretaría de redacción: Margarita B. Pontieri
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Diagramación: Gustavo Valdés, Alberto Oneto, Diego Oviedo
Coordinación y producción: Natalio Lukawecki, Juan Carlos Giraudo

© 1983 Centro Editor de América Latina S.A. - Junín 981, Buenos Aires.
Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Impreso en abril de 1983. Pliegos interiores: compuesto en Gráfica Integral Av. Pueyrredón 538, 4to. piso, Buenos Aires; Impreso en Talleres Gráficos FA. VA. RO. SAIC y F, Independencia 3277/79, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina: Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2489, 5to. C, Buenos Aires.
Interior: Distrimeco S. R. L., Av. La Plata 2138, Capital.

ISBN 950 25 000 6

PROLOGO

Entre los años 1966 y 1968 realicé una investigación periodística sobre los orígenes del peronismo y su forma de gobierno. Esa tarea me fue encargada por la revista *Primera Plana* –entonces dirigida por Ramiro de Casasbellas– con el propósito de publicar una larga serie de notas sobre las dos primeras presidencias, bajo el título Historia del Peronismo. Las mismas se editaron semanalmente y con gran repercusión, pues era la primera vez que se revelaban detalles inéditos de los episodios más conocidos, a través de sus propios protagonistas. Durante toda esa apasionante tarea debí entrevistar a las principales figuras del "peronismo histórico" –como se lo denomina ahora– que aún sobrevivían, de las que logré obtener valiosos testimonios. Eso me permitió reconstruir situaciones, rescatar diálogos íntimos de Perón con sus colaboradores de entonces y hallar los elementos necesarios para poder describir aquel clima político lo más aproximadamente posible, desde una óptica aún desconocida. Era la visión del peronismo por dentro, muy diferente de la versión apocalíptica de sus más encarnizados adversarios y también distinta de la interpretación angelical de sus panegiristas. Llegaron infinidad de cartas de lectores y todas ellas no hicieron más que corroborar los hechos tal como se contaban, agregando nuevos datos de interés. Fue muy poco lo que corrigieron; solo cuestiones de detalle. Esto, naturalmente, enriqueció aún más el trabajo.

Todos mis entrevistados quedaron agradecidos por la oportunidad que se les brindaba de aportar sus testimonios y –en muchos casos– de rescatarlos del olvido en que habían caído, aun después de haber sido figuras prominentes de aquel primer gobierno. Son ellos Arturo Jauretche, Cipriano Reyes, Eduardo Colom, Domingo A. Mercante, Luis F. Gay, Silverio Pontieri, Aurelio Hernández, José Alonso, José G. Espejo, Ricardo César Guardo, John W. Cooke, Raúl Bustos Fierro, Oscar Ivanissevich, Jerónimo Remorino, Hipólito Jesús Paz, José Miguel Francisco Luis Figuerola, Juan Carlos Picazo Elordy, Ramón A. Cereijo, Fidel Anadón, Carlos A. Emery, Julio V. Canessa, Juan F. Castro, Alfredo Gómez Morales, Juan E. Maggi, Rolando V. Lagomarsino, José Constantino Barro, Roberto Ares, José Emilio Visca, Antonio

Manuel Molinari, Mauricio Birabent, Abelardo Alvarez Prado y Roberto Quirós.

Algunos han fallecido; otros siguen militando en política y también están los que se apartaron definitivamente. Pero todos me abrieron las puertas de sus casas o de sus oficinas, me mostraron sus papeles y aceptaron el diálogo periodístico sin molestarse por mis notorias diferencias con el peronismo ni asustarse de mis críticas, a veces agresivas. Por el contrario, esto último permitió ahondar en el secreto de algunos episodios oscuros de la historia.

También conversé con nacionalistas disidentes, como Lucas Padilla y Ludovico Vitta, y con dos de los principales diputados de la oposición radical, Arturo Frondizi y Ricardo Balbín, quienes me completaron ciertos detalles de las informaciones.

Parte de ese material lo publiqué también en un libro, titulado *El primer gobierno de Perón* (Bs. As., 1971) y es el que compone los últimos seis capítulos de este trabajo, referidos principalmente a la política económica. Los otros cinco fueron conformados con material extraído de aquellas notas periodísticas –corregidas y actualizadas– para completar la crónica de la primera presidencia con testimonios sobre el triunfo electoral, la creación del nuevo partido, la dominación de los sindicatos y la política exterior.

Creo sinceramente que para poder convivir y compartir con el peronismo la vida democrática del país, tratándose de una poderosa e ineludible fuerza política, hay que empezar por entenderla. Pero no se la puede entender si no se la conoce. Y para eso hay que recurrir a datos históricos ciertos, desechando las leyendas, las falsas imputaciones y las retorcidas interpretaciones ideológicas. Solo observando fríamente sus orígenes y su desarrollo se podrá conocer realmente al peronismo –sin deformaciones ni equívocos–, ya sea para apoyarlo, para enfrentarlo o simplemente para saber de qué se trata. Me parece un punto fundamental en la futura convivencia política de los argentinos.

HUGO GAMBINI
Buenos Aires, abril de 1983

I

LAS ELECCIONES DE 1946

El martes 12 de febrero de 1946 debía ser proclamada la fórmula Perón-Quijano y los balcones de un viejo edificio de Diagonal Norte y Cerrito, frente al Obelisco, habían sido ornamentados para utilizarlos como tribuna, pero dos imprevistos amenazaron, a último momento, con frustrar el acto: la copiosa lluvia que comenzó a caer desde el mediodía y el fuerte resfrío que asaltó a Perón en las primeras horas de la tarde.

Sin embargo, a las seis ya se había colmado el cruce de las avenidas Corrientes y 9 de Julio y la Plaza de la República se veía alfombrada de cartelones sindicales que flotaban sobre una ola humana. Era una cantidad parecida a la que reclutaron los opositores, pero con otras características: cada veinte metros asomaba la silueta puntiaguda de un palo con una camisa flameando. *La Prensa* relataría después en su crónica que "algunos concurrentes vestían indumentarias que habitualmente no se observan en Buenos Aires, luciendo simples camisetas y cubriéndose de la llovizna con arpilleras". Desde la copa de los árboles partían estribillos como éstos: *"Sube la papa, sube el carbón y el 24 sube Perón"* y *"La unidad, ja, ja, ja, ay qué risa que me da"*. La solidaridad con la policía quedó documentada en esta cuarteta: *Viva la cana, viva el botón, viva Velazco y viva Perón"*.

A las 8 menos cuarto se anunció que "el líder no

podrá sacarse el saco porque padece de un resfrío". Con un perramus echado sobre los hombros y su traje blanco salpicado por la lluvia, Perón se asomaba temerosamente a los balcones, escoltado por Juan Duarte. Sus manos se entretenían en enroscar las carillas del discurso. Juan Atilio Bramuglia aprovechó el micrófono para invitar por radio a los simpatizantes peronistas a que escribieran con tiza el nombre de sus candidatos en todas las paredes del país. "Tenemos que suplir la falta de fondos", dijo. En pocos minutos el Obelisco se convirtió en la primera víctima.

Cuando se anunció la palabra de Perón, millares de antorchas improvisadas con diarios iluminaron el lugar. Perón comenzó a leer despaciosamente, pero las exclamaciones de júbilo impidieron que se lo escuchara. Alguien susurró a sus espaldas que adentro estaría más cómodo.

Perón volvió a entrar, y desde allí descargó su arenga, con la voz algo turbada por los nervios. El discurso duró una hora exacta y fue leído sin gesticulaciones. "Lo que en el fondo del drama argentino se debate –dijo–, es un simple partido de campeonato entre la justicia y la injusticia social. Nosotros conseguimos que se acabaran las negativas de los patrones a concurrir a los trámites conciliatorios promovidos por los obreros y terminamos con las infracciones sin sanción a las leyes del trabajo." Dirigiéndose a los hombres del campo, expresó: "¡De cada 35 habitantes rurales sólo uno es propietario! No andamos muy lejos cuando decimos que debe facilitarse el acceso a la propiedad rural. Hay que evitar la injusticia que representa el que 34 personas deban ir descalzas, descamisadas, sin techo y sin pan, para que un *lechuguino* venga a lucir la galerita y el bastón por la calle Florida, y aun se sienta con derecho a insultar a los agentes del orden porque conservan el orden que él, en su inconsciencia, trata de alterar con sus silbatinas a los descamisados".

Por su parte, Juan Hortensio Quijano intentó en su discurso una ampulosa definición, atribuyendo a Perón "la sangre fecunda del 90, el verbo de Alem y la idea de Yrigoyen". Ajena a las grandilocuencias, la multitud saludó esas palabras con el grito de *"A-bue-lito, a-bue-lito"*. Antes de cerrar el acto, un locutor sugirió que la desconcentración se hiciese en orden: "Como quiere nuestro líder, de casa al mitin y del mitin a casa".

El 24 de febrero

Toda esa masa enfervorizada, empalagada con el salario mínimo, el turismo social, el cumplimiento de la jornada de trabajo, la creación de los fueros laborales y el aguinaldo por decreto, estaba decidida a imponer a su líder. El éxtasis de las concentraciones se había propagado al interior del país, donde un slogan exaltaba las pasiones: "Y si es necesario, habrá que romper los alambrados para ir a votar".

Pero un partido político no se improvisa tan fácilmente, y Perón debió servirse del único aparato electoral que tenía a mano: los caudillos y jefes provinciales de la Junta Renovadora (la mayoría eran postergados militantes del radicalismo, acercados a Perón por resentimiento). "Cada caudillo que se pasaba al peronismo traía consigo una pequeña organización. Era gente ducha que entendía de elecciones y que sabía disponer la distribución de boletas, fiscales y planillas de cómputos. Por eso la mayoría de los candidatos a gobernadores fueron de extracción radical", recordaría Arturo Jauretche.

La conversión de estos radicales simplificó mucho las cosas a Perón, quien según Jauretche, "en un principio estaba dispuesto a incorporarse al radicalismo, siempre que se concretara el frente electoral entre la Junta Renovadora y el sabattinismo para sostener su candidatura, tal como lo habíamos planeado los forjistas". La indecisión de Amadeo Sabattini enfrió las negociaciones. "Perón siempre supo aprovechar con habilidad las ocasiones propicias. Su gran sentido oportunista se reveló apenas puso los ojos sobre el cinturón fabril que los años de la guerra habían enlazado alrededor de Buenos Aires. A él no se le debe la industrialización, como creen algunos, porque la industrialización comenzó a expandirse durante el gobierno de Castillo. Tampoco fue el encargado de traer peones rurales a las fábricas. Lo único que hizo Perón fue capitalizar esa masa. Y la eclosión fue tan grande que él mismo se asustó cuando las multitudes, que ansiaban un líder, comenzaron a empujarlo a librar una batalla mayor que la del 4 de junio", explicaba Jauretche.

Tres días antes de los comicios Sabattini soltó esta frase histórica: "¡Un momento! Perón es asunto terminado." Con un brazo en alto, pontificando delante de

sus correligionarios, Sabattini respondió así a la primera pregunta de un corresponsal del diario *El Mundo* que lo visitó en Villa María.

El sábado 23 de febrero la primera página de *La Razón* sentenció: "Mañana votará el país por la libertad y la democracia".

Clarín, en su edición del propio domingo 24, arriesgó con gruesa tipografía el nombre de su candidato: Tamborini.

Crítica, apenas terminado el comicio, lanzó su sexta edición con este anuncio: "Anticípase un aplastante triunfo de la democracia". En todo el territorio nacional se impuso la fórmula de la libertad". Debajo de esos titulares aparecía un escueto cable fechado en Nueva York[1] advirtiendo que "el gobierno norteamericano estaría dispuesto a tomar la iniciativa para que las naciones del mundo no reconozcan al gobierno del coronel Perón, si éste llegara a triunfar".

Algunos jóvenes del barrio norte que regresaban de una fiesta, a las 8 menos cuarto del domingo 24 de febrero, vieron a Perón entrar al comicio instalado en Juncal 2961. La mesa electoral aún no se había constituido, y Perón debió volver a los 15 minutos para ser el primero en depositar su voto, junto con los fiscales. Una hora y media más tarde Tamborini sufragaba en Cerrito 526 y recién a las once de la mañana lo hacía Mosca, en Callao 628. Quijano había volado la noche anterior a Corrientes, donde estaba inscripto.

Buenos Aires se derretía de calor, aunque fueron pocas las personas que aliviaron su sofocón en los balnearios. La tensión política de las últimas semanas sumergía a todos en un mar de discusiones, pronósticos y apuestas.

En Tucumán la policía comentaba extrañada que por primera vez no se veían borrachos junto a las urnas. Los comités conservadores de Mendoza servían desayuno y almuerzo a los votantes que se acercaban a consultar el padrón, pero los dirigentes locales comenzaron a mirarse sorprendidos cuando advirtieron que muchos solicitaban boletas del Partido Demócrata para la elección de Gobernador y traían en el bolsillo la lista de electores peronistas a la Presidencia.

En Paraná las urnas resultaron chicas (habían sido confeccionadas a último momento) y los sobres de los últimos volantes no cupieron.

Sentado en un sillón, el presidente del comité cordobés de la UCR, Arturo Umberto Illia, recibió por la tarde a los periodistas para trasmitirles el saludo de Sabattini: "Acaba de llamarme desde Villa María y está muy contento por la marcha de la elección". En Buenos Aires, Tamborini y Mosca aprovecharon para visitar las sedes de los partidos coaligados y posar con distintos dirigentes.

El Partido Comunista los recibió con algunos regalos y la Casa del Pueblo con discursos improvisados. "Esta es la última elección presidencial en que no votan las mujeres", anticipó Tamborini a un grupo de damas en la casa del Partido Demócrata Progresista. De todas las profecías que lanzó aquella tarde fue la única que habría de cumplirse.

Cuando los 14 mil conscriptos movilizados para custodiar las mesas y trasladar las urnas retornaron a sus cuarteles ya los diarios habían difundido las primeras declaraciones de los propios candidatos. "Todo ha sido tan correcto como aquella primera elección que nos dieron Sáenz Peña e Indalecio Gómez", se alborozó Nicolas Repetto. Rodolfo Ghioldi elogió sin retaceos a las Fuerzas Armadas "por haber garantizado las manifestaciones de la voluntad popular".

Había votado el 88 por ciento en todo el país, y Enrique Dickmann se apresuró a estrecharse en los brazos de Tamborini exclamando: "Abrazo al nuevo Presidente de los argentinos".

A la mañana siguiente Elpidio González hundió sus huesos en un sillón del despacho presidencial y durante una hora expresó a Farrell su "honda satisfacción" por el comportamiento de las Fuerzas Armadas durante la elección. Cuarenta y ocho horas después la algarabía opositora comenzó a descontrolarse: los primeros cómputos de San Luis, donde empezó el escrutinio, daban el triunfo a la Unión Democrática. Lo mismo ocurrió en San Juan.

Pero a medida que avanzaban los días y se abrían los sobres en Santiago del Estero, Tucumán, Santa Fe y Entre Ríos la sonrisa volvió a dibujarse en el rostro de Perón, refugiado en su quinta de San Vicente. Las cifras de la provincia de Buenos Aires y de la Capital Federal terminaron por desplomar a sus adversarios. La fórmula Perón-Quijano, con una simple diferencia a su favor de

320 mil votos, había acumulado 304 electores contra sólo 72 del binomio Tamborini-Mosca.

Los resultados definitivos: 1.527.231 sufragios para la coalición peronista y 1.207.155 para la Unión Democrática.

Los colegios electorales

El 6 de mayo, munidos de sus diplomas, los 68 electores peronistas del distrito metropolitano se repantigaron en los sillones giratorios de la Cámara de Diputados. A las cuatro de la tarde Leandro Piriz, que había encabezado la lista, invitó a presidir provisoriamente al elector de más edad, Isaac Arriola. Todo transcurrió en orden, y la comisión de poderes se integró con tres representantes laboristas y tres de la Junta Renovadora. Una hora después el elector Ismael Segovia aprovechó su informe sobre la aprobación de credenciales para hacer una larga apología de Hipólito Yrigoyen. Alfredo P. Giangiobbe pidió respetuosamente la palabra y soltó un grito: " ¡Viva el coronel Perón! "

A partir de allí la sesión se convirtió en un torneo de alabanzas entre las que se destacó el discurso de Eduardo H. Capdevila: "Perón es uno de esos hombres que pasan imponiéndose y a quien, tarde o temprano, hay que dejarle el camino libre". Un breve diálogo entre Capdevila (radical) y Vicente A. Riccio (laborista), quienes pugnaban por imponer sus homenajes a Yrigoyen y al 17 de Octubre, reveló las primeras fricciones entre ambos partidos. Pero la elección de Joaquín Coca como presidente titular de la asamblea terminó con el entredicho. El laborista Manuel Santos, que propuso a Coca, aclaró los alcances de la negociación: "La Junta Renovadora ya ha presidido el colegio electoral de Senadores y ahora nos toca a nosotros. Espero que los radicales voten a nuestro candidato porque pensamos hacer lo mismo con dos de ellos para secretarios".

Al asumir, Coca expresó que con la unidad de los dos partidos revolucionarios quedaban al frente del país los jefes de la revolución: Perón y Quijano. Leandro Piriz arriesgó: "Este es el prólogo de la formación del gran partido radical-laborista". En el momento de entregar la cédula el elector José María Rodríguez Bustamante

exclamó a voz en cuello: "Voto por el líder de los argentinos, Juan Perón y por el no menos líder Hortensio Quijano". A las 8 y cuarto de la noche Coca levantó la sesión entre vítores a la unidad partidaria e invitó a todos a saludar a Perón en su domicilio.

Los 88 electores bonaerenses que se reunieron en La Plata vivieron, en cambio, una jornada muy distinta. Salvo en la votación del binomio presidencial, no se pusieron de acuerdo ni en la designación de presidente provisorio. "¿Por qué hay que elegir al más viejo? ¿Acaso por que es uno de ustedes? La revolución ha cambiado las cosas, pero siguen las mañas politiqueras de los radicales. Elijamos al más joven. . .", chilló un laborista en medio del tumulto.

La elección de presidente titular evidenciaría luego la paridad de fuerzas: 44 votos para cada candidato, Jorge Simini (radical) y Raúl Pedrera (laborista), quienes explicaron que se habían votado a sí mismos "por razones de ética política y porque tenían mandato". Recién al cabo de un cuarto intermedio necesario para negociar candidaturas se llegó a un acuerdo, y el laborista Jorge Eduardo Vázquez fue elegido por aclamación. En Santa Fe, al advertirse el error del elector Antonio Zanini, que colocó el nombre de Perón dos veces (en la cédula de presidente y en la de vice), se le autorizó a sufragar nuevamente. Volvió a equivocarse y tuvo que votar por tercera vez.

Consagrada la fórmula peronista, el Partido Demócrata Nacional, marginado deliberadamente de la Unión Democrática a pesar de su apoyo a esos candidatos, se cobró el precio del ostracismo a través de un documento con sus conclusiones y sus protestas: "El fraude se hizo por anticipado. El vicepresidente de facto pasará ahora a ser Presidente de la República; será vice el ex ministro del Interior y gobernador de Buenos Aires el ex jefe de una repartición pública acusada de abusivo embanderamiento; serán senadores nacionales dos ex ministros y llegarán al Congreso y a las gobernaciones de provincias interventores nacionales y militares retirados. Todo fue posible gracias a la fácil succión en el radicalismo que hizo Perón. Los conservadores fuimos injustamente excluidos de la UD y ésta sólo pudo ganar donde nuestros correligionarios le prestaron sus votos, sin condiciones ni compensaciones".

Ese mismo día, el 6 de mayo de 1946, el Partido

Socialista confesaba el fracaso de sus más caras aspiraciones: "Cien mil votos en la Capital Federal no han bastado para consagrar un solo diputado socialista".

Perón ya había ordenado la confección de su uniforme de gala con el que asumiría el mando el 4 de junio de ese mismo año.

II

LA CREACION DEL PARTIDO PERONISTA

Una vez dueño del gobierno, Perón se dedicó a convertir a su movimiento en una organización vertical de fácil manejo. Para ello había que deshacerse de quienes en lugar de usufructuar el triunfo, se negaban a participar de los dividendos y ofrecían resistencia parapetados tras el membrete de los partidos políticos que edificaron su candidatura.

El Partido Laborista, la UCR Junta Renovadora y el Partido Independiente, las tres siglas que se aliaron para llevarlo a la Presidencia, debían fundirse en una sola que le respondiera incondicionalmente; pero resultaba arduo convencer a los jefes del laborismo. Esta agrupación, constituida en su mayoría por dirigentes sindicales a quienes ayudó la Secretaría de Trabajo y que luego del 17 de octubre se sentían realmente protagonistas de una revolución política y social, antepuso a los deseos del Presidente electo su Declaración de Principios. Renovadores e independientes, en cambio, acostumbrados a navegar en aguas oficialistas por su extracción radical y conservadora, asintieron rápidamente.

Perón se vio obligado, durante todo el proceso, a dar algunas vueltas de tuerca para aprisionar a su movimiento. Antes de las elecciones se produjo el enfrentamiento de sus hombres de confianza y consiguió así deteriorar a los más ambiciosos (en ese desgaste, Armando G. Antille

perdió la candidatura a la Vicepresidencia, arrebatada á último momento por Quijano), luego se dictó el Estatuto de los Partidos Políticos y la orden de disolución a sus tres agrupaciones; y finalmente, una vez en el poder, todo eso se coronó con la creación del Partido Unico de la Revolución, que luego se llamó Partido Peronista.

Aunque cuidadoso de no agrietar el frente electoral, desde su casa de la calle Posadas, Perón digitaba nombres y dictaba instrucciones, a veces contradictorias. Así fue como brotaron las desinteligencias iniciales entre los dirigentes que confeccionaban las listas de candidatos bajo el arbitrio del doctor Juan Atilio Bramuglia, presidente de la Junta Nacional de Coordinación (ubicada en Cerrito 366, frente al Obelisco). Los primeros sorprendidos fueron los laboristas, todavía inexpertos en el manejo de los recursos políticos, que vieron achicarse sus boletas cada vez más.

La rebeldía laborista

El Partido Laborista había nacido a fines de octubre de 1945, cuando Reyes –obrero de la carne, oriundo de Lincoln, Buenos Aires– decidió reunir a los dirigentes sindicales movilizados el 17 y convencerlos de la necesidad de organizarse en partido político, "no sea que Perón se arregle con los radicales y quedemos afuera". Junto con Ramón Washington Tejada planeó en su reinado –los frigoríficos de Berisso– los detalles de la primera reunión. Paradójicamente, ésta se llevó a cabo en pleno barrio Norte: "No conseguíamos local –diría Reyes– hasta que el diletante escultor Julio Horacio Rabuffetti ofreció su atelier instalado en el pasaje Seaver. Llevamos un borrador de carta orgánica y la declaración de principios, para constituir un partido realmente obrero, porque el Socialista se había convertido en un cónclave de intelectuales sin representación proletaria".

Reyes había quedado impresionado por la derrota que los laboristas ingleses acababan de infligir a Winston Churchill, destronándolo de su victorioso gobierno apenas terminada la guerra. Alguien acercó a sus manos un par de ensayos políticos donde Harold Laski, teórico de la izquierda británica, explicaba cómo fortalecer el movimiento sindical y transformarlo en un partido de gobierno. "Nos dimos cuenta que después de la guerra se venía una transformación, pasaría algo; en cambio, los jerarcas de la vieja política no lo entendieron así y fueron arrollados", filosofa Reyes. El flamante partido, que levantó la primera sesión tras nombrar presidente a Luis F. Gay (telefónico), debió recurrir a la garantía comercial de un amigo de Reyes, Alfredo Mercuri (dueño de una flota de camiones que transportaba carne a los frigoríficos), para poder alquilar un local de dos pisos en Bartolomé Mitre 955. Gay y Reyes se lanzaron a vigilar de cerca las maniobras de los lugartenientes de Perón, pero los duchos caudillos radicales de la Junta Renovadora comenzaron por adueñarse de la situación en las provincias, donde la ingenuidad de sus aliados era fácil presa de la codicia electoralista.

La Junta Renovadora se perfiló después que fracasaran los intentos de formalizar una alianza entre Perón y Sabattini. Perón comenzó entonces a ofrecer ministerios en el gabinete de Farrell a los dirigentes radicales dispuestos a sostener su candidatura.

El cisma radical se insinuó cuando los convencionales que se reunieron en el Hotel Continental, a fines de 1943, escucharon impávidos al modesto presidente de parroquia de la tercera sección electoral, doctor Eduardo Colom, incitar a la adhesión masiva hacia el peronismo:

–¡Parece mentira que usted proponga semejante cosa! –bramó en sus narices Mauricio Yadarola.

–Pero doctor –sonrió Colom mientras clavaba sus pulgares en la sisa del chaleco–, la única salida que tiene el radicalismo es la revolución y nosotros no la podemos hacer. Perón nos da todo menos la Presidencia; hay que aprovechar la situación. . .

Al ser derrotado, Colom, que había arrancado a Perón el respaldo económico para subvencionar las ediciones de su diario, *La Epoca*, a cambio de un permanente apoyo, modificó entonces la idea de radicalizar al coronel y prefirió hacerse él peronista; así seguía las huellas de sus correligionarios Juan Hortensio Quijano, Juan I. Cooke, Armando G. Antille (tentados por los ministerios que les confirió Farrell) y Diego Luis Molinari. "Perón encontró el negocio en la Secretaría de Trabajo y Previsión, que era prácticamente un partido con filiales y comités en todo el país, sostenido por el Estado. Pero también necesitaba de un membrete político y para eso se fundó

la UCR Junta Renovadora, a fines de 1945", explicaría Colom veinte años después.

Desprendidos de la Unión Dèmocrática, que no quiso admitirlos oficialmente en sus boletas electorales, algunos caudillos conservadores de segundo plano –amén de un puñado de ex nacionalistas y militares retirados– fueron acercándose a Perón respaldados por el Jefe de Policía, general Filomeno Velazco, y constituyeron, al fenecer 1943, el Partido Independiente, que permitió a Héctor J. Cámpora, Edmundo Sustaita Seeber, Alberto Teisaire y Luis Visca injertar sus nombres en las listas de candidatos. Mientras crecía la rivalidad entre laboristas y renovadores, estos independientes aprovecharon para erigirse en árbitros. Finalmente negociaron su apoyo al Partido Laborista a cambio de candidaturas: "Por temor a quedarse sin nada, me rogaron que les dejara mechar aunque fuera dos diputados en la lista provincial. Yo conseguí que entraran cinco y casi se deamayan de la alegría. Pero me lo metieron a Visca, a quien tenía catalogado desde 1925. . .", recordaría Reyes.

La rápida proliferación de centros laboristas en la provincia de Buenos Aires permitió a sus jefes organizar seis mil actos públicos, en los que pudo advertirse fácilmente el poderío electoral. "Por eso no quisimos que la Junta de Coordinación nos metiera candidatos renovadores. Primero nos impusieron el 20 por ciento, que luego se transformó misteriosamente en un 40. Al fin me cansé y decidí no aceptar ninguno. ¿Para qué? Si allí el laborismo podía ganar solo." Pero un telegrama urgente ordenó a Reyes comparecer en la calle Posadas ante Perón, Eva Duarte y Quijano.

–Hay que radicalizar la provincia; no sé si usted sabe que yo soy radical –exclamó Eva.

–Entonces lo siento mucho, pero el congreso laborista resolverá la abstención. . . –se lamentó Reyes.

–Tenía razón, Quijano; son los laboristas los que entorpecen todo –comentó Perón delante de Reyes.

El breve diálogo había bastado a Reyes para acentuar su desconfianza hacia el coronel. "Allí me di cuenta que estaba confabulado con los renovadores en contra mío. Pero acepté el desafío y llevamos nuestra lista intacta a los comicios bonaerenses. Sólo cedí la mitad de los electores a Presidente y Senador, para que la terminaran de una vez, y después los usaron para trampearme."

La rebeldía laborista quiso ser interceptada por Perón a través de uno de sus personeros, el contraalmirante Teisaire, quien merodeó junto a Reyes para seducirlo: "Gay no puede seguir siendo el presidente del partido. Usted es el hombre fuerte y Perón lo tiene reservado para después; primero hay que eliminar a Gay". Reyes lo despidió con una sonrisa sarcástica y se apresuró a contarle a Gay el episodio y a alertarlo "porque nos quieren tender la cama a los dos". Pocos días después, otro telegrama sorprendió a Reyes, que participaba de un mitin en San Juan, y lo obligó a regresar imprevistamente para asumir la defensa del presidente de su partido. Nuevamente Teisaire era el encargado de obstaculizar el camino a los laboristas, pues sus aspiraciones a la Gobernación de Mendoza ("Quiero reivindicar el nombre de mi padre") se vieron frustradas y buscó apoderarse de una senaduría por la Capital Federal que el laborismo había destinado a Gay.

"Usted puede ser el hombre indicado para el Ministerio del Interior", fue la frase con que Tesaire endulzó el oído de Gay para arrebatarle esa candidatura. El laborismo, que había aceptado compartir con los renovadores el binomio de postulantes al Senado, proclamó los nombres de Gay y Diego Luis Molinari, pero el apoderado que debía oficializar las boletas sustituyó deliberadamente el nombre de Gay por el de Teisaire, pocos minutos antes de que venciera el plazo de presentación, en febrero de 1946.

Consagradas las listas peronistas en las urnas, el congreso del PL ordenó a sus electores de Senador sufragar en la Capital por Gay y Molinari y a los de Mendoza por Teisaire, como una manera de equilibrar las aspiraciones. Pero la Junta Renovadora, instigada por Perón (ya electo), se opuso a la inclusión de Gay y lanzó una violenta campaña: "El pueblo ha votado por el candidato que estaba en la lista y no puede ser estafado. Vamos a apoyar a Teisaire aunque no sea un radical", arguyó Colom desde los editoriales de *La Epoca*[2].

La tarde del 26 de abril de 1946, los 68 electores peronistas eran convocados a ungir senadores en el recinto de la Cámara de Diputados. Los 34 representantes de la Junta Renovadora comenzaron a entregar sus diplomas a las dos de la tarde (a uno de ellos, el capitán

de navío Donato Saravia, hubo que rescatarlo apresuradamente de su cátedra en la Escuela Industrial Otto Krause); pero el quorum indicaba un mínimo de 35 presentes para poder sesionar y los electores laboristas se negaban a asistir.

Temerosos de que alguien traicionara las instrucciones partidarias, los dirigentes laboristas obligaron a sus representantes a firmar en una planilla el compromiso de sufragar por Gay. "El que no firma no entra", ordenó Reyes. Era inútil: les faltaba un elector para igualar en las votaciones, pues Anselmo Malvicini había partido hacia México para asistir a una conferencia de la Organización Internacional del Trabajo. "No entra nadie, que se queden sin quorum", resolvieron entonces los caudillos laboristas; sin embargo, alguien se había encargado de torcer esa voluntad: "Convencimos a uno de ellos, el elector Ricardo Díaz Malaver, porque era la manera más sencilla de asegurarle la senaduría a Teisaire", revelaría Colom.

La asamblea, presidida por Alberto Cardarelli Bringas, terminó en un tumulto. Teisaire y Molinari fueron proclamados en medio de una gritería descomunal que partía de la barra. Los electores laboristas, aglomerados fuera del Congreso, forcejeaban para ingresar en el recinto "a darle una paliza a Díaz Malaver por su traición".

Tras una intensa jornada en la Junta de Coordinación, una noche de febrero de 1946, Bramuglia convidó a Reyes, mientras bajaban la angosta escalera del viejo edificio de Cerrito, a cenar en La Cabaña. Pero el diálogo iba a comenzar en el taxi:

—Tengo un problemita, Cipriano. Perón me ha reservado un ministerio, pero a mí me gusta más la gobernación de Buenos Aires. Yo, de ministerios, no entiendo nada

—Mire, doctor, nosotros todavía no tenemos candidato; puedo proponerlo sin inconvenientes.

—No, hay un inconveniente que usted no conoce. Cuando Perón me nombró presidente de la Junta de Coordinación lo hizo bajo mi promesa de no aceptar cargos electivos.

—Ah. . ., comprendo, usted quiere que yo. . . Ni una palabra más. Sigo sin conocer esa promesa y Perón seguirá sin enterarse de nuestro arreglo. Mi partido lo

proclamará y ante la situación de hecho no se podrá echar atrás.

—Entonces, éste es un pacto de caballeros, ¿no es así?

—Así es.

Las manos estrechadas sellaron el acuerdo y 24 horas después el congreso laborista proclamaba a Bramuglia candidato a gobernador. Reyes dejó la asamblea y telefoneó a Bramuglia, que "a esa hora siempre estaba en casa de Perón", para notificarlo. "¿Pero qué disparate hicieron? Ahora van a tener que explicarle esto al coronel", fingió Bramuglia al observar que Juan Duarte escuchaba por otro aparato.

Reyes insistió ante Perón para que relevara a su candidato de la obligación contraída y comprometió a Bramuglia a presentarse ante la asamblea y aceptar la designación. Lo esperaron hasta las 4 de la mañana y no apareció. Mientras tanto, respaldado por Perón, Quijano convocaba de urgencia a la Junta Renovadora desde la casa de Posadas y en pocas horas reunía a sus convencionales en San Martín para proclamar la fórmula bonaerense Alejandro Leloir-Juan Atilio Bramuglia, con el consentimiento de éste último. Furioso, Reyes ordenó anular la decisión de su partido y fue a buscar a Bramuglia a la Junta Coordinadora; pero al cruzar la avenida 9 de Julio se topó con Domingo Mercante, quien lo miró estupefacto.

—¡Usted, coronel! ¡Usted va a ser el gobernador! —sentenció Reyes con su índice.

—¿Que yo qué? Cálmese, Cipriano, vamos a tomar un café y me lo cuenta más tranquilo.

Por la noche, Mercante ya se había afiliado al PL y juraba "sobre el puño de la espada ser fiel a los postulados del laborismo si era elegido gobernador de Buenos Aires". Reyes no demoró en telefonear a Bahía Blanca para avisarle a Juan B. Machado que era candidato a vicegobernador y curarle así, repentinamente, la gripe que lo postraba.

Por esos días, Perón recorría en tren el interior, y con Eva Duarte protagonizaba una violenta cena en el coche comedor. La antipatía de Eva hacia Bramuglia[3] y la amistad con Mercante y su esposa la obligaban a reclamar a su marido un cambio de actitud frente a la nueva fórmula provincial. "La señora también sentía alergia hacia el apellido Leloir", testimonió Colom.

Después del triunfo, el 4 de abril de 1946, la Junta Ejecutiva Nacional Pro Candidatura de Perón organizó una marcha cívica en honor del Presidente electo, que desembocó en la Plaza de la República. Desde los balcones de Cerrito, Luis F. Gay recalcó que "el Partido Laborista es el artífice del triunfo" y que advirtió: "No hemos aparecido políticamente para satisfacer deseos personales de nadie, sino para servir a una causa". Más cauto, Quijano prefirió insistir en sus frases altisonantes: "Escuchamos el mandato de las tumbas gloriosas y sentimos la inquietud de las lejanas almas anónimas". Perón, en cambio, ensayó un nuevo rol: "Y si algún día no cumplo con mi deber de gobernante me lo diréis en la cara, en cualquier momento y en cualquier parte".

Capitalizando la euforia, al día siguiente Perón intentó unificar a las tres agrupaciones y convocó a una entrevista a la que sólo acudieron (ya conformes con la disolución) la Junta Renovadora y el Partido Independiente. Los laboristas se negaron a participar y comenzaron a preparar su ofensiva para el 16 de mayo, en La Plata.

Ese día, Mercante y Machado debían asumir el mando, lo que aprovechó Reyes para reunir a 10 mil personas (en su mayoría obreros de la carne, que llegaron desde Berisso) frente a la Legislatura provincial. Perón, invitado al acto, esperaba impaciente con Eva Duarte en la casa que Mercante tenía en City Bell, a escasos kilómetros de La Plata, mientras la asamblea decidía si el gobernador electo podía asumir o no[4]. Una vez informada de la aceptación, la comitiva se puso en marcha, aunque Perón no quiso viajar en el coche presidencial por temor a algún atentado y cambió su lugar con el diputado Colom, quien le cedió su desvencijado automóvil. Al advertir que el paso de Colom cosechaba todos los aplausos al borde de la ruta, ordenó cambiar nuevamente la ubicación: "Que la gente sepa que el presidente soy yo", dijo al subir otra vez a su lujoso automóvil.

La legislatura los recibió con cerrados aplausos, pero como el jefe de ceremonial había distribuido estratégicamente las tarjetas entre los radicales renovadores, alguien convenció entonces a la guardia apostada detrás del

edificio y por allí se filtraron los laboristas. Luego de jurar, Mercante repitió algunas frases de su mensaje en los balcones. Sin embargo, la multitud seguía coreando el nombre de Reyes, delante mismo de las narices de los gobernadores electos. Mercante susurró algo al oído de Perón y éste respondió sin vacilar: "No, hombre, no voy a hablar, el horno no está para bollos". Por fin, Reyes fue alzado en andas e introducido en el edificio tras algunos forcejeos. La policía, indecisa, lo rodeó amenazante y Eva Duarte se desplomó sobre los brazos de su marido.

Mientras Mercante serenaba los ánimos e invitaba a Reyes a compartir el palco oficial, el locutor anunció la palabra del nuevo Ministro de Obras Públicas, provocando una estruendosa risotada al equivocarse: "Habla el capitán de *corbata* José S. Cédola". (Este discurso había sido preparado horas antes por un amigo de Cédola, quien distraídamente traspapeló una carilla y puso en serios aprietos al orador.) Las incidencias de La Plata serían luego caprichosamente vinculadas por los opositores con el suicidio del gobernador laborista electo en Santa Fe, Leandro Meiners[5], quien esa misma tarde se disparó un tiro en el dormitorio de su hijo de 5 años (en Arenales 1299), "profundamente afectado por la división peronista", según la carta que dejó a su esposa.

La actitud de Reyes puso frenético a Perón: una semana después, el 23 de mayo, ordenó disolver todos los partidos que apoyaron su candidatura, "con el propósito de crear una sola agrupación". Como era de suponer, la Junta Renovadora y el Partido Independiente acataron la orden. Reyes, en cambio, lo desafió con un agrio discurso y optó por refugiarse en el local de Bartolomé Mitre.

"Estuvimos dos días encerrados, esperando que la policía tomara el edificio. Nos rodearon, pero no se animaron porque estábamos bien pertrechados", evocaría luego el jefe laborista. Entonces Perón hizo el último intento por ablandarlo: le ofreció la presidencia de la Cámara de Diputados, para evitar que volcara al bloque laborista a la oposición. "Yo no sirvo para tocar la campanilla", gritó Reyes a los legisladores que propusieron su nombre, y respondió a la maniobra con una huelga en los frigoríficos. Esas rebeldías iban a costarle atentados y cárcel.

Una vez en el gobierno Perón preparó minuciosamente el tiro de gracia: comenzó a debilitar el frente rebelde con una oportuna distribución de puestos (el propio Gay fue designado Secretario General de la CGT) y formalizó la creación del Partido Unico de la Revolución, cuya primera declaración se conoció recién el 21 de noviembre de 1946: "Frente a este movimiento político de insobornable limpieza continúan operando las fuerzas regresivas de la vieja política, y si nuestras filas se dejan ralear por la intriga, la calumnia y la mentira, seremos destruidos". Era una velada alusión al laborismo. Ese documento también especificaba que el nombre del partido era provisorio, "hasta que un congreso nacional acepte su denominación definitiva y lo provea de una carta orgánica y un programa".

El Partido Laborista desconoció la resolución y desautorizó el uso de su sigla "para no aparecer integrando esa comparsa de serviles que sólo aspiran a satisfacer apetitos personales". El 15 de enero de 1947, el Secretario Político de la Presidencia, doctor Román A. Subiza, llamó a los periodistas acreditados en la Casa de Gobierno y les entregó un comunicado de la Junta Ejecutiva Nacional y el Consejo Superior del Partido Unico, en la que se explicaba que "el general Perón ha cedido, por último, a los argumentos de esta Junta y de este Consejo y autoriza la denominación de Partido Peronista en todo el territorio de la República".

Perón congregó a los cronistas en su despacho para justificar aquella decisión y aprovechó para subestimar públicamente las fricciones internas de su movimiento.

III

LA VERTICALIZACION SINDICAL

La fuerza gremial, decisiva en el apoyo a la candidatura presidencial de 1946, era el más sólido baluarte de Perón al iniciar su período. Pero era también el más peligroso, porque tenía vida propia y no necesitaba depender del presupuesto oficial. Estaba en condiciones de exigir su participación en el gobierno o retirarle la colaboración, en la medida en que se cumplieran las promesas de la campaña. El resto del andamiaje electoral, en cambio, podía destruirse fácilmente, reemplazando los cuadros políticos a cambio del Partido Unico (al que debieron entregar sus armas los dirigentes laboristas, renovadores e independientes que quisieran conservar las posiciones ganadas). La organización sindical, de contextura más resistente, necesitaba un tratamiento distinto. No era posible dictar su caducidad ni sustituirla por un organismo manuable; había que elegir otro método.

La táctica que Perón ideó para asegurarse la lealtad gremial fue diametralmente opuesta a la que le había servido para deshacer a sus partidos políticos: en lugar de ordenar la disolución lisa y llana optó por estimular su organización. Para ello rescató una frase que había pronunciado durante su permanencia en la Secretaría de Trabajo y que era toda una definición: "El mejor sindicato, el mejor gremio organizado –había dicho– somos nosotros, los soldados, y les aconsejo en este

sentido para que puedan conseguir la cohesión y la fuerza que hemos obtenido nosotros".

Esa cohesión y esa fuerza, como se sabe, descansan sobre un sistema vertical de subordinación. En definitiva, lo que Perón proponía era modificar el funcionamiento de los cuadros sindicales, establecer la organización piramidal y colocar en la cúspide a uno de sus hombres de confianza. Para ello había que desplegar una hábil estrategia dentro de la Confederación General del Trabajo.

El poderío de la CGT estaba en franca recuperación en junio de 1946, superados ya los enfrentamientos que la habían dividido dos años antes, cuando ferroviarios, tranviarios y cerveceros respondían a José Domenech (CGT N° 1), y municipales, mercantiles, metalúrgicos y empleados públicos seguían a Francisco Pérez Leirós (CGT N° 2). El camino de la unidad se comenzó a recorrer en setiembre de 1945, a bordo de un nuevo y único secretariado que capitaneaba el ferroviario Silverio Pontieri. Lo acompañaban en la gestión: Néstor Alvarez, Aniceto Alpuy, Jorge Nigroli y Juan Ugazzio.

Pontieri recordó que sus orígenes como gremialista se remontan a 1913: entonces su oficio de ebanista lo llevó a aliarse en defensa de los trabajadores madereros. Luego se empleó como carpintero en los talleres ferroviarios de La Plata y en representación de esa seccional pudo integrar la comisión directiva de la Unión Ferroviaria.

"Al llegar a la Secretaría General de la CGT –recuerda– me propuse cumplir con el lema de quienes me habían elegido: *Por una central de 500 mil afiliados.* Iniciamos un programa de reivindicaciones apoyado por la Secretaría de Trabajo y se crearon numerosas delegaciones regionales en las ciudades más importantes."

Esas regionales serían en el momento de su fundación (fines de 1945) los principales bastiones electorales del peronismo, mucho más decisivos que todos los comités políticos atendidos por sus adictos. Claro que, después del triunfo, los dirigentes sindicales insistían en conservar su independencia.

"No queríamos avasallamientos –diría luego Pontieri– a pesar de nuestra identificación con el nuevo gobierno. El diputado Amado J. Curchod preguntó un día, extrañado, por qué no había avisos oficiales en el periódico que editaba la CGT, y se ofreció para obtener

ayuda de su provincia [Córdoba]. Se la rechazamos. Luego fue el Secretario de Asuntos Políticos de la Presidencia, Román Subiza, quien quiso cargar en el presupuesto oficial los gastos de propaganda de un acto cegetista realizado en el Luna Park en apoyo de la campaña de los 60 días pro abaratamiento de los precios. Tampoco lo aceptamos."

Su inclusión en las boletas del Partido Laborista había deparado a Pontieri una banca de diputado nacional, a la que se agregaría después su designación como vicepresidente primero de la Cámara. "Leal a un viejo principio sindicalista, incluido en la Carta de Amiens –recuerda–, consideraba incompatible la representación parlamentaria con la gremial y por eso renuncié a mi cargo en el Comité Central Confederal de la CGT. Presenté esa dimisión ante la Unión Ferroviaria, pero ésta me pidió que esperara unos meses porque en noviembre de 1946 debía elegirse un nuevo secretariado." En realidad, otros motivos aceleraron el alejamiento; Pontieri los explicaría de este modo: "Yo siempre entendí que la central obrera, de cuya constitución había participado en 1936, debía mantener su línea combativa, independiente y austera, como todos sus integrantes. Pero había compañeros que no pensaban así y preferí alejarme".

Era también el momento de crear las prometidas federaciones de industria, pues el crecimiento vertiginoso del sindicalismo, que acompañaba al auge industrial iniciado en 1935, había convertido a los débiles gremios de oficios en entidades cada vez más poderosas. Algo que Pontieri había escuchado de labios de Perón, en una de las primeras reuniones en la residencia presidencial, y que él estaba dispuesto a iniciar. Pero este proyecto era resistido por los gremios tradicionales, quienes monopolizaban así los cargos de la central. Durante su gestión, Pontieri consiguió, no obstante, que se incorporaran casi todos los gremios que actuaban al margen de la CGT, entre ellos dos muy importantes: mercantiles y telefónicos. La Fraternidad y la Federación Gráfica prefirieron esperar un poco más.

Antes de abandonar la Secretaría General, Pontieri debió afrontar un problema insospechado: la búsqueda de un nuevo local para la CGT. "Funcionábamos en la sede de la Unión Tranviarios Automotor, Moreno 2967; pero hubo conflicto entre ambas comisiones directivas y

nos mudamos a la otra cuadra, Moreno 2875. Compramos una casa en cuotas porque teníamos poca plata."

La lucha por dominar la C.G.T.

La renuncia de Pontieri desató una lucha por el poder dentro de la CGT, alimentada por la necesidad del gobierno de obtener el control político de la central obrera. A su vez, los sindicatos, interesados en seguir siendo depositarios de la fuerza gremial, conformaban un poder horizontal que se resistía al proceso de verticalización. El candidato de Perón a tomar el comando de la CGT era su ministro Angel Gabriel Borlenghi, también secretario general de la Confederación de Empleados de Comercio, quien urdió una maniobra para copar el asiento más importante del nuevo Comité Central Confederal. Ausente Pontieri en la sesión del 9 de noviembre de 1946, alguien propuso que presidiera el miembro más viejo de la CGT; curiosamente, le correspondió al diputado José M. Argaña, secretario adjunto de Empleados de Comercio y lugarteniente de Borlenghi. Argaña obtuvo suficiente apoyo para hacer aprobar una moción que confería a los 25 secretarios generales de los sindicatos más importantes atribuciones para designar al nuevo timonel de la CGT. Al efectuarse la reunión, surgieron los nombres de Borlenghi, Juan Rodríguez (ferroviario) y Luis Francisco Gay (telefónico), pero el ministro debió resignar enseguida su candidatura por haber obtenido apenas 3 sufragios, contra 12 de Rodríguez y 10 de Gay. Perón había fracasado en su primera tentativa.

De aquella sesión a puertas cerradas salió elegido Gay porque si bien Rodríguez tenía votos y prestigio suficientes como para aspirar al cargo, alguien hízole notar: "Ya es hora de que los ferroviarios dejen gobernar la central a otro gremio". Los antecesores de Pontieri (Antonio Tramonti, José Domenech y Luis Cerruti) también habían sido impuestos por la Unión Ferroviaria. A esta circunstancia se sumaría también otro factor al que Gay asignaría un valor incuestionable: "Como presidente del Partido Laborista, yo había resistido, en su hora, la arbitraria disolución ordenada por Perón. Me había negado a integrar el Partido Unico (que luego se llamó Peronista) y creo que mi designación tuvo sentido

reivindicatorio para el partido absurdamente disuelto, cuyos ideales y propósitos aún estaban intactos".

Tras 20 años de militancia, Gay había alcanzado la secretaría general de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos y de la Confederación de Organizaciones de Servicios Públicos. Como secretario de la Unión Sindical Argentina integró, en 1945, el Comité Nacional de Huelga que, junto con la CGT, produjo la concentración del 17 de octubre en defensa de Perón. Pero sus más caras aspiraciones políticas se vieron frustradas poco después, cuando aquél le negó la candidatura a Vicepresidente (prefería la inofensiva figuración de los radicales renovadores antes que la riesgosa vocación política de los laboristas; por eso eligió a Juan Hortensio Quijano) y una maniobra de comité lo privaba de su banca de senador por la Capital Federal. Para conformarlo e intentar romper su unidad con Cipriano Reyes, que resistía la disolución del laborismo, Perón designó a Gay vicepresidente de la Caja Nacional de Ahorro Postal, el 20 de julio de 1946.

Cuatro meses después, al verlo surgir nuevamente, esta vez empinado en la Secretaría General de la CGT, Perón comprendió que se trataba de una amenaza y ensayó una segunda tentativa de persuasión:

—Estoy muy contento con su designación y quiero que sepa que tiene a su disposición a un grupo de muchachos macanudos que lo van a asesorar. Además, le aliviarán el trabajo: ellos redactarán los comunicados. . .

—Presidente, usted tiene muchos problemas —respondió Gay—, deje que nosotros llevemos adelante la CGT. Hace mucho tiempo que andamos en esto.

Terminada la entrevista, Perón volvió a intentar una tercera forma para neutralizar a Gay y a las pocas semanas lo hizo incluir en el directorio de la Empresa Mixta Telefónica Argentina, en representación del Estado. El 28 de diciembre, Día de los Santos Inocentes, Gay fue nombrado vicepresidente de EMTA con el propósito de distraerlo de sus funciones sindicales.

El plan de Gay (que excedía con creces los objetivos del núcleo que alzó su candidatura) alertó al gobierno. "Creamos el Consejo Técnico —explicó—, un organismo integrado por economistas, ingenieros, abogados, médicos y profesores, dispuestos todos a analizar exhaustivamente los problemas más graves del pueblo trabajador.

Se estudió allí la situación agraria, la vinculación con el movimiento obrero latinoamericano, el funcionamiento del Instituto de Remuneraciones y los Tribunales de Trabajo, entre muchas otras cosas. Pero ese Consejo quitaba el sueño a quienes querían hacer de la CGT un mero instrumento político al servicio del gobierno. Entonces se decidió eliminarme, y aprovecharon para inventar una novela: que yo me había vendido a los norteamericanos."

Todo comenzó a mediados de enero de 1947, apenas aterrizó en Morón una delegación de la Federación Americana del Trabajo (AFL), invitada por la CGT. Venían a cambiar ideas sobre la creación de una central obrera panamericana, que funcionara al margen de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) dominada por el líder comunista Vicente Lombardo Toledano, a raíz de un proyecto que había circulado en la última reunión de la OIT, en Montreal.

La idea había entusiasmado a Perón, deseoso de adelantarse a otros países y ganar los puestos de mando en la futura organización, y por eso ordenó traer cuanto antes a la delegación que en ese momento visitaba Brasil. En un avión de FAMA, Rodolfo Valenzuela y Aniceto Alpuy volaron a buscarlos.

"Supuse que tramaban una maniobra —recordaría Gay— y no fui a esperarlos al aeropuerto. No me equivoqué. La CGT había designado un comité de recepción, pero el ministro Freire organizó, por su parte, otro comité de gente incondicional al gobierno. Eran representantes de sindicatos que estatutariamente no podían arrogarse la representación de la central obrera. Teníamos todo preparado para agasajar a la delegación en el local de la Unión Ferroviaria, pero se los llevaron a la Secretaría de Trabajo, donde habló Freire."

Al día siguiente aparecieron todos fotografiados en mangas de camisa en los diarios de la cadena oficial, con un epígrafe que distribuyó la Subsecretaría de Informaciones: "Los compañeros de la AFL también son descamisados como nosotros". Luego se supo que, mediante un ardid, los funcionarios ministeriales habían invitado a todos a quitarse el saco "por el intenso calor reinante" y que los visitantes imitaron ingenuamente a sus anfitriones. Cuando advirtieron la maniobra ya era tarde para protestar. Esa misma noche la delegación emitió un

comunicado desde el City Hotel, donde se hospedaba, en el que advertía públicamente: "Durante nuestra estada en la Argentina nos proponemos hacer nuestras propias investigaciones. Nos proponemos tratar y hablar con cualquier persona..." La frase cayó como un balde de agua fría en el gobierno. ¿Qué era eso de "investigar por nuestra cuenta" en boca de una delegación extranjera? ¿Qué es lo que venían a investigar? Las sospechas comenzaron a tejerse cuando alguien advirtió la amistad entre el guía de la delegación, Serafino Romualdi, con Francisco Pérez Leirós, a quien el peronismo había eliminado con una intervención del comando de la Unión Obreros y Empleados Municipales.

Por su parte, los delegados de AFL se manifestaban sorprendidos por la ausencia de Gay en las recepciones y recordaron haber sido invitados por la CGT, no por el gobierno, quien ahora asumía esa responsabilidad inesperadamente. En una reunión privada, que después mantuvieron en el City con Gay y el primitivo comité receptor de la CGT, los norteamericanos escucharon una versión muy distinta sobre las relaciones entre el gobierno y la central obrera, de la que ofrecían Perón y Freire en sus discursos.

Pero después se supo que también escucharon esa versión los más altos funcionarios porque Guillermo Solveyra Casares, el asesor policial de la Presidencia, había dispuesto la colocación de micrófonos ocultos en la *suite* donde se efectuó la conversación. Gay asegura que "allí no se dijeron cosas tremendas y sólo se habló del proyecto de Montreal". Lo suficiente como para que al otro día se difundiera la versión de que él había intentado traicionar a Perón y "entregar la CGT a los norteamericanos". El secretariado en pleno acudió entonces al despacho presidencial:

—Tengo las pruebas de esa infamia en la caja de hierro —bramó Perón al recibirlos.

—¿Podemos verlas, general?

—Bueno, están en la caja de hierro del Estado Mayor. Ya las tendrán en sus manos.

Al otro día fue Gay en persona a hablar con Perón y la entrevista duró 20 minutos. "La discusión fue estéril —dice— y comprendí en seguida que debía ceder para evitar otra división de la CGT porque Perón obtendría fácilmente la mayoría mediante sobornos y presiones.

Redacté mis renuncias a los tres cargos, EMTA, Caja de Ahorros y CGT, pero en esta última dejé constancia de mi inocencia ante las acusaciones. Yo había apoyado la creación del organismo interamericano respetando resoluciones anteriores a mi designación, pues la invitación a la AFL había sido firmada por Pontieri. Y estuve de acuerdo en reemplazar la agenda turística elaborada por el gobierno para esa delegación, a cambio de un itinerario libre que permitiera entrevistar a todos los sectores gremiales."

Los 80 delegados del Comité Central Confederal, que se reunieron para tratar esa renuncia, resolvieron aprobarla con todos sus fundamentos por 69 votos contra 11. "Lo que demostró –diría Gay– que eran muy pocos los que deseaban rechazar aquel texto y sancionarme con una expulsión. Los que se quedaron, a pesar de que renunció toda la directiva de la central obrera, fueron responsables de lo que no se pudo hacer y también de lo que se hizo tiempo después, cuando la fisonomía de la CGT cambió integramente."

Una nueva C.G.T. peronista

El hombre que pidió la expulsión de Gay en el seno de la CGT, Ananio Aurelio Hernández (después se quitó el primer nombre), sería elegido para sucederlo en el cargo. El 8 de febrero de 1947 Hernández fue consagrado, por 52 votos, como Secretario General (hubo 23 abstenciones y 5 ausencias), acompañado en la nueva comisión por Mariano Tedesco, Antonio Correa, Anacleto Soto y Herman Solovic. Los ferroviarios habían declinado todas las candidaturas, con la salvedad de que aceptarían el resultado.

Hernández que presidía la Confederación de Enfermeros y Personal de Industrias Químicas, apenas se sentó en el sillón cegetista organizó un acto en el Teatro Colón "en apoyo al Plan Quinquenal", y dispuso que en el lugar que habitualmente ocupaba la orquesta sinfónica se instalara la banda del Regimiento 3 de Infantería para interpretar el Himno Nacional.

En su discurso anunció que "apenas en un mes la CGT logró encarrilar varios convenios y terminar con numerosas huelgas y conflictos; en 25 días se incorporaron a la central más de 70 sindicatos, con 200 mil afiliados en total". Luego estimuló a intentar batir "los records de producción", que por aquella época eran frecuentes, y terminó acusando al Partido Comunista de ser "el único responsable de los males que aquejan al gobierno, por sus sabotajes al Plan Quinquenal".

Perón aprovechó su discurso para contestar a la AFL, cuyos delegados acababan de acusarlo en los Estados Unidos de "interferir en la vida de los sindicatos", y dijo: "Que quede bien claro que nosotros somos la continuación de la clase trabajadora en el Gobierno".

Siete meses después, el 3 de octubre, Perón inauguró el nuevo edificio de la CGT, en Moreno 2033, y recordó su "aspiración a la unidad sindical, con fuerza y cohesión". Previno contra "los enemigos de afuera y de adentro" y advirtió que "no debe hacerse política en los sindicatos". Era una manera de frenar los intentos de Alberto Teisaire por acaudillar dirigentes gremialistas y evitar también que los coroneles Mercante y Castro promovieran fracciones adictas.

Dispuesto a consolidar su posición, Hernández ideó la realización del Primer Congreso Nacional Pro Plan Quinquenal, cuyas deliberaciones se iniciaron el 17 de octubre de 1947, en medio de una honda tensión, porque se objetaba la legalidad de esa convocatoria. Hernández, que presidió la mesa directiva con Juan Rodríguez, José M. Argaña y Antonio Valerga, comenzaba a ser resistido por sus arrebatos individualistas. Jamás consultaba sus decisiones y adoptaba actitudes caudillescas que desagradarían a Evita.

Los puntapiés y sillazos que precedieron la apertura de este congreso obligaron a Perón a insistir una vez más en "la necesidad de aunar criterios serenamente y no plantear problemas que dividan a la organización". Se halló entonces un buen recurso para apaciguar los ánimos: centrar los ataques en un enemigo común; y como era de suponer, se trataba del Partido Comunista. Pero tampoco conformó a todos esa idea porque el delegado Floreal Figueroa (obrero de la construcción y santafesino) exclamó furioso: "La CGT debe apoyar las huelgas por mejoras de salarios en lugar de echarle todas las culpas al comunismo. Los enemigos nuestros son los frigoríficos, la CADE y los dueños de las fábricas". Se lo consideró fuera de la cuestión y debió interrumpir su discurso.

Pero Hernández salió debilitado de ese congreso (Hilario Salvo, Raúl Costa, Eduardo Seijo y Pablo López lo habían desgastado con sus enfrentamientos) y su renuncia se precipitó cuando perdió también el padrinazgo de Borlenghi.

Por esos días se supo que la comisión constituida por la CGT "para gestionar el Premio Nobel de la Paz para el Presidente Perón", había fracasado. Se la acusó de "haber omitido el envío de antecedentes y permitir que el galardón fuera concedido, en cambio, al Friends Service Council, de Londres, y al American Service Committee, de Filadelfia". Los miembros de la comisión (Eduardo Cuitiño, Claudio Martínez Paiva y Benito Quinquela Martín) responsabilizaron, a su vez, a Hernández "por su tardanza en lanzar la iniciativa". Con él renunció todo el secretariado. Una comisión especial recomendó aceptar las dimisiones. .

Otra comisión (Isaías Santín, Ceferino López, José M. Argaña y José Alonso) fue encargada de elegir a los sucesores en el secretariado. "Para el cargo más importante –recordaría José Alonso– era necesario un nombre que no provocara fricciones". Todos los testimonios coinciden en que el promotor de la nueva candidatura fue Raúl Costa *(Cosrita)* quien lo propuso en la primera reunión: "Che, yo tengo a este muchacho Espejo. . ." La candidatura, llevada en seguida a Evita para obtener el visto bueno en las esferas oficiales, fue lanzada en el Comité Central Confederal. "Espejo fue elegido por unanimidad y después los delegados pidieron que subiera al estrado para conocerlo", contó Alonso.

El sanjuanino José Gerónimo Espejo evocaría así sus iniciaciones en el campo gremial: "En la década del 30, quienes nos interesábamos por los problemas laborales íbamos a las bibliotecas socialistas. Pero a las bibliotecas, nada más; de allí no pasábamos, porque en el voto éramos yrigoyenistas. El Partido Socialista no interpretaba los anhelos de un proletariado nacional, que iba creciendo con la inmigración".

Chofer de la compañía Bagley, Espejo comenzó a militar en el Sindicato de la Alimentación y a leer todo lo referente a la revolución mexicana. En 1942 por una huelga soportó siete meses de encierro en Villa Devoto, y en la tarde del 4 de junio de 1943 abandonó su camión cargado de galletitas para ir detrás de las tropas. Su

llegada al secretariado (lo acompañaban Valerga, Santín, Correa y Florencio Soto) abría un nuevo proceso en la central obrera: la era de la colaboración estrechísima con el gobierno. A los pocos días de asumir las nuevas autoridades, Hernández fue separado también del Comité Confederal "por conspirar contra Espejo", y un año después la CGT le intervino el sindicato, desplazándolo definitivamente.

El primer balance que hizo la central obrera de su desarrollo acusó, a fines de 1949, un total de 707 organizaciones adheridas y 90 regionales en el interior del país. Las cajas de jubilaciones, que en 1944 contaban con 300 mil afiliados alcanzaron, cinco años después, a 3 millones y medio. "Los beneficios sociales, que sólo existían para aquellos gremios ligados al Estado –contó Espejo–, con el apoyo oficial se pudieron extender a todos." Para Alonso, los avances más significativos del movimiento obrero estarían registrados en "la obtención de convenios colectivos de trabajo y en la transformación de sindicatos por oficios en sindicatos industriales".

El 7 de agosto de 1950, sesionando en el salón Príncipe George, el Comité Confederal resolvió hacer descontar tres días de jornal, del aguinaldo, para donarlos a la Fundación. Pero la medida fue recibida con poco agrado y Evita se vio obligada a rechazarla. Entonces se resolvió reducir la donación a dos días no laborables: Primero de Mayo y 12 de octubre. Agradeciendo esas atenciones, Eva retribuyó a la CGT con un nuevo edificio. "La señora –dijo Espejo– lo hizo construir especialmente en terrenos que el gobierno había cedido a la Fundación, en la esquina de Azopardo e Independencia." La anterior sede (Moreno 2875) fue destinada a una de las cuarenta Escuelas de Capacitación Sindical, cuando el 18 de octubre de 1950 Perón y su esposa dejaban habilitado el flamante local cegetista.

Todo ese intercambio de donativos y frases laudatorias, que ahora reflejaba las excelentes relaciones entre Perón y la CGT, no había servido, sin embargo, para evitar que los gremios enfrentaran al Gobierno por su cuenta, cuando sus demandas no eran satisfechas debidamente, e hiciesen sus huelgas.

IV

LOS PERONISTAS EN EL CONGRESO

Con un simple decreto, el 24 de abril de 1946 el gobierno de Farrell puso en funcionamiento el primer poder constitucional del peronismo: la Cámara de Diputados. Sus miembros fueron convocados para el 29, tarde que la policía aprovechó para rodear el palacio del Congreso y desplegar numerosos efectivos con la excusa de custodiar la entrada y salida de los nuevos diputados. La campanilla de la Cámara comenzó a sonar a las cuatro, por orden de un veterano funcionario legislativo a cargo de la secretaría, Leónidas Zaballa Carbó, quien, sentado en el sillón de la Presidencia, horas antes había verificado la distribución de tarjetas en las bancas que identifican a cada parlamentario.

Pero la clásica disposición de bloques encrespó a los radicales. "Nos han colocado a la derecha; ¿qué significa esto? ", tronó Ricardo Balbín al penetrar en el recinto. Esa distribución situaba de izquierda a derecha a las bancadas del Partido Laborista, la UCR Junta Renovadora, la Unión Cívica Radical y el pequeño sector de conservadores, demoprogresistas, bloquistas y antipersonalistas.

Después de explicar a los diputados que las votaciones afirmativas se hacían levantando la palanca instalada bajo el pupitre y las negativas impulsándola hacia abajo, Zavalla Carbó entregó la presidencia provisoria al legislador de más edad: Agustín Repetto. Curiosamente, la

primera moción aprobada había sido presentada por Balbín, quien insistía en que esa designación, aunque no fuera definitiva, se hiciese por votación nominal. Fue apoyado por el diputado peronista Bernardino Hipólito Garaguso y al practicarse la votación Repetto ganó al otro candidato, Ernesto Sammartino, por 108 votos contra 43.

Frente a una dura oposición

Claro que muy poco habría de durar esa caballerosidad entre ambos sectores, pues enseguida Sammartino porfió en querer fundamentar un proyecto de su sector, antes de tomarse juramento a los diputados, y sus palabras se fueron diluyendo en una ensordecedora gritería y bajo el estampido que producían las tapas de los pupitres que los peronistas dejaban caer violentamente. La calma se restableció durante el juramento de los diputados y la elección definitiva de autoridades. Tal como se había previsto, el médico y odontólogo Ricardo César Guardo, uno de los hombres de mayor confianza de Perón y cuya candidatura había ordenado personalmente al bloque, resultó electo por 107 votos contra 43 del doctor Nerio Rojas.

El discurso de Guardo, al asumir la Presidencia de la Cámara, irritó a los opositores; entretanto, los cronistas parlamentarios recogían esta frase en sus apuntes: "Soy hombre de un movimiento revolucionario y en todo solidario con mi jefe". Al día siguiente, tras las correcciones de práctica, el Diario de Sesiones editó esta otra: "Soy hombre de un movimiento revolucionario con cuyo jefe me siento solidario". La Cámara también eligió, por igual diferencia de votos, a Silverio Pontieri como vicepresidente primero, y a Edmundo Sustaita Seeber como vicepresidente segundo, y luego levantó la sesión.

Sammartino reclamó infructuosamente el uso de la palabra, mientras la mayoría de los legisladores peronistas, haciendo caso omiso, comenzó a levantarse de sus bancas y a entonar el Himno Nacional. Sammartino no cesó de gritar ni sus compañeros de bloque de aplaudirlo (lo que impedía, definitivamente, escucharlo) hasta que

los ánimos se exasperaron de tal modo que el diputado José V. Tesorieri amenazó con el puño en alto a un radical y debió ser contenido por su colega Eduardo Colom: "¡Quedata tranquilo, viejo! Dejalos que griten, que después ganamos nosotros. . ."

Terminada la tumultuosa y ensordecedora sesión. Sammartino citó en el bloque radical a los cronistas para repetirles el discurso que nadie había alcanzado a oír: "Por primera vez en el parlamento argentino –dijo– un presidente declara su adhesión a un jefe en lugar de proclamar su respeto a la Constitución. El espectáculo que ofrece esta mayoría sumisa, entonando el Himno Nacional cuando debería cantar la Giovinezza, es digno de la antigua cámara corporativa italiana, que realizaba sesiones bajo la bota del Duce, o del parlamento alemán, que obedecía al látigo de Hitler".

Mientras los diputados radicales apostrofaban al oficialismo e insistían en sus comparaciones con el nazismo, en el seno del Comité Nacional de su partido el disconforme yrigoyenista Jorge Farías Gómez[6] encendía la chispa de la primera explosión interna: "Estamos pagando el resultado de la deplorable conducción partidaria de los últimos quince años. La complicidad con sectores oligárquicos y fraudulentos, el soborno a nuestros concejales y el alejamiento de las masas populares nos han llevado, inevitablemente, al desastre del 24 de febrero". Tres meses después, la Convención Nacional de la UCR deshacía ese comité sustituyéndolo con una junta ejecutiva encargada de reorganizar la dirección del partido.

También Winston Churchill, que en esos días regresaba de Washington y retomaba su banca en la Cámara de los Comunes como jefe de la oposición, recurría a la imagen del nazismo para denostar al Gobierno laborista que acababa de desalojarlo del poder: "Siento la misma preocupación por nuestra vida nacional y bienestar que sentí en 1940 y 1941, cuando mi país tuvo que enfrentar por sí solo a Alemania e Italia. Los laboristas están haciendo peligrar el futuro británico con su mal pensada política económica".

Perón y Evita no demoraron en visitar a Guardo en su despacho del Congreso Nacional y felicitarlo "por ser usted la primera autoridad peronista constituida en el país". El flamante presidente de la Cámara devolvería con creces aquella atención al acudir luego, diariamente,

a la Casa Rosada. Guardo lo recordaría así: "Perón nos vinculó a Diego Luis Molinari, presidente del bloque de Senadores, y a mí, directamente a las funciones de Gobierno. Concurríamos todas las mañanas a la Casa Rosada; Perón llegaba muy temprano, a eso de las 6 y cuarto, y nosotros ya estábamos allí. Como perros de estancia nos parábamos en unos cuadrados que había en el parquet del pasillo de entrada y luego nos sentábamos en el despacho a conversar con el Presidente sobre todos los problemas que se iban a tratar en las Cámaras. Yo, a veces, llegaba dormido, porque no estaba acostumbrado a levantarme a esa hora; en cambio, Molinari ya había leído los diarios nacionales y extranjeros. Perón comentaba los debates parlamentarios del día anterior y los temas que se iban a tratar esa tarde".

Para el abogado John William Cooke, el diputado más joven de aquel primer bloque peronista, la presencia de Guardo no fue fácilmente digerible: "Al principio no me caía simpático –confesaría años después– porque él era un gran influyente. Guardo era el que traía la precisa. Estaba siempre con Perón o con Evita y su presencia en el bloque era decisiva. Por ese entonces los diputados estábamos todavía encandilados con la figura de Perón y nadie se animaba a discutir sus instrucciones".

Cuando Guardo comprendió que Cooke y Oscar Albrieu eran los hombres más inteligentes y hábiles que había en aquella bancada, se apresuró a llevarlos a cenar a la residencia de Olivos. Cooke evocó el episodio con una sonrisa: "Eramos las luminarias y nos quería mostrar. Pero, claro, no fuimos tan atildados como él suponía y Guardo se sintió molesto porque no queríamos lavarnos las manos antes de ir a la mesa. Tuvo que obligarnos enérgicamente a hacerlo".

Un mes después de la sesión preparatoria, diputados y senadores fueron convocados simultáneamente para que el 28 de mayo proclamaran electos a Perón y a Quijano. La Asamblea Legislativa volvió entonces a reeditar las pullas, el griterío y las amenazas de la reunión anterior. Eduardo Colom, que aquella vez intervino para serenar a un colega de su bloque, fue quien más abundó en gesticulaciones, y ademanes frente a la bancada radical, donde el destinatario de sus frases, Ernesto Sammartino, respondía con simulada indiferencia: "Por favor, diputado, no se empeñe en convertirme

en su contradictor. Yo no vine aquí a combatir el analfabetismo".

Nerio Rojas, menos cáustico, advirtió a Guardo que reclamaba silencio con la campana: "No se preocupe, señor presidente, dentro de un rato nos van a cantar el Himno Nacional". Raúl Bustos Fierro desestimó las mociones radicales que intentaban obstruir la proclamación presidencial con una frase cortante: "Déjense de chicanas. El pueblo ya votó y no hay nada que discutir. Acepten la derrota como buenos perdedores". Mientras se intercambiaban estos diálogos, teóricamente seguía en el uso de la palabra el diputado Sydney Rubino, a quien la presidencia optó por preguntar:

–¿Terminó, señor Diputado?

–¡Todavía no empecé, señor Presidente!

Bustos Fierro insistía en su llamado a la cordura:

–Apelo a la conciencia y a la subconsciencia de los legisladores de la oposición. . .

–¡Vaya un tipo freudiano éste! –replicó Rojas.

La presidencia dio lectura al proyecto de ley que declaraba electos a Perón y a Quijano, y el diputado Arturo Frondizi intentó fundamentar el voto adverso de la bancada radical: "Sabemos que, en el hecho, no podremos evitar la toma del poder por el ciudadano que ha sido consagrado, pero también sabemos que la fuerza del hecho siempre es vencida por el imperio del derecho". Las constantes interrupciones impidieron a Frondizi desarrollar su argumentación jurídica para oponerse a la entrega del mando y debió resignarse a votar en contra.

Guardo memora hoy aquel incidente y considera lógica la interrupción: "No había nada que discutir, las elecciones habían sido inobjetables y el planteo de Frondizi era puramente formal". Frondizi, por su parte, admitió: "No hay duda de que nuestra actitud fue políticamente equivocada, al margen de las consideraciones jurídicas que pudieran hacerse y aun de la forma en que se cumplió la campaña electoral".[7]

"Cuando nos sentamos en el Congreso –contó Cooke– la mayoría de nuestros diputados parecía vivir un sueño. No sabían muy bien de qué se trataba. Yo tenía una gran ventaja sobre ellos porque había sido empleado de la Cámara. Además, como no abundaban los abogados, quienes teníamos ese título nos convertimos en

organizadores. Particularmente me interesó la comisión de asuntos constitucionales y me nombraron presidente, cosa que mi padre jamás había podido lograr durante toda su carrera legislativa. Pero si para nosotros todo eso resultaba un sueño, a los radicales les significaba una pesadilla de la que nunca podían despertar. Su formación liberal les impedía reconocernos y por eso se negaron a participar de la Asamblea Legislativa que tomó juramento al Presidente de la República; ni siquiera escucharon el mensaje. Para ellos el peronismo es un capítulo en blanco de la historia argentina."

Guardo, por su parte, justificó la áspera actitud de los legisladores como resultado de una violenta campaña electoral donde ambos bandos se sacaron chispas. "El bloque peronista –dijo–, eufórico por el triunfo y entusiasmado por las primeras sesiones, aprovechó las bancas para enrostrar a los radicales su derrota. Hay que tener en cuenta que debimos enfrentar una oposición cerrada, dura, constituida por 49 diputados[8] con experiencia parlamentaria y habilidad oratoria. Nosotros, en cambio, teníamos 109[9] que eran una mezcla de radicales, conservadores, socialistas, trotskistas, nacionalistas y sindicalistas, y que componían un bloque difícil de manejar. Por supuesto que no eran sindicalistas como los de ahora, aptos para protagonizar cualquier clase de debate, sino gremialistas antiguos, sin experiencia política." Esa composición hizo resaltar las intervenciones de Cooke, Albrieu, Colom, Bustos Fierro, Rumbo, Montiel, Visca y Benítez, los más aptos de la bancada peronista.

Reveló Guardo que una vez Perón le preguntó cómo era Visca y tuvo que recurrir a una explicación gráfica: "Le dije que lo comparara a una hojita de afeitar en un bolsillo. Si uno la sabe tomar, le sirve para muchas cosas, pero si la saca mal se corta los dedos. Visca era un diputado así, capaz de hablar una hora seguida de lo que no sabía y sumamente útil dentro de un bloque desatento como el nuestro, pero era arisco y difícil de manejar. Todo lo contrario de Colom, un hombre sumamente leal y consecuente para la lucha agresiva".

Una vez que los legisladores peronistas se acostumbraron a la investidura comenzaron a desarrollar cierta displicencia, que se reflejaba en sus modales. "A algunos les encantaba leer el diario, de espaldas a la presidencia, haciendo girar el sillón. Otros sacaron a relucir largas

boquillas y dejaban sobre el pupitre, como al descuido, paquetes de cigarrillos importados. Eso perjudicaba un poco a la Cámara. También resultaba difícil comprometer la asistencia de nuestros diputados a las reuniones del bloque; al principio se la pasaban recorriendo los ministerios en busca de franquicias, hasta que Perón escuchó mi pedido y resolvió que todas las solicitudes de puestos fueron giradas a través de la Presidencia de la Cámara. Además, el jefe del bloque peronista, Rodolfo A. Decker, no funcionaba bien y yo me veía obligado a cumplir una doble función, dirigiendo la Cámara y el bloque", explicó Guardo.

Una vez que los radicales se fueron acostumbrando a las interrupciones oficialistas y a los cierres de debate (en los que dos años después se especializaría José Astorgano), comenzaron a trazar una estratégica contraofensiva. "Santander –según Guardo– se pasaba la vida presentando denuncias, y una vez creó un tremendo suspenso en el recinto. Paulatinamente fue levantando la voz a la espera de que alguien produjera el cierre del debate y su acusación quedara en pie, registrada en los diarios. Felizmente pude convencer a uno de los nuestros para que lo dejaran hablar y Santander se vio obligado a pedir un cuarto intermedio porque necesitaba, dijo, ordenar los papeles y las ideas. Lo único que demostró es que no tenía nada que decir."

Tampoco tuvieron nada que decir los diputados radicales el día en que Perón y Quijano juraron ante la Asamblea Legislativa, horas antes de asumir el mando, pues resolvieron no homologar con su presencia aquella rutinaria ceremonia. Esa noche, la del 4 de junio de 1946, tras la euforia de las investiduras, Perón y Evita festejaron su mudanza a la residencia presidencial invitando a cenar a Guardo y su esposa.

El flamante presidente de la Cámara debió resolver problemas como el que le planteó el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, coronel Domingo Mercante, cuando insistió en sentarse junto a los ministros para escuchar el mensaje que Perón pronunciaría el 1° de mayo de 1947. "No puede ser, no puede ser –refunfuñó Zavalla Carbó–. Siempre se han sentado en el hemiciclo del recinto únicamente los ministros." Guardo optó por requerir una definición del propio Presidente, y Perón le contestó: "¿Así que siempre se hizo así? Entonces

hagamos todo lo contrario. Que se siente Mercante en el hemiciclo. Llevándoles la contra vamos a acertar siempre".

A pesar de que no experimentaba afinidades con el oficialismo, Zavalla Carbó desempeñaba sus funciones con la precisión de un especialista responsable. Lo mismo sucedía con el resto del personal técnico de la Cámara, al que el senador Molinari quería exonerar. "El Diputado Guillot y yo nos opusimos desde el primer momento a esa aberración. ¿Por qué cesantear a personas que cumplían acertadamente con su deber? Ese personal había sido incorporado por radicales y conservadores a través de muchos años de Parlamento, pero eso no justificaba su exoneración. Molinari, gran perseguidor, los quería echar a toda costa, pero logramos evitarlo", revelaría Cooke, quien años antes también había sido funcionario y compañero de ellos.

Mercante, que logró sentarse junto a los ministros, nunca imaginó lo que estuvo a punto de ocurrir cuando el diputado peronista Gaspar Kees presentó en un papel común un proyecto de intervención a la Provincia de Buenos Aires. Alarmado, Guardo llamó a Kees a su despacho:

–¿Qué le pasa, diputado? Esto que usted pide es muy grave.

–Fui varias veces a ver al Gobernador y no me recibió. Ese gobierno funciona mal y no es peronista. Hay que intervenirlo.

Guardo logró finalmente hacerlo desistir de su propósito y aprovechó para indagar sobre el origen de su diputación. Kees le contó: "Vea, doctor, yo soy sastre. Una vez fui a atender a un cliente, que es amigo de Alejandro Leloir, a un pueblo bonaerense. Usted sabe que cuando llega el sastre a esas localidades hay que tirar algunas bombas para anunciarse y entonces este señor me dijo que lo querían hacer diputado, pero que me pasaba a mí esa designación, para que pudiera salir mi nombre en los diarios y en carteles en lugar de andar tirando bombas. Y bueno, le dije, si le parece, póngame. . ." Veinte años después, Guardo diría esta explicación: "Eso da la pauta de la poca fe que había en el triunfo; algunos hombres llegaron al Congreso Nacional sin pensarlo, porque sus candidaturas respondieron a la necesidad de llenar las listas de alguna manera".

Fue fácil advertir el desconocimiento total de algunos legisladores sobre el mecanismo y la terminología parlamentaria, como ocurrió en la sesión del 18 de agosto de 1948, en que el diputado Juan Brugnerotto preguntó, de viva voz, al presidente del sector: "¿Y. . .? " La respuesta sirvió también al resto de los legisladores peronistas: "Hay que votar por la negativa, con la palanca hacia abajo".

Los problemas internos

Pero la mayor dificultad que debieron superar los diputados del oficialismo se había enquistado en sus propias filas. Era la presencia del disconforme Cipriano Reyes, a quienes los radicales, astutamente, aplaudían y azuzaban con el propósito de agrietar el bloque peronista. Colom fue el encargado de salirle al paso con una violenta campaña desde *La Epoca*, hasta que Reyes, en la sesión del 19 de julio de 1946, se propuso liquidar la cuestión. Llevó encarpetados los editoriales donde se lo trataba de "tránsfuga" y "traidor" y desencadenó un incidente que los Diarios de Sesiones sólo recogieron a medias.

"En un momento dado nos insultamos cara a cara. Cipriano manoteó su revólver y yo el mío. Era tal la excitación que estuvimos a punto de disparar, hasta que nos separaron", recordaría Colom. "Lo que resultó infame —agregó— fue el proceso que se hizo luego a Reyes para sacarlo de circulación. Puede calificarse de monstruosidad jurídica. La verdad es que Perón lo mantuvo preso porque le tenía miedo. Cipriano había jurado matarlo y le sobraban agallas como para hacerlo".

Tras dos meses de discusiones violentas, enfrentamientos personales, abucheos y vítores en pleno recinto, el Presidente de la Cámara optó por exigir cordura y "llamar a la realidad a los señores diputados, incitándolos al trabajo". La advertencia de Guardo tuvo sus frutos y las comisiones comenzaron a operar normalmente. Había quedado atrás la más bizantina de las discusiones, abierta el 28 de junio, cuando los radicales estamparon su protesta por la ubicación en el recinto en 17 páginas del Diario de Sesiones.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE CHILE

V

LA POLITICA EXTERIOR

De todos los problemas que acuciaron a Perón cuando se sentó triunfante en la Casa Rosada ninguno fue tan complicado como la rehabilitación internacional de la Argentina. El país no tenía prácticamente amigos en el exterior y sólo cultivaba relaciones cordiales con el régimen de Franco, lo que en ese momento le significaba más un inconveniente que una carta de presentación. España era la única nación importante que miraba a Perón con buenos ojos.

Gran Bretaña, bajo la jefatura de Winston Churchill, había imitado a Estados Unidos en su actitud de permanente censura al Gobierno militar surgido en 1943 y no la modificó ni cuando asumieron los laboristas de Clement Attlee.

Francia e Italia, gobernadas después de la guerra por el antifascismo, dieron la espalda al régimen argentino, considerado como "un nuevo brote nazi".

La Unión Soviética, que durante la Conferencia de San Francisco apostrofó a "los militares prusianos de Buenos Aires", se manejaba con las informaciones remitidas por el Partido Comunista de la Argentina, que había formado parte de la Unión Democrática.

En Brasil, la caída del caudillo Getulio Vargas perjudicó a Perón, pues los sucesores de Vargas no confiaban en él.

Reconquistar una posición internacional que le permitiera gobernar con la amistad y el apoyo de las grandes potencias no resultaba tarea fácil. Pero había un camino: hacer las paces con los Estados Unidos, líder de Occidente. Y para eso se recurrió a lo que algunos estrategas peronistas denominaron secretamente Operativo Chapultepec.

Entre el 21 de febrero y el 8 de marzo de 1945, el Palacio de Chapultepec había albergado a la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y la Paz. Allí se convino en que si la Argentina suscribía el Acta Final y declaraba la guerra al Eje, las repúblicas americanas reanudarían oficialmente sus relaciones con ella. Estados Unidos iba aún más lejos: "Estamos dispuestos a utilizar nuestra influencia para que la Argentina participe de la inauguración de las Naciones Unidas".

El Presidente Farrell declaró la guerra a Japón y Alemania mediante un decreto del 27 de marzo[10], y una semana después, el 4 de abril, el representante argentino en México firmó el Acta Final. El 9, los Estados Unidos, Gran Bretaña y las repúblicas americanas, a regañadientes, sólo porque lo habían prometido, ataron nuevos vínculos con el gobierno argentino. Por su parte, los oficiales que rodeaban a Farrell y Perón intentaron usufructuar esas negociaciones y reclamaron el envío de equipos militares "para enfrentar como corresponde a nuestros enemigos en caso de ataque".

El embajador norteamericano Spruille Braden, que tenía sus razones para desconfiar y que conocía las simpatías por el Eje que abundaban dentro del Ejército argentino, convenció al subsecretario de Estado norteamericano Nelson Rockefeller de que detuviera, el 29 de mayo de 1945, un envío de armas destinado a Buenos Aires.

El Acta de Chapultepec establecía que los Estados americanos concertarían un tratado para prevenir y reprimir las amenazas y los actos de agresión contra cualquiera de ellos. Con ese propósito se había programado una reunión interamericana para el 20 de octubre de 1945, pero el 3 el Secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson (guiado por un informe reservado de Braden), pidió postergar la Conferencia "porque los Estados Unidos no pueden negociar o firmar adecuadamente un tratado de asistencia militar con el actual régimen de la Argentina".

Vino luego la decidida e inocultable participación de Braden para impedir la candidatura de Perón, llevar su apoyo a la Unión Democrática y recomendar luego al resto del continente una acción conjunta para marginar al gobierno de facto. Su fracaso en los tres objetivos ayudó a Perón a ganar las elecciones del 24 de febrero de 1946 y adjudicarse, simultáneamente, una importante victoria moral sobre Estados Unidos.

Braden fue el primero en acusar el impacto: el Departamento de Estado, donde algunos funcionarios habían comenzado a dudar de sus informes, nombró a George Messermith nuevo Embajador en la Argentina. (Esa representación había quedado en manos de un simple Encargado de Negocios, como muestra de disgusto por el régimen imperante, después que Braden regresara a Washington para desempeñarse como ayudante del Secretario de Estado de Asuntos Latinoamericanos, en agosto de 1945.)

Messermith, veterano funcionario de la diplomacia norteamericana, había expresado insistentemente su oposición a la cruda política bradenista, mostrándose partidario de una actitud conciliatoria con Perón; su nombramiento fue interpretado como un gesto amistoso con el que Estados Unidos se proponía encarar la nueva situación.

Este reconocimiento le valió a Perón el respaldo necesario para iniciar negociaciones con otros países y adecuarse elegantemente a los nuevos términos de la política internacional. Perón pensaba que la ruptura entre Washington y Moscú acomodaba geográficamente a los países americanos en el bloque occidental y que su política exterior debía estar alineada dentro del sistema interamericano impuesto por Estados Unidos; pero quería salvar algo del prestigio *antiimperialista* que su figura acababa de despertar en el continente y obtener algún dividendo de sus negociaciones con Washington. Le pareció que la mejor carta era establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y decidió jugarla en el preciso momento en que la tensión internacional se agudizaba[11].

Las relaciones con Rusia se habían interrumpido en 1917, cuando la revolución destronó al zar Nicolás II, y quedaron cortadas a pesar del principio de arreglo con el gobierno de Kerensky, pues el reconocimiento llegó

tarde a Moscú, después que los bolcheviques asumieran el poder. Sólo permaneció en la URSS un Encargado de Negocios, el diplomático argentino Naveillán, a quien los rusos encarcelaron y persiguieron "por sus sospechosas actividades al atender simultáneamente los asuntos diplomáticos de Grecia y Rumania".

Apenas entró en funciones, el 5 de junio de 1946, el flamante canciller Juan Atilio Bramuglia anunció oficialmente la reanudación de relaciones con el régimen soviético. Esta medida coincidía con la visita del ex Presidente norteamericano Herbert Hoover, quien recorría América latina en busca de alimentos para aplacar el hambre europea. El documento protocolar había sido preparado en la mayor reserva por el personal técnico de la Cancillería, aunque los observadores más avezados presintieron el acercamiento diplomático al informarse que la delegación soviética a la transmisión del mando estaría compuesta por nueve personas.

Ya no hubo dudas cuando esa misión ocupó un lugar privilegiado en el recinto parlamentario durante el juramento del Presidente electo. Terminadas las ceremonias oficiales, ese mismo día Perón había recibido alborozado al presidente de la delegación soviética, Constantin V. Shevelev, en un aparte. "Está en su casa –le dijo, tomándolo de un brazo–, y yo a su disposición como Presidente y como amigo personal."

Las Actas de Chapultepec

Con escasas horas de diferencia, un emisario de Perón, el general Carlos von der Becke, abrazaba al general Dwight Eisenhower en su despacho de Washington e insistía en reclamar la entrega de armamento moderno al Ejército Argentino. Perón quería satisfacer así las exigencias de los militares, que habían facilitado su acceso al poder, y evitarse una probable embestida nacionalista por su nueva postura internacional. "Alemania está derrotada –les había dicho–, y los únicos que ahora pueden frenar al comunismo son los norteamericanos. Ellos necesitan de nosotros, y nos van a dar lo que pidamos. Entonces empecemos por pedirles armas."

Von der Becke, el hombre más representativo de aquella línea castrense, iba por fin a materializar el caro

objetivo que contribuyera a sublevar a los jefes militares tres años antes, cuando la balanza del poder bélico en América del Sur se había desequilibrado en favor de Brasil.

Sin embargo, no fue fácil obtener el rearme argentino. El Departamento de Estado no se dejó impresionar por el acercamiento de Perón a Moscú (lo consideró una jugarreta más y dio oficialmente su visto bueno mediante declaraciones exhortando a las buenas relaciones entre todos los países del mundo), y von der Becke debió llevar su pedido hasta el despacho de Acheson, donde la presencia de Braden desbarató su misión. "Les daremos todas las armas que quieran si ratifican y cumplen con el Acta de Chapultepec", fue la frase con que se vengó el ex embajador norteamericano.

A Perón poco le preocupó ese jactancioso desplante. Con el poder en sus manos, ya no sentía a Braden como enemigo. Y si era necesario satisfacer los deseos del vencido, estaba dispuesto a hacerlo con tal de revalidar a su gobierno ante las grandes potencias. Por eso, a fines de junio de 1946, derivó al Congreso Nacional los acuerdos de Chapultepec y San Francisco[12], y el 1° de agosto declaró a un corresponsal de la United Press: "La Argentina es una parte del continente americano e, inevitablemente, se agrupará junto a Estados Unidos y las demás naciones americanas en todo conflicto futuro".

Estas palabras suscitaron una reacción favorable en el Departamento de Estado y en el Senado norteamericanos, donde se vertieron comentarios y discursos festejando "el triunfo de la democracia americana". Pero también sirvieron para sacudir la modorra de los grupos nacionalistas, que seguían disfrutando como propio el triunfo electoral del peronismo[13]. Para ellos, ratificar las actas significaba regalarle el triunfo a Braden después de haberlo derrotado, y no estaban dispuestos a permitirlo en silencio.

Rápidamente se organizaron grupos de choque, y a la Alianza Libertadora Nacionalista, comandada por Juan Queraltó y Alberto Bernaudo, se sumaron movimientos aislados en los que militaban Vicente *Chiche* Lapadula, Guillermo Patricio Kelly, Rodolfo Walsh, Ludovico Vitta, Enrique Basavilbaso, Bonifacio Lastra y Raúl Puigbó. El propósito era crear un clima hostil que impidiera al Parlamento pronunciarse en favor de los acuerdos.

Estos grupos pusieron en funcionamiento un plan de agitación coordinada, al que también denominaron, secretamente, Operativo Chapultepec. A partir del 15 de agosto de 1946, el centro de Buenos Aires fue conmovido diariamente por el estallido de bombas de estruendo y poderosos petardos. Piquetes de nacionalistas armados comenzaron a recorrer las calles, arrojando volantes y gritando "¡Patria sí, colonia no!". Las primeras víctimas: veinte afiliados de las Juventudes Socialistas, que voceaban *La Vanguardia* a la salida de los cines, quienes sorpresivamente fueron golpeados en la esquina de Florida y Lavalle, y sus diarios inutilizados.

Las noticias llegaron rapidamente a Washington donde el embajador argentino, Oscar Ivanissevich, se apresuró a convocar a una conferencia de prensa para reiterar "las seguridades de que la Argentina trata de cumplir sus compromisos internacionales y que las Actas de Chapultepec y San Francisco serán sometidas al Parlamento". Estas declaraciones irritaron aún más a los exaltados nacionalistas, quienes respetaron en calma el 17 de agosto ("en homenaje al Gran Capitán") y aprovecharon para planear una nueva ofensiva. La *impasse* fue utilizada por la policía para allanar un presunto centro conspirativo en Ramos Mejía, que no era más que un garito especializado en pase inglés.

Se rebelan los nacionalistas

El 19 de agosto el Senado debía tratar la ratificación de las Actas y las galerías desbordaban de impaciencia. El presidente del bloque único (todos eran peronistas), doctor Diego Luis Molinari, para congraciarse con los nacionalistas, les había encargado la redacción de un discurso incendiario contra Estados Unidos, que él se comprometió a leer en pleno recinto; también había repartido entre ellos las invitaciones "para que asistan a la histórica sesión".

Molinari habló esa tarde en tono severo: "Cuando se nos pregunte a nosotros y a nuestra posteridad si queremos que sea ésta una Nación libre e independiente, aclamemos, llenos del santo ardor de la justicia, uno a uno, en unánime y espontáneo voto: ¡Por la independencia de la Nación Argentina!". Los aplausos casi

apagaron sus altisonantes frases. De pronto, el orador sorprendió a la audiencia: "¿Quién podría negarse a estampar su firma al pie de estas declaraciones, a suscribir estos documentos?". La barra acusó un evidente malestar, que se dejó traslucir en murmullos y movimientos. Hasta que Molinari rozó el punto crítico: "Para mí, la tierra americana es idéntica de norte a sur, de este a oeste, y ningún pueblo dentro del continente es distinto a otro; a lo sumo, sus gobiernos son diferentes..."

—¿Y la soberanía? —gritó alguien desde la galería reservada.

—La soberanía está implícita en esta función de un destino común —fue la respuesta de Molinari—.

La vaguedad de aquella contestación no sirvió para contener la furia que se desató en ese momento. Los legisladores alcanzaron a votar por unanimidad la ratificación de las Actas, pero la policía debió desalojar a la barra cuando comenzaron a llover monedas sobre las bancas y se escucharon los primeros gritos: "¡Traidores! ¡Vendepatrias!".

Un grupo quedó detenido en la Comisaría del Senado mientras el resto se apuraba a transmitir a los manifestantes que bordeaban el Congreso el resultado de la votación. La respuesta a la decisión del Senado fue una intensa pedrea que culminó con una audaz operación: trepar al edificio y colocar la bandera a media asta.

Dos camionetas policiales dispersaron a los revoltosos, pero no pudieron impedir que brotaran manifestaciones relámpagos en otras esquinas de Callao, Rivadavia y Florida, donde los estribillos acusaban de traición también a los policías. "Gestapo vendida por las seis horas", gritaron enfurecidos los nacionalistas, luego de partirle la cabeza al agente José B. Rodríguez, a quien hubo que internar en grave estado. Esa noche el doctor Molinari optó por dormir en una dependencia de la Cámara alta.

Al día siguiente, una sincronizada acción nacionalista provocó un violento estallido a las 6 de la tarde. Apostados en diversos lugares, los aliancistas habían encendido sus petardos cronométricamente; cajas de fósforos rellenas de pólvora fueron disimuladamente colocadas en las vías del tranvía y una nube de volantes acusó al Parlamento de "haber ahogado la Revolución del 4 de Junio". La policía detuvo a los más revoltosos, quienes intentaron tomar los estudios de Radio El

Mundo y atacaron a tiros la fachada del Banco de Boston, pero no pudo impedir que los más intrépidos produjeran un oscurecimiento en toda la zona céntrica. Cuando el Jefe de Policía, general Filomeno Velazco, decidió patrullar personalmente el lugar ya todo era silencio: el comercio había cerrado sus puertas y las cortinas metálicas revestían las frágiles vidrieras. Nadie circulaba por esas calles.

"Firmar y ratificar esas Actas significaba una traición al país. Precisamente en el Palacio de Chapultepec México se había sometido a Estados Unidos al firmar su tratado de paz, y para nosotros eso tenía un valor simbólico. Queríamos agitar a la opinión pública, pero como carecíamos de periódicos que nos apoyaran, decidimos armar un gran escándalo para utilizar las columnas policiales de los diarios. Y la verdad es que se ocuparon de nosotros durante varias semanas", recordaría Lucas Padilla, el nacionalista que interrumpió al senador Molinari desde la barra. "Había un promedio de 70 detenciones diarias —contó Padilla—, aunque en realidad éramos siempre los mismos. Nos tenían un rato en la comisaría y nos soltaban, hasta que caíamos de nuevo".

Dispuesto a serenar los ánimos, Bramuglia leyó un discurso por radio el 21 de agosto, donde afirmó: "La soberanía argentina no ha sido tocada. Tampoco comprometida. La Carta de las Naciones Unidas y el Acta de Chapultepec no tienen esa fuerza". Las palabras del Canciller fueron escuchadas por todas las emisoras, conectadas a la red oficial de Radio del Estado, a pesar de los esfuerzos que los nacionalistas hicieron por impedir su propalación cuando asaltaron la planta transmisora de Radio Argentina en Lomas de Zamora. Ocho encapuchados (que, según Padilla, "estaban dirigidos por Raúl Puigbó, nuestro especialista en radiofonía") habían llegado en automóvil y ordenado al técnico de guardia "cortar la transmisión de todas las emisoras"; pero sólo pudieron anular la frecuencia de Radio Argentina, la que reanudó su transmisión diez minutos después, cuando los conjurados escapaban por una carretera.

Más decidido, otro nacionalista planeó una delicada operación individual: volar la cúpula del Congreso. Enfundado en un sobretodo que escondía tres cartuchos de gelinita en el forro, logró franquear la primera vigilancia,

pero un movimiento en falso dejó escapar por las endebles costuras uno de los explosivos, que rodó peligrosamente por la escalera. El sospechoso se escondió y su abrigo quedó abandonado, hasta que la policía lo utilizó para encontrar al responsable del atentado. Los hechos y el talle del sobretodo condenaron a Ludovico Vitta, quien jamás reconoció culpabilidad alguna y salió airoso del proceso.

Veinte años después, Vitta evocó el episodio y se defendió: "Yo era muy joven en esa época y estaba influido por los nacionalistas. Me parecía toda una aventura vivir de cerca aquellas locuras". Otro sumario policial registró el asalto que tres desconocidos —desfigurados con gruesos bigotes postizos— perpetraron al cine Normandie en la noche del 24 de agosto, cuando intimidaron al operador con cachiporras y pistolas a que interrumpiera el film y pusiera un disco grabado con frases y arengas. Al resistirse, el operador fue encerrado en un baño, pero la maniobra fracasó porque ninguno de los tres supo dar con la perilla que elevaba el volumen del tocadiscos. Este nuevo contratiempo tuvo su compensación dos días después, con el exitoso paseo de un mono por la calle Florida, luciendo carteles alusivos a "la traición de los senadores". A la mañana siguiente, la casa del ingeniero Herminio Porcel de Saint Georges, dirigente de la Junta Renovadora, amaneció con un ataúd pintado en su fachada yuna corona de flores en el umbral.

La agitación alcanzó su punto óptimo el 28, día en que la Cámara de Diputados debía considerar la ratificación de las Actas. Los diarios habían anticipado que "hasta las mujeres serían cacheadas al entrar en las galerías destinadas a la barra". El propio Velazco asistió a la sesión mientras sus efectivos desplegaban un poderoso armamento en las calles principales y custodiaban el edificio. Sin embargo, nadie pudo impedir que por error la policía detuviera a una columna de obreros metalúrgicos que se dirigía al Luna Park a participar de una asamblea gremial ajena al problema. Los primeros sorprendidos fueron los dirigentes de la CGT, que ese mismo día habían dado a publicidad un comunicado en favor de la ratificación de las Actas.

Más de cien detenidos fueron transportados a las comisarías mientras los diputados se sentaban en sus

bancas, ignorando que en las primeras horas de la tarde ocho personas se habían apoderado del Club Universitario de Aviación, en Monte Grande, y obligado a un mecánico a que les entregara un avión Focke Wolf.

Luis Oliver –con el automóvil de su hermano, a quien se lo pidió prestado "para una diligencia"– y otros, dirigían la operación. Enrique Basavilbaso era el encargado de acompañar al joven piloto, comprometido a sobrevolar el Congreso Nacional, para arrojar una bomba sobre la claraboya del recinto.

Padilla, que integraba el grupo, lo contaría así: "El piloto era un chico inexperto que había aprendido a volar por correspondencia y no supo destrabar los alerones. Se la pasó carreteando hasta que tuvimos que huir". Pocas horas después la policía liberó a los mecánicos amordazados y trasladó cuidadosamente la bomba a su gabinete de explosivos para inutilizarla. La sorpresa fue mayor cuando descubrieron que sólo se trataba de una carcaza con un panfleto que decía: *Señores Diputados, si ratifican las Actas, la próxima irá cargada. Juventud militar y civil.* Sería ésta la última intentona nacionalista.

Problemas en la Cámara

Cuando la Cámara de Diputados comenzó a sesionar, en la tarde del 29 de agosto de 1946, las sextas ediciones ya difundían la crónica de las penurias de un grupo de coyas e indígenas que habían llegado a pie y en carretas a Buenos Aires, a pedirle a Perón el título de propiedad de las tierras salteñas que trabajaban. El gobierno resolvió devolverlos inmediatamente a su provincia, y les fletó un tren, pero, como se negaron a regresar, efectivos de la Prefectura Nacional Marítima, un cuerpo de bomberos y una compañía de gases lacrimógenos los embarcó en Retiro, haciendo caso omiso de sus reclamos.

El episodio no inmutó a los legisladores peronistas, enfrascados en un problema mayor: sus disidencias con respecto a las Actas de Chapultepec y San Francisco. El despacho de la mayoría de la Comisión de Asuntos Extranjeros recomendaba la ratificación de la primera de ellas con una reserva sobre derechos de soberanía (cuatro de los cinco Diputados peronistas de esa Comisión lo

firmaban: Joaquín Díaz de Vivar, Ernesto Palacio, Diógenes G. Antille y Carlos Alberto de Iturraspe).

Un diputado oficialista disidente, Eduardo Beretta, era en realidad quien interpretaba los deseos de Perón: su dictamen proponía aprobar lisa y llanamente el proyecto de ley, tal como venía del Senado. Los dos diputados opositores de la Comisión, Ernesto Sammartino y Alberto M. Candioti, presentaron a su vez un despacho parecido al primero que en lugar de "reservas" contenía "cláusulas interpretativas". Era sólo una excusa para no estampar sus firmas junto a los peronistas.

Preocupado por el resquebrajamiento del bloque oficialista, el presidente provisorio de ese sector, Raúl Bustos Fierro, había remitido a los diputados peronistas una circular conminándolos a votar por la iniciativa de Beretta, "que es la propugnada por el Poder Ejecutivo y el Canciller Bramuglia". Esa determinación era obligatoria, y sólo concedía a los diez diputados que la solicitaron "una venia para fijar su posición en el recinto".

El debate insumió 21 horas, y se prolongó hasta el mediodía del 30 de agosto, en que se tomaron las votaciones. Díaz de Vivar fundamentó su despacho con un discurso retórico sobre la soberanía y exaltó al ex canciller Juan I. Cooke, antecesor de Bramuglia, en momentos en que este último hacía su entrada al recinto junto con los ministros Borlenghi, Sosa Molina y Anadón.

Sammartino, en nombre de la minoría, aludió en su discurso "al clima artificial de chauvinismo y violencia creado por grupos artificiales, y que no debe contagiarnos, porque los problemas de la vida internacional no se resuelven con gritos ni con ataques de epilepsia nacionalista". De esa forma se evadió del tema.

Sólo Luis Dellepiane y Arturo Frondizi se pronunciaron en la bancada radical contra las Actas, hasta que Ricardo Balbín al ser rechazados los despachos de Díaz de Vivar y Sammartino, pidió que se permitiera a su sector abstenerse en la votación del proyecto Beretta ("para ser consecuente con nuestro proyecto"), pero dejando una puerta abierta: "Si no resultaran aprobadas las Actas, el bloque radical participará afirmativamente en una votación rectificadora para que no quede sin aprobarse este instrumento de carácter nacional". No fue necesario: el proyecto Beretta obtuvo 88 votos y sólo 7

en contra[14]. Y así triunfó la posición del Poder Ejecutivo, que en el recinto se encargó de defender Bustos Fierro, a quien los aliancistas intentaran agredir pocos días antes en su estudio de abogado.

"Argentina había resuelto tomar como rumbo la solidaridad con Estados Unidos –explicaría Bustos Fierro– y no con el bloque soviético. Claro que haciendo una apertura de relaciones diplomáticas y comerciales con los países socialistas. Había razones geográficas, políticas e ideológicas que justificaban esa decisión, y los nacionalistas de nuestro movimiento no lo entendían así porque eran chauvinistas. Esa divergencia se trasladó al bloque, donde algunos llegaron al extremo de proponer la devolución del proyecto aprobado en el Senado sin siquiera considerarlo, como querían Enrique Alvarez Vocos y Manuel García. En cambio, Díaz de Vivar y Ernesto Palacio suavizaron el despacho. De cualquier modo, se iba a contradecir el espíritu de nuestra Cancillería, y como la política exterior la fija el Poder Ejecutivo y no el Parlamento, el bloque resolvió apoyar el despacho Beretta, que proponía aceptar el proyecto sancionado en el Senado. Envié aquella circular a nuestros diputados por la gravedad de la situación, pero autorizando a los disconformes a expresar sus ideas en el recinto."

De nada habían servido las 400 bombas de estruendo y los 800 detenidos que durante 15 días ocuparon las crónicas policiales. Los nacionalistas, que según Bustos Fierro "eran sólo un matiz en la gran marcha persa que engrosó al peronismo", se desprendían así del movimiento. Lo ratificaría Lucas Padilla al recordar que "aquel nacionalismo, aunque heroico, era demasiado débil para hacer concesiones ideológicas".

Un año después el gobierno argentino tuvo oportunidad de poner a prueba su poder de negociación al concurrir a la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente, que sesionó en Río de Janeiro entre el 15 de agosto y el 2 de setiembre de 1947. El Canciller Bramuglia presidió la delegación, que integraron Pascual La Rosa, Roberto Ares, Enrique V. Corominas, Oscar Ivanissevich y Nicolás Accame. Perón les añadió doce asesores auxiliares, tres senadores (Ernesto Bavio, Pablo Ramella y Julio Herrera) y cuatro diputados (Díaz de Vivar, Cooke,

Benítez y Beretta). Entre los cuatro militares argentinos que viajaron para integrar la Junta Interamericana de Defensa figuraba el coronel Eduardo Lonardi.

Sin embargo, muy pronto se advertiría la debilidad de esa numerosa delegación de 29 personas. Cuando estalló la primera discusión sobre la mayoría necesaria para el funcionamiento del tratado, Argentina evidenció su soledad: fue el único país que sostuvo el criterio de la unanimidad y se apresuró a abandonarlo, resignándose a que las decisiones fueran impuestas por una mayoría de dos tercios.

Antes de partir, Bramuglia había anticipado: "Para las decisiones por unanimidad se necesita la unanimidad. Pero nuestro país está dispuesto a acatar la decisión por mayoría". Argentina renunció en ese momento a una postura tradicional de su política independiente, respecto del sistema interamericano y de los Estados Unidos. Hasta esa fecha siempre se había defendido con éxito el principio de la unanimidad en las cuestiones de fondo, porque se lo consideraba una manera de ejercer el derecho a veto.

El Tratado de Río

La Conferencia de Río fue proyectada durante la firma del Acta de Chapultepec con el propósito de consolidar, mediante un tratado militar, el compromiso de los países signatarios. En aquella oportunidad, 8 de marzo de 1945, se había convocado a una reunión de Cancilleres para el 20 de octubre siguiente. Pero los Estados Unidos prefirieron una prudente postergación, a la espera de que el peronismo cayera derrotado en las urnas y se le asegurase la adhesión sin condiciones del nuevo gobierno constitucional argentino. Dos pretextos habían bastado: el carácter provisional del régimen de Farrell y la lenta desnazificación del país obligada por el Acta de Chapultepec.

Cumplidos los nuevos plazos, no se pudo demorar más, y cuando la Conferencia comenzó a sesionar, el Departamento de Estado ya había comprobado que el nuevo Presidente argentino le era adicto.

En el tiempo transcurrido la situación internacional se había agravado lo suficiente como para que los Estados

Unidos necesitaran de un absoluto dominio continental. De ahí su porfía en imponer las resoluciones por dos tercios, evitándose el veto de alguna delegación caprichosa.

El mismo día en que las sesiones quedaron inauguradas *The New York Herald Tribune* ironizó en su editorial: "Argentina ha obtenido la medalla de buena conducta y todo está olvidado". Tan juiciosa era la nueva actitud que cuando un periodista rozó el punto neurálgico y preguntó a Bramuglia sobre su posición frente al comunismo, éste (cuya primera medida había sido entablar relaciones con la URSS) contestó evasivamente: "Es un asunto que no figura en la agenda de la Conferencia".

Al hacer la crónica de aquellas sesiones, un ensayista norteamericano certificó que "en la elaboración del pacto militar de Río la delegación argentina no reincidió en el tradicional papel obstruccionista de ese país en las Conferencias interamericanas, porque los representantes peronistas consumaron el retorno de la Argentina a las reuniones hemisféricas, desplegando una actitud de cooperación con los Estados Unidos"[15].

Muy escasas fueron las conquistas logradas por aquella representación durante las deliberaciones: había obtenido la inclusión en el pacto del principo de no automaticidad, que requería como etapa previa una reunión del órgano de consulta para que las disposiciones fueran obligatorias. También se logró sustituir el concepto de "amenaza de agresión" por una cláusula que sólo admitía "hechos ciertos y objetivos". Por su parte, los Estados Unidos no tuvieron inconveniente en modificar su proyecto y aceptar que se exceptuara a los países firmantes de la obligación de suministrar fuerzas armadas sin su consentimiento. (Lo que sacrificó fue mínimo y en cambio consiguió imponer la obligatoriedad de las resoluciones que el organismo de consulta adoptara por una mayoría de dos tercios.) De este modo quedó eliminado cualquier brote de neutralidad en caso de guerra. Así quedo sellado el Tratado de Río de Janeiro, que los Estados Unidos desobedecerían treinta y seis años después, al producirse la agresión británica a las Malvinas.

"A los norteamericanos sólo les interesa firmar el tratado y vinieron a Río nada más que a eso. No necesitan que el resto del continente les facilite ejércitos,

sino que se comprometa a respaldar su política exterior", discurrió un editorialista de *O Jornal* apenas iniciada la reunión de cancilleres. Mientras tanto, en Buenos Aires, muy pocos se preocupaban por aquellas deliberaciones, pues el gobierno acababa de decretar un sueldo mínimo de 250 pesos para la administración pública.

Esa euforia servía también para disimular la primera deserción en el equipo gobernante, producida el 18 de agosto con la renuncia del ministro de Agricultura y Ganadería, Juan Carlos Picazo Elordy.

Siete días después, Alfredo L. Palacios pedía el uso de Radio del Estado "para responder a un ataque del Presidente de la República". Se lo negaron y optó por defenderse por escrito: "En política, el peligro no es la oposición sino las unanimidades obsecuentes". Pero su carta no preocupó a las autoridades, atareadas en dar los últimos toques a la ley de voto femenino, extraída precisamente del frondoso archivo de proyectos socialistas encajonados en el Congreso Nacional.

Las relaciones con Estados Unidos

"Estoy seguro de que surgirá de la Conferencia un nuevo e integrado hemisferio, pues tengo confianza en la habilidad y capacidad interamericanas. No habrá problemas que no puedan resolverse", había pronosticado solemnemente el embajador argentino en Washington, doctor Oscar Ivanissevich, al llegar a Río. Ivanissevich, encargado de deshelar las relaciones con los Estados Unidos, apenas se hizo cargo de esa representación comenzó a declamar la "inofensiva pasividad cristiana de la revolución peronista".

Evocando su designación, Ivanissevich dijo: "Cuando Diego Luis Molinari me ofreció la embajada no me atrevía a aceptar. Resultaba riesgoso interrumpir mi carrera de cirujano y trasladar a toda la familia a Estados Unidos. Finalmente, Perón me convenció: *Quiero que usted estudie en ese país el sistema educacional para aplicarlo aquí. Por ahora, doctor, es lo único que puedo ofrecerle*, me dijo por teléfono mientras yo descansaba en Bariloche. Y acepté".

Perón se valió de la amistad profesional que unía a Ivanissevich con el doctor Swanson, médico particular

del Presidente Harry S. Truman, para iniciar el acercamiento. El primer sondeo por parte de los Estados Unidos había estado a cargo del senador Connally, quien no demoró en indagar sobre las instrucciones del nuevo embajador. La noche en que Ivanissevich logró compartir la mesa con Truman, gracias a los buenos oficios de Swanson, se vio obligado a describir más detalladamente los propósitos del gobierno argentino. "Le expliqué que queríamos implantar la doctrina cristiana de justicia distributiva entre los hombres, y que a eso le llamábamos justicialismo. Truman se mostró tranquilizado, respiró con alivio y me dijo que algunos senadores y diputados norteamericanos no entendían así el problema."

Para Ivanissevich, la aceptación integral del sistema interamericano no desvirtuaba en absoluto la postura tercerista auspiciada por el peronismo, "porque la Argentina había resuelto alinearse decididamente en el bloque occidentalista y cristiano, o sea aceptando el policapitalismo democrático y desechando el monocapitalismo tiránico, para alcanzar el Tercer Mundo, que en verdad no es más que el primero: el primer mundo que creó Jesús con su doctrina".

Perón, que había despertado sólidas esperanzas en los movimientos populares que en América latina enfrentaban a los Estados Unidos, comenzó a defraudarlos con su nueva política. Para Ivanissevich, la justificación sería ésta: "Es muy difícil ponerse de acuerdo con veinte países donde hay millones de seres subhumanos. Los Estados Unidos son la gran potencia rectora y la Argentina aspiraba a ser líder de América latina. La verdad —agregó— es que con Perón no hablamos casi nunca de política internacional. A mí me interesaba la educación y me la pasaba estudiando eso. Fíjese que en un año de embajador me visité 25 escuelas. . ."

La aceptación de las resoluciones continentales impuestas por los norteamericanos y las propias palabras de Perón en sus discursos ("En caso de guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la Argentina estará al lado del primero") reducían la proclamada tercera posición a una actitud meramente declamatoria.

Con la misma sonrisa sorpresiva que estampó en las fotografías aquella tarde que posó junto a Farrell tras declarar la guerra al Eje, Perón recomendaba a su Canciller aceptar las imposiciones hemisféricas y luego

demorar al máximo la ratificación de los tratados que suscribía[16], porque de alguna manera debía rescatar su nombre de la uniformidad. Con idéntico propósito se decidió a socorrer a Franco cuando todos abjuraban de su régimen.

Mientras los cancilleres debatían en el recinto del hotel Quitandinha la defensa militar del continente y en los corrillos barajaban la posibilidad de que los Estados Unidos aplicaran otro Plan Marshall en América latina "para organizar una defensa económica que frenará el avance del comunismo",[17] la esposa de Perón finalizaba su espectacular viaje a Europa donde acababa de donar dos mil toneladas de trigo y dos mil de maíz a las clases pobres de España, acuciadas por el hambre.

En Lisboa, Eva Duarte (aún no se la llamaba Eva Perón sino doña María Eva Duarte de Perón, pero todos le decían Evita) se embarcó hacia Buenos Aires, pero su escala en Río de Janeiro fue aprovechada para apoderarse de los agasajos brindados por los delegados a la reunión de Cancilleres. "Nada, absolutamente nada entiendo de política", respondió ingenuamente al primer requerimiento periodístico, el 17 de agosto de 1947. Tres días más tarde, cuando los delegados decidían levantar la sesión para rendirle homenaje, arriesgaba una respuesta más amplia: "No sé mucho de política internacional, pero como mujer opino que la Conferencia debe ser muy buena".

Efectivamente, ella no comprendía el mecanismo burocrático ni el juego doctrinario de la diplomacia, pero tenía clara noción de que su presencia en España había sido un impacto de proporciones. El mismo efecto acusó Perón, quien ordenó planear una ayuda a Franco en gran escala. A los ocho meses el gobierno argentino concedería a España un crédito de 1.750 millones de pesos, a cuatro años de plazo, pagaderos en pesetas "para que nuestra Madre Patria no tenga que desembolsar sus divisas agravando aún más su misérrima situación económica". Perón también aseguró a Franco la provisión de trigo hasta 1951, y encargó a los astilleros españoles la construcción de barcos mercantes por un total de cien mil toneladas.

Estas decisiones produjeron una desbordante algarabía en Madrid, donde se suspendieron las clases en agradecimiento y las calles se inundaron de manifes-

tantes que convergían frente a la embajada argentina. Los carteles alusivos documentaron el malestar por la exclusión de España[18] de los planes de reconstrucción europea: *"Por no tener ningún dólar nos dejan en blanco, en cambio Argentina nos da todo por un Franco"*.

El Caudillo resolvió entonces bautizar el puerto de Cádiz con el nombre de General Perón y franquear allí la entrada de naves argentinas. También proyectó erigirle un monumento. El protocolo se firmó en Buenos Aires el 4 de abril de 1948, en una ceremonia presidida por Evita.

La Conferencia de Bogotá

La delegación argentina que esos días participaba de la Conferencia Interamericana de Bogotá (convocada al término de la reunión de Río) utilizó la noticia del préstamo a España para deslumbrar a los demás países y convencerlos de que "la economía peronista es muy sólida". Pero el estado de turbulencia interna que soportaba Colombia desviaba la atención hacia otra clase de discusiones.

Los nueve delegados argentinos a la Novena Conferencia Interamericana que despegaron del aeropuerto de Morón, rumbo a Bogotá, en la templada mañana del 22 de marzo de 1948, nunca imaginaron que irían a presenciar muy de cerca los dramáticos episodios que siguieron al asesinato del líder liberal de Colombia, Jorge Eliécer Gaitán. El Salón Elíptico del Capitolio de Bogotá, engalanado para albergar a los 400 delegados de las otras 20 repúblicas americanas, contrastaba con las manifestaciones callejeras donde los estudiantes desplegaban carteles con la leyenda "*Heil Marshall*" y pintaban la cruz gamada en las banderas norteamericanas.

Por eso el general George Marshall, presidente de la delegación de los Estados Unidos, no se tranquilizó mucho al escuchar la encendida arenga anticomunista con que el mandatario colombiano, Mariano Ospina Pérez, inauguró las sesiones.

El objeto de la Conferencia (previsto en el Acta de Chapultepec) era encontrar "una fórmula de protección hemisférica" en momentos en que Berlín soportaba el

primer bloqueo soviético e Italia veía crecer desproporcionadamente las filas de su Partido Comunista.

Los Estados Unidos tenían perfectamente estudiados cuáles serían los términos de esa fórmula y sabían que el precio del apoyo latinoamericano estaba condicionado a su ayuda económica. Esta vez la presencia de Marshall no bastaría para ganar adeptos, como había ocurrido un año antes, en Río de Janeiro. Estaba pendiente la promesa de tratar el problema económico en esta reunión, y los técnicos latinoamericanos habían sido claros: "Sin un programa de industrialización efectiva no saldremos de la economía agraria y de la pobreza. Y no se podrá impedir que el comunismo llame a las puertas de América latina".

Chile y Brasil acababan de dramatizar esa situación ante los Estados Unidos, responsabilizando a los extremistas de algunos desmanes y colocando fuera de la ley al comunismo. En la Argentina se culpó a Rodolfo Ghioldi de "algunos intentos de desorden interno".

En esos días, en Buenos Aires se daban los últimos toques al documento que protocolizaba un préstamo a España, y cuando la noticia llegó a Bogotá los delegados argentinos la interpretaron como la señal para sacudir inesperadamente a la Conferencia ofreciendo ayuda económica a toda América latina. Perón, convertido en imprevisto competidor de Marshall, acaparó en la primera semana de abril de 1948 la atención del continente a través de los discursos de sus delegados, quienes hablaban de "implantar el justicialismo en todo el hemisferio".

Aquel deslumbramiento peronista se empañó el 9 de abril, a las 11 horas, cuando el doctor Gaitán cayó atravesado por las cuatro balas que le disparó por la espalda un joven de 26 años, mal entrazado, Juan Roa Sierra. La noticia de la muerte desencadenó una reacción popular en masa que escapó al control policial, y la Conferencia debió ser suspendida; los delegados optaron por refugiarse lejos de la capital colombiana, cuando se toparon con una muchedumbre que arrastraba por las calles céntricas el cuerpo ensangrentado del asesino de Gaitán, ultimado a puntapiés. Un grupo revolucionario que se había apoderado circunstancialmente de las emisoras impartía órdenes de asalto y revelaba una peligrosa receta: el coctel Molotov, que sirvió para incendiar edificios públicos y residenciales.

Centenares de muertos fueron alfombrando las avenidas principales mientras Bogotá ardía en llamas y en odio. El asesinato de Gaitán liquidaba por entonces la única esperanza de destronar a la violencia dictadura de Ospina Pérez[19], cuya policía había prendido fuego a las chozas de los campesinos rebeldes, luego de matarlos. Y la ira popular, que convirtió aquel crimen en una válvula de escape, registró su protesta con el nombre de Bogotazo.

Mientras esto ocurría la Argentina comenzaba a temer por la suerte de su representación diplomática; la encabezaba el canciller Bramuglia e incluía a una mujer, la señora María E. López Cabanillas de Ivanissevich (esposa del embajador en Washington), y a los delegados Enrique V. Corominas, Pascual La Rosa, Pedro J. Vignale, Saverio S. Valente, Roberto Ares, Orlando Maroglio y al general Víctor Majó. En un primer momento Perón intentó ordenar su regreso, pero el ministro de Marina, almirante Fidel Anadón, le sugirió esperar nuevas noticias.

Ese país pudo por fin serenar sus ánimos, y el 15 de abril la Conferencia Interamericana reanudó sus sesiones en el mismo lugar, aunque con una ausencia importante: nada menos que la de su presidente, el canciller colombiano Laureano Gómez, quien debió permanecer escondido hasta poder huir a España, por temor a ser asesinado.[20] Ospina Pérez, a quien su chofer salvó milagrosamente de un asalto al automóvil presidencial, tras resistir en el Palacio de Gobierno con un puñado de soldados, había restablecido su autoridad, venciendo la obstinación de la viuda de Gaitán, Amparo Jaramillo, quien se negaba a dar sepultura a su marido hasta que el Presidente renunciara.

Reiniciadas las deliberaciones, Marshall acusó de comunistas a los campesinos sublevados y capitalizó la revuelta. Curiosamente, antes de la suspensión había pedido que se creara un sólido bloque anticomunista en un proyecto que también suscribieron Chile y Brasil. Apenas se encontró una delgada resistencia; la del canciller argentino. "Hay que atacar las causas y no los efectos", enfatizó Bramuglia; pero las agencias noticiosas ya habían difundido la opinión del senador Diego Luis Molinari, quien desde Washington acusaba al Cominform de haber asesinado a Gaitán para provocar la revuelta y linchado al criminal para no dejar rastros.

La delegación argentina sólo logró impedir que el organismo regional que se iba a fundar se denominara *unión, asociación* o *comunidad*, pues tenía instrucciones de evitar la creación de un superestado que obstruyese la soberanía de los países signatarios. Después sería la primera, por orden alfabético, en estampar su firma en el Acta de Fundación de la Organización de Estados Americanos.

La distensión y el préstamo

La presidencia rotativa del Consejo de Seguridad dio a Bramuglia la oportunidad de rehabilitar internacionalmente a su país. Cinco meses después de la Conferencia de Bogotá, en setiembre de 1948, la Argentina ofició de mediadora entre la Unión Soviética y los países occidentales para dar una solución pacífica al bloqueo ruso en Berlín.

Cuando el canciller regresó de Alemania con una significativa cuota de prestigio ganada en las Naciones Unidas, Perón le tributó un recibimiento tan efusivo como el que brindó meses antes a otra delegación no menos honrosa: el seleccionado argentino que acababa de conquistar en Guayaquil el Campeonato Sudamericano de Fútbol. La euforia por el prestigio reconquistado y el momentáneo –aunque vertical– ascenso del nivel de vida popular fueron desatando un incontrolable éxtasis.

La renuncia de Oscar Ivanissevich a la Embajada en los Estados Unidos, en junio de 1948, promovió la designación de Jerónimo Remorino, quien, según sus palabras, se vio obligado "a ocupar tres cargos con un solo sueldo: la Embajada en Washington, la delegación en las Naciones Unidas, por renuncia del doctor José Arce, y la representación provisoria ante la OEA".

Remorino provenía de las filas conservadoras, a cuya afiliación había dimitido en 1933, después de alcanzar algunos cargos en el Partido Demócrata Nacional de Córdoba, y su amistad con Perón había nacido en 1935, durante los viajes a Perú como integrante del Comité de Tenedores de Títulos de la deuda externa de aquel país. "Los vuelos a Lima eran en tres etapas –recordaría Remorino– en la primera escala (Santiago de Chile)

siempre me reunía con el personal de nuestra embajada. El mayor Juan Perón era entonces agregado militar y ferviente admirador del Presidente chileno Arturo Alessandri[21], el revolucionario de la época, que había estimulado en él un espíritu de reformador social. Yo compartía aquellas ideas y nos seguimos viendo hasta que por intermedio de un amigo común, el capitán de fragata José Arce, Perón me ofreció en 1946 la presidencia de la Caja Nacional de Ahorro Postal. Mi administración allí duró un año, lo suficiente como para multiplicar trece veces el ahorro popular e implantar el actual seguro de vida colectivo. Los sistemas de protección social eran indispensables en este país y se recurrió a una forma de socialismo argentino, desligado de la lucha de clases. Porque a mi no me preocupa que haya millonarios, y ojalá que sumen muchos, sino que desaparezca la miseria".

La "tercera posición"

Remorino aceptó discutir sobre el verdadero sentido de la "tercera posición", y dio estas respuestas:

—Claro, tercera posición hace pensar en neutralidad, pero no fue ése su espíritu. Era simplemente una manera de resolver los problemas nuestros atendiendo a los intereses nacionales.

—Pero la incorporación a un panamericanismo comandado por los Estados Unidos, ¿no deshizo el liderazgo antiimperialista alcanzado por Perón en 1945?

—Planteado en estos términos tan claros y concretos fue así. Pero observe usted que Perón jamás aceptó ingresar al Fondo Monetario Internacional, a pesar de todas las presiones soportadas, porque entendía que eso era entregar el manejo de la economía a manos extrañas.

—Sin embargo, esa desobediencia no pareció afectar mucho a los norteamericanos.

—Lo que ocurrió fue que el aire rarificado que se respiraba en los Estados Unidos se disipó en 1949, cuando Truman, ya Presidente electo, instaló a su propio equipo. El nuevo Secretario para asuntos latinoamericanos, Edward Miller, inició una política más permeable en el Departamento de Estado. Miller entendía a los latinoamericanos y sabía tratarlos.

Perón conocía al dedillo las reglas de ese juego y sabía manejarlas con una política que consistía en recostarse sobre el poderoso haciéndole cosquillas. Claro que no habría de durarle mucho esa jactancia, porque al entrar en su cuarto año de gobierno se encontró con que el saldo posbélico de oro y divisas estaba exhausto y necesitaba ayuda.

A mediados de 1950 Argentina había perdido el combustible necesario para mantener el ritmo de su política exterior, pues el gran saldo de exportaciones había desaparecido seis meses antes y la situación económica empeoró de tal modo que hubo que ingeniárselas para hallar una excusa a la promesa de Perón de no aceptar empréstitos extranjeros. Por su parte, los Estados Unidos, que ya habían aprendido a tratar a este aliado mimoso y desobediente, hicieron saber que se negaban a conceder créditos a la Argentina "hasta que su parlamento ratifique el Tratado de Río".

La solución apareció imprevistamente cuando el 25 de junio de 1950 las tropas comunistas de Corea del Norte cruzaron la frontera con el pretexto de "reunificar la península" y Perón halló entonces una buena excusa política para ordenar a sus legisladores que aprobaran el Tratado. Lo hicieron tres días después de iniciada la guerra, "para no eludir la solidaridad continental en los momentos de definición", alegaron.

Cuarenta y ocho horas después el canciller argentino, doctor Hipólito Jesús Paz[22], envió un mensaje de adhesión al Consejo de Seguridad (que acababa de sancionar a los norcoreanos por agresores) e instruyó al embajador argentino en Washington para que hiciera conocer al Secretario de Estado norteamericano Dean Acheson "el apoyo decisivo del gobierno argentino". No le creyeron, y por intermedio del Secretario General de las Naciones Unidas, Trygbe Lie, se sondeó la posibilidad de que Argentina enviara asistencia y ayuda militar a Corea. Paz cablegrafió entonces al Consejo de Seguridad indicando que su país estaba dispuesto a "tomar contacto con el comando militar de la UN en Corea" y Perón aprovechó la comida de camaradería de las Fuerzas Armadas para dedicar un párrafo de su discurso a "la plena adhesión y solidaridad con los americanos".

Las Naciones Unidas computaron esas declaraciones y respondieron informando que los Estados Unidos eran

los encargados de "coordinar con la Argentina la ayuda militar que ésta pudiese prestar". En conferencia de prensa Perón aplaudió el envío de tropas norteamericanas y reiteró que su gobierno también había tomado "un rumbo digno de la comunidad americana".

—¿Cómo se entiende eso? —quiso saber un corresponsal británico.

—Le contesto con uno de nuestros lemas: *Mejor que decir es hacer* —dijo Perón con su mejor sonrisa.

El intercambio de telegramas y las declaraciones oficiales suscitaron una conmoción popular cada vez más difícil de apaciguar, pues había nacido en las propias filas del peronismo. Manifestaciones de repudio al envío de tropas argentinas agitaron las calles de Buenos Aires y Rosario, y cuando se advirtió que algunos gremios importantes disponían paros de protesta, Perón encontró una escapatoria: "Haré lo que el pueblo quiera. Yo no he ordenado enviar soldados", desmintió públicamente, mientras su Jefe de Policía acusaba a los opositores de propalar rumores falsos en el sentido de que se había convocado a algunas clases de la reserva para alistarlas con destino a Corea. Sin pérdida de tiempo, el canciller Paz anunció que "la respuesta a Trigbe Lie no pasaba de un mero acuse de recibo y que la ayuda argentina se reducía a un simple cargamento de víveres".

La contramarcha no afectó los verdaderos objetivos, pues mientras se redactaban cables y declaraciones hubo tiempo para concluir el convenio pendiente con los Estados Unidos, que abarcaba un crédito comercial de 125 millones de dólares del Banco de Exportación e Importación. No sería difícil justificarse después, al saber que ningún otro país latinoamericano envió tropas, salvo Colombia que lo hizo un año más tarde.

Perón se había convertido así en el primer triunfador de la guerra de Corea, movilizando solo papeles y cajas de alimentos, aun a costa de sus propios enunciados. "Nuestras normas internacionales están dictadas por principios, no por conveniencias transitorias", había estampado en un grueso folleto (que difundían los flamantes agregados obreros en las embajadas argentinas) con este título: "Perón expone sus ideas al mundo con nuevas orientaciones para un futuro mejor".

El doctor Paz certificó después el sentido rigurosamente transitorio de aquellas decisiones: "Necesariamente había que precipitar un acercamiento definitivo con los Estados Unidos porque la Argentina tenía obligaciones que cumplir. Se decidió entonces actuar con criterio político, y se terminó con la vieja postura diplomática". postura diplomática".

Esa tradición diplomática fue precisamente la que intentaron rescatar los diputados radicales para oponerse a los acuerdos de Río y Bogotá y al probable envío de tropas a Corea. "Los peronistas abandonaron su tan cacareada tercera posición justo en el momento en que debían asumirla, para arrodillarse ante los Estados Unidos", les enrostró Luis Dellepiane. Sarcásticamente Arturo Frondizi recordó: "El resultado final del asunto *Braden o Perón* ha sido el triunfo de Braden y ahora tendremos guerra o paz según lo decidan los estadistas o militares norteamericanos".

Sin embargo, los responsables de aquella política exterior no observaban contradicciones en ese proceder: "La tercera posición estaba más de acuerdo con las Encíclicas papales que con una ubicación intermedia. Era un concepto cristiano de capitalismo humanizado", diría el doctor Paz, coincidiendo con las definiciones que también le asignaban Oscar Ivanissevich y Jerónimo Remorino.

A su vez, Perón lanzó esta definición: "Yo no soy partidario ni del régimen capitalista ni del sistema comunista, sino de otra posición, la tercera". Eso fue lo que dijo el 12 de diciembre de 1947 a un grupo de intelectuales americanos.

Quienes han analizado con detenimiento la política exterior puesta en marcha por el gobierno peronista de 1946, le reprochan a éste ciertas contradicciones entre la actitud asumida inicialmente frente a los Estados Unidos y el viraje operado poco después. Si bien los altos funcionarios diplomáticos (Ivanissevich, Remorino, Paz) jamás definieron a la "tercera posición" como una actitud equidistante de las dos grandes potencias, sino como una postura económica "diferente del capitalismo y el comunismo", y enraizada en las encíclicas papales, la aparición en el escenario mundial —hace 22 años— del bloque de países. No Alineados hizo pensar a muchos peronistas que su líder había sido el gestor del denominado Tercer Mundo. Sin embargo, nada tuvo que ver

Perón con el célebre Pacto de Bandung, donde Nehru, Nasser y Tito decidieron fundar un bloque de países terceristas en el seno de las Naciones Unidas. La reunión preparatoria se realizó en El Cairo en junio de 1961 y la primera conferencia de jefes de Estado ocurrió tres meses después, en Belgrado.

Perón, exiliado en Madrid, no fue consultado. Su política exterior no había sido acorde con las propuestas de los terceristas, pues durante su gobierno la Argentina no había acompañado la protesta de Indonesia frente a las agresiones colonialistas holandesas –en las Naciones Unidas– ni apoyado a la India en sus denuncias contra la persecución racial sudafricana. Además, se había opuesto a que se examinara la política francesa en Marruecos y hubo de abstenerse en la decisión de otorgar un asiento a China continental en la ONU, definiéndose luego a favor del gobierno de Formosa.

No obstante, el peronismo siempre reivindicaría como propia la idea de la "tercera posición". Pero la concretaría recién en setiembre de 1973, cuando el gobierno peronista de entonces obtuvo el ingreso argentino al bloque de No Alineados, en la Conferencia de Argel. Nuestro país figuraba ya en calidad de observador, desde octubre de 1964, año en que el gobierno radical de Illia solicitara esa primera inclusión en la Conferencia de El Cairo.

VI

PLAN DE GOBIERNO

El 28 de octubre de 1943, a las dos de la mañana. Perón había sellado con uno de sus característicos abrazos la amistad con el hombre que tres años después habría de prepararle su primer programa de gobierno: José Miguel Francisco Luis Figuerola y Tresols, quien ocupaba la jefatura de estadística del Departamento Nacional del Trabajo. Algunas horas antes Figuerola había visto entrar a Perón, sin previo aviso ni protocolo, al Departamento Nacional del Trabajo para hacerse cargo de ese organismo. Y después de escuchar su breve discurso convocando al personal "a una colaboración entusiasta, más allá de los estrechos límites de la rutina burocrática", ambos se reunieron en un despacho. Figuerola lo recordaría así: "Comenzamos a hablar a las 7 de la tarde. Quiso ver mis ficheros, conocer las estadísticas socioeconómicas y observar los gráficos con la curva de nivel de vida en los últimos doce años. Cambiamos ideas y consumimos varias tazas de café y una veintena de cigarrillos. Quiso llevarme hasta mi casa y cuando se despidió, con un abrazo, ya estaba en marcha la idea de transformar aquel departamento en una secretaría de Estado". Mientras el automóvil oficial,

guiado por un chofer de la presidencia, se perdía en la oscuridad, Perón acomodaba en un par de carpetas las planillas que Figuerola le había facilitado y reproducía mentalmente aquella colección de pequeñas obras de arte que el dibujante Pablo L. Barbat había realizado con los índices de desnutrición y la deficiencia de los valores mineral y vitamínico en la familia trabajadora. La información,. tabulada pacientemente por los técnicos del departamento, establecía que sobre un mínimo indispensable de 32 mil unidades internacionales de vitamina A, el valor de alimentación de las familias computadas era apenas de 12 mil unidades. La urgente solución a ese problema fue lo que Figuerola sugirió a Perón, "ya que se había entusiasmado en revitalizar el organismo". Un mes después, el 27 de noviembre, el departamento fue denominado oficialmente Secretaría de Trabajo y Previsión. "A partir de ese instante —memoró Figuerola— comienza una labor agotadora: desde la clasificación de actividades profesionales, para conocer la situación de las empresas con sus obreros y la definición de objetivos principales, hasta la implantación de un sistama coordinador de funciones dispersas que incumben al Estado. Perón, por su parte, alternaba su tarea en la secretaría con su actividad específicamente política, hasta que alcanzó la vicepresidencia. Desde allí (en julio de 1944) me ascendió a consejero técnico y juntos planeamos la organización del Consejo Nacional de Posguerra, cuya creación se decretó el 25 de agosto."

Los fundamentos de esa medida alegaban que "si bien los problemas sociales han sido abordados sin tener en cuenta la conexión que guardan con los demás factores del complejo económico social, las excepcionales circunstancias del momento exigen que marchen firme y prudentemente orientados hacia la consecución de un objetivo común, claramente precisado y con vigoroso impulso perseguido". El decreto confiaba al Vicepresidente de la Nación la dirección superior de los estudios sobre ordenamiento social y económico del país y establecía que el consejero técnico de la Vicepresidencia sería en adelante el secretario general del nuevo organismo. De este modo Figuerola quedó a cargo del Consejo de Posguerra.

Figuerola aprovechó para fijar también los objetivos a largo plazo y comenzó a proyectar una planificación

coordinada, con vistas al futuro económico del país. Esto encantó a Perón, ya lanzado a la conquista definitiva del poder, quien hizo suyo el proyecto. El Consejo preparó minuciosamente, bajo la escrupulosa vigilia de Figuerola, un plan general de industrialización que incluía medidas para intensificar la riqueza agrícola-ganadera, promover la explotación minera, proteger a determinadas industrias manufactureras, fomentar las investigaciones tecnológicas, racionalizar la producción, construir grandes diques, contrarrestar la inflación, estabilizar los precios y cubrir las necesidades de importación de maquinarias, equipos y materias primas para reactivar la industria de posguerra. El desarrollo de cada uno de esos rubros fue difundido entre los asesores de Perón y sirvió para respaldar su candidatura con un programa de gobierno claramente definido, por lo menos en los papeles. Lo que ocurrió entre su llegada al Departamento Nacional del Trabajo (en octubre de 1943) y su triunfo electoral (en febrero de 1946) constituye una historia aparte, aunque íntimamente relacionada con el primer gobierno peronista.

Los ministros elegidos

El uniforme de gala que el presidente electo se hizo confeccionar para asumir el mando debió ser modificado tres días antes del 4 de junio de 1946. Los tres soles de plata que identificaban al coronel retirado Juan Domingo Perón fueron sustituidos por uno de oro, símbolo del nuevo grado: general de brigada. Siete meses atrás, en el atardecer del 17 de octubre, Perón había firmado su solicitud de retiro del servicio activo y anunciado que renunciaba por propia voluntad "al insigne honor a que puede aspirar un soldado, llevar las palmas y laureles de general de la Nación". El 29 de mayo de 1946 el bloque de legisladores peronistas pidió que se devolviera la jerarquía "al ciudadano que, por darlo todo por la institución y por el pueblo, supo darse como el que más a la Patria misma". A las 24 horas, un acuerdo de ministros la restituyó con retroactividad al 17 de octubre y lo ascendió a general de brigada con fecha 31 de diciembre de 1945.

Las medidas económicas que Perón necesitaba impo-

ner antes de llegar al gobierno (cuidadosamente planeadas por el *cerebro gris* del Consejo Nacional de Posguerra, José M. Figuerola) fueron conociéndose a partir del 25 de marzo, cuando el gobierno de Farrell nacionalizó el Banco Central y sustituyó el clásico directorio de banqueros ingleses por otro capitaneado por Miguel Miranda, la nueva estrella de su equipo. No fue difícil convencer al entonces ministro de Hacienda, coronel Amaro Avalos, a que autorizase la emisión de 250 millones de pesos en bonos del Tesoro, para gastos de administración. Miranda, por su parte, apuró el decreto que ponía en manos del Banco Central el control de cambios, obtuvo la modificación de las leyes orgánica de los bancos nacionales y precipitó la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI). Otras resoluciones aprobadas en vísperas de la entrega del poder: la modificación del régimen de impuesto a los réditos y la nacionalización de la producción de envases textiles y de las compras y exportaciones de oleaginosos.

Uno de los obstáculos que Perón debió sortear se había enquistado en el Ministerio de Agricultura, donde el general Diego I. Mason, fiel amigo de Farrell, resistía tercamente las instrucciones del presidente electo. Fracasados los intentos por hacerlo renunciar, comenzó entonces una operación más aviesa: desplumarle el ministerio. Por fin Mason dimitió y fue reemplazado por Amaro Avalos y luego por Pedro S. Marotta. Pero ya la mayoría de las atribuciones de Agricultura estaban en manos del titular de Industria y Comercio. Rolando Lagomarsino, quien las cedió al subsecretario, Juan Carlos Picazo Elordy, un íntimo de Lagomarsino.

"Algunos de mis amigos se rieron al leer el Estatuto del Peón de Campo porque establecía la obligación de proveer de un baño a los peones", –recordaría años después Picazo Elordy. La mayoría de esos amigos eran, como él, socios de la Sociedad Rural y no acertaban a entender su adhesión al peronismo–: Yo fui el único hombre rico que se sentó en el primer gabinete y me resultó fácil demostrar a las comisiones investigadoras de 1956 que todos mis bienes los había heredado de mi padre, un terrateniente de ideas conservadoras. El sarampión izquierdista que me atacó a los 20 años sirvió para que experimentara en carne propia la aventura de enfrentar al escuadrón policial en las manifestaciones socialistas

del primero de mayo. Al final terminé por convertirme en un capitalista de izquierda, y cuando conocí a Perón comprendí la importancia de una política revolucionaria que liquidara de una vez los abusos patronales. Realmente fue una revolución obtener el respeto para el hombre de trabajo, hacer que se lo trate como a un ser humano; aunque todavía a muchos les cuesta entender esto. En otros países, esas mejoras sociales costaron muchas vidas. Aquí fue tan pacífico que no parecía una revolución." Picazo Elordy tenía 43 años cuando Perón le ofreció el Ministerio de Agricultura, una semana antes de asumir el mando.

También en esos días, por una sugerencia del senador Diego Luis Molinari –muertó el 4 de marzo de 1966–, Perón llamó a su despacho a un joven de 32 años, el doctor Ramón A. Cereijo, y le pidió que aceptara la cartera de Hacienda. "La verdad es que yo era candidato a presidir la Caja de Jubilaciones del Personal de la Industria, pero Molinari convenció a Perón de que hacía falta un técnico en Hacienda, donde siempre se nombraban abogados. Yo fui –diría Cereijo– el primer egresado de Ciencias Económicas que llegó a ese ministerio, y uno de los pocos que cumplió íntegramente su período."

El diploma de honor que acompañó a su título de actuario, en 1936, había servido para que el brillante egresado fuera recompensado con un puesto de inspector de réditos; en 1943, su amigo Juan Atilio Bramuglia solicitó sus servicios para constituir el Instituto de Previsión Social y Angel Borlenghi aprovechó allí su asesoramiento para organizar el Instituto de Remuneraciones y establecer el salario vital mínimo. "Propusimos la participación en las ganancias, –recordó Cereijo– y no la aceptaron. Entonces se la sustituyó por el decreto de aguinaldo obligatorio, que en realidad es injusto, porque se paga aunque no haya ganancias."

Los buenos servicios de Sosa Molina le permitieron conservar el Ministerio de Guerra en el nuevo elenco. Otros protagonistas decisivos del acceso de Perón al poder fueron recompensados: al general Juan Pistarini, Vicepresidente de la República tras los hechos de octubre de 1945, se le encargó el Ministerio de Obras Públicas; a Bramuglia, la cartera de Relaciones Exteriores; a Borlenghi, el Ministerio del Interior.

El Ministerio de Justicia e Instrucción Pública pasó a

manos del doctor Belisario Gache Pirán, fiscal federal desde 1942; y el de Marina se confió al capitán de navío Fidel L. Anadón, un corpulento oficial que se había resistido en la Escuela de Mecánica de la Armada durante el tiroteo del 4 de junio de 1943, pero que más tarde se convirtió, según su propia definición, en "el único marino peronista".

En cuanto a las secretarías, Lagomarsino retuvo la de Industria y Comercio; el brigdier mayor Bartolomé de la Colina ocupó la de Aeronáutica (tuvo el mismo cargo bajo Farrell, quien lo suplantó en 1945 con Edmundo Sustaita): José María Freire, la de Trabajo y Previsión, la más histórica, el baluarte desde donde Perón elaboró el espinoso proyecto que lo depositó en la Casa Rosada; y el joven médico Ramón Carrillo, la flamante Secretaría de Salud Pública, que dejara de ser Dirección Nacional cuatro días antes de la asunción del mando.

El testimonio de dos sobrevivientes de aquel gabinete coincide en que la primera presidencia de Perón comenzó sin una plataforma precisa: "No había un programa de gobierno definido sino lineamientos generales. Éramos gente joven, nueva, desconocida y queríamos otro país, nuevo también. Se trataba de un gobierno de renovación y exploración. Y era posible trabajar sin obstáculos, porque Perón dio carta blanca a sus ministros. Confiaba en la gente que elegía, por lo menos mientras yo estuve", aseguró Picazo Elordy, quien se alejó del gabinete al año y medio. Cereijo concuerda en que Perón no interfería: "Aceptaba los informes técnicos de los ministros sin detenerse en detalles. Siempre nos alentaba así: *¿Pasa el cañón? Entonces, empiecen a tirar*". Lagomarsino, en cambio, diría que llegaron al gobierno "a cumplir con un programa claramente definido que luego se llamó Plan Quinquenal 1947-1951". Y el alma mater de ese programa económico —iniciado virtualmente bajo la presidencia de Farrell— fue el titular del Banco Central, Miguel Miranda.

La única definición que dejó entrever el peronismo, antes de alcanzar el gobierno constitucional, se conoció la noche del viernes 31 de mayo, en el teatro Avenida, durante el acto organizado por la Confederación de Empleados de Comercio. Perón habló esa noche de "la revolución y su continuación en el período legal", anunció el retorno a la normalidad "sin descuidar lo emprendido" y advirtió que "de la revolución se pasará a la evolución". La vaguedad de sus enunciados era compensada con una oratoria fogosa, aunque el acto alcanzó su esplendor cuando Borlenghi presentó oficialmente a dos futuros ministros. Ubicados en el proscenio, Bramuglia y Gache Pirán recibieron de pie la más larga ovación de su vida. Esta se hizo estruendosa cuando se anunció que "fiel a su promesa, el general había designado secretario de Trabajo y Previsión a un obrero: José María Freire". Una hora después, Borlenghi festejaba su propio nombramiento: agasajó a los colegas y al general Perón con champán en el primer piso de la Confederación.

Pocas horas antes el Poder Ejecutivo había decretado feriado nacional para el martes 4 de junio, en celebración del advenimiento del nuevo gobierno constitucional. Simultáneamente, el flamante interventor en la Universidad de Buenos Aires, doctor Oscar Ivanissevich, desalojaba a las autoridades de la Facultad de Agronomía y Veterinaria respaldando la intervención del ingeniero Carlos A. Emery, ante la repulsa general del estudiantado. Los universitarios esperaron pacientemente su llegada para dejar vacío el edificio y aglomerarse enfrente.

El 4 a la tarde Farrell leyó su mensaje de despedida, complacido por lo que consideraba una satisfactoria obra de gobierno: "No ha faltado trabajo y se votó con absoluta libertad". Quizás el balance más claro de su administración fue la solicitada que firmó el secretario de la presidencia, coronel Gregorio Tauber, y que se dio a publicidad dos días antes de entregar el poder. Se detallaba allí la inversión de 5 millones de pesos en obras hospitalarias, producidos por la donación de los sueldos de Farrell y sus colaboradores militares.

El primer decreto que firmó Perón sirvió para designar secretarios de la presidencia, con jerarquía de ministros secretarios de Estado, al coronel Oscar Rufino Silva y a los doctores Román Alfredo Subiza y José Miguel Francisco Luis Figuerola. Luego designó intendente municipal al doctor Emilio Siri; secretario privado a su cuñado, Juan R. Duarte, y administrador general de Correos y Telégrafos a un personaje clave durante su ascenso al poder: Oscar L. Nicolini.

Perón ya no necesitó de la colaboración de Farrell durante sus presidencias: le había bastado con la valiosa ayuda prestada durante el régimen de facto. Farrell fue

separado del camino y Perón siguió su marcha. En sus días iniciales de gobernante, mientras Bramuglia se deshacía en atenciones para con el ex presidente norteamericano Herbert Hoover (que llegó a Buenos Aires el 6 de junio a reclamar ayuda alimenticia para Europa) y daba los últimos toques a la reanudación de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, el flamante gabinete lanzaba su primera batalla contra la carestía de la vida.

El Plan Quinquenal

La asunción del mando presidencial otorgó a Perón la oportunidad de poner en práctica las promesas con que fascinara a su electorado y la ocasión de llevar adelante su plan de industrialización. El 6 de junio a las 6 de la mañana inició su gobierno constitucional: la Secretaría Técnica fue autorizada a absorber los servicios de estadística, ordenamiento económico-social y de coordinación de ministerios y secretarías de Estado y también de todas aquellas actividades que no fuesen de carácter político o pertenecientes a las Fuerzas Armadas. Para estas dos últimas contaba, además de Figuerola, con los otros lugartenientes: Subiza, el secretario político, y Silva, el secretario militar. Pero los tres gozaban de igual jerarquía ministerial.

A los 26 días de gobierno Perón firmó un decreto traspasando las funciones del Consejo de Posguerra a la Secretaría Técnica, con misión de "informar y proponer al presidente de la Nación lo que antes era misión privativa del vicepresidente". De esta forma se cuidaba de retener en sus manos aquellos organismos claves que le habían servido para triunfar (como antes había hecho con el Ministerio de Guerra y la Secretaría de Trabajo y Previsión). También encomendó a Figuerola la presidencia del Consejo Coordinador de Investigaciones, Estadísticas y Censos, organismo creado pocos días después, en agosto de 1946.

Una vez que Perón tuvo en sus manos las conclusiones finales de los estudios iniciados en el Consejo de Posguerra y terminados en la Secretaría Técnica de su presidencia, trazó grandes directivas y encomendó a

Figuerola la redacción clara y el desarrollo gráfico de lo que sería su programa de gobierno:

—Hágame un extracto del plan de industrialización y eso nos servirá de guía.

—Le haré preparar un orden de prioridades para ir desarrollando en estos seis años, general.

Cuando la redacción estuvo concluida, en octubre de 1946, Figuerola se apresuró a señalar que el período que restaba hasta la expiración del mandato presidencial era prácticamente un lustro. "¿Y por qué no lo llaman plan quinquenal? ", sugirió tímidamente un funcionario que asistía a las reuniones de consulta. Perón no vaciló en apoderarse de la idea: "Pero claro, se llamará *Plan Quinquenal de gobierno 1947-1951* y lo leeremos entre los dos ante la asamblea legislativa", exclamó eufórico, dirigiéndose a Figuerola.

Aquella iniciativa se concretó el lunes 21 de octubre de 1946, fecha para la que se había convocado a las dos Cámaras. Por la mañana Perón puso en funciones al nuevo subsecretario de Informaciones de la presidencia, Emilio Cipolletti, y a sus colaboradores inmediatos: Pedro Láinez Varela y Orestes Confalonieri. Era una manera de controlar la difusión de noticias oficiales, las que el periodismo no siempre registraba con la misma dedicación. Hasta ese momento todavía se concedían largas columnas a los opositores, como las crónicas que registraban el cumpleaños de Nicolás Repetto y su celebración en la Casa del Pueblo, donde el anciano dirigente socialista expresó: "Por propia voluntad, millones de obreros de fábricas sostuvieron a Mussolini y votaron a Hitler; muchos sindicatos y uniones gremiales se plegaron al régimen totalitario y no pocos líderes demócratas y socialistas colaboraron en los gobiernos de *orden nuevo*. A los 75 años, me pregunto: ¿qué hay de extraño, entonces, que parte de nuestra masa obrera, dotada de una conciencia gremial y política menos esclarecida que la de los obreros italianos y alemanes, se dejara seducir también por los engañosos halagos de una política insincera? "

En las primeras horas de la tarde, Perón ingresó al Congreso Nacional por la puerta lateral de la calle Rivadavia y enfiló hacia el despacho del doctor Ricardo César Guardo. Ya estaba informado de que los diputados radicales no asistirían a la sesión "porque ésta no reviste

carácter formal alguno ni se trata de ejercitar o cumplir funciones legislativas". A las cuatro de la tarde, cuando Guardo, Perón, Quijano y Figuerola se sentaron en el estrado de la Cámara, una salva cerrada de aplausos coronó la apertura de la sesión. Prolijamente encuadernadas, las copias del Plan Quinquenal reposaban sobre los pupitres de cada legislador. Muy pocos fueron los que curiosearon su contenido: la mayoría dejó los tomos intactos, envueltos en la cinta original que los empaquetaba. En el hemiciclo alineaban sus rostros solemnes los ocho ministros del Poder Ejecutivo y el impertérrito gobernador de la provincia de Buenos Aires, coronel Domingo Mercante, quien había recurrido al propio Perón para poder sentarse en esa ubicación reservada exclusivamente al gabinete nacional. Detrás de ellos se habían ubicado los secretarios de Estado y, en la primera fila de bancas, los gobernadores de las otras provincias, presidentes de bancos oficiales y altos jefes militares.

Quijano abrió la sesión con estas palabras: "Por primera vez un Presidente se presenta en el recinto del Congreso para hablar mano a mano con el pueblo por intermedio de sus representantes, a fin de brindar la mejor inquietud de su espíritu, que es su propio programa de gobierno". Perón descargó una encendida arenga y reveló algunos procedimientos: "Señores, nos han acusado de utilizar la economía dirigida. Eso presupone maldad o ignorancia. Nosotros estamos respetando la ley de la oferta y la demanda; actuamos con precios económicos y no con precios políticos. Nuestras transacciones en lo interno y en lo externo obedecen a los precios fijados en el comercio internacional. La iniciativa privada, bienvenida; pero para producir, no para especular". Antes de incursionar en los detalles del plan, Perón insistió en su clásica arremetida contra la oposición: "La nueva política ha de ser de verdad y de trabajo. En nuestro país ya quedan pocos ingenuos. Hay que actuar con nuevos moldes, más honorables y más modernos. Ya he llamado a la realidad a todos los argentinos e incluso a nuestros adversarios. Si siguen en sus antiguos procedimientos van a terminar por quedarse sin gente. El pueblo ha alcanzado la mayoría de edad y no quiere politiquerías ni tonterías, sino que quiere trabajo real y efectivo en su provecho". Para explicar el plan elaborado recurrió a estas frases: "Pensamos que debíamos ir a buscar los

otros planes; formamos una comisión investigadora que, como verdadero rastreador, se metió en todos los archivos y vino a decirme: *Mi general, hemos llegado hasta Cornelio Saavedra y no encontramos nada concreto.* Llevamos treinta y tantos años sin censo. No sabemos qué tenemos, dónde lo tenemos ni cómo lo tenemos. Ahora tendremos un censo y una estadística que habrán de servir a quien me suceda en el gobierno, dentro de seis años". La realización del plan fue pronosticada así: "Según nuestros cálculos, puedo asegurar a los señores legisladores que dinero es lo que no va a faltar para su realización. El plan se pondrá en marcha el 1° de enero de 1947. Bien estudiado, bien planeado en lo sintético, bien planificado en lo analítico y con el pueblo convencido de la necesidad de llevarlo adelante, será éste –y discúlpenme los señores legisladores el símil– un partido en el que habrá muy poca gente que patee contra nuestro arco".

Cuatro etapas

En el plan inicial trabajaron 22 personas capitaneadas por Figuerola: era el equipo que funcionaba en la Secretaría de Trabajo y Previsión, integrado por Enrique Catarineu, Lázaro Romero, J. C. Urioste, Eduardo Acevedo, Antonio Herrera Muguerza, Eugenio Dengra, Pablo L. Barbat, Armando Massey, Héctor Irazábal y Víctor Bruno Videla. En el Consejo de Guerra se incorporaron Manuel Ossorio y Florit, José Astelarra, Miguel Gamboa y Miguel Pistone. A la Secretaría Técnica se sumaron Miguel R. Gaddi, Guillermo Gudollo, José de Lasalletta, Armando Martini y José Vistalli.

El plan constaba de:

1) Establecer las necesidades previsibles de materias primas de origen nacional, combustibles, energía eléctrica (térmica e hidráulica), maquinarias y transportes.

2) Verificación del estado y grado de eficiencia de los sistemas de producción, explotación y distribución de esos elementos.

3) Programa mínimo, en cinco años, de las obras e inversiones necesarias para asegurar un suministro adecuado de materias primas, combustibles y equipos mecánicos y desarrollar racionalmente la industria y la agricultura del país.

4) Descentralización industrial y formación de nuevas zonas; diversificación de la producción y emplazamiento de las fuentes naturales de energía, las vías de comunicación, los medios de transporte y los mercados consumidores.

"De esta consideración minuciosa —recordaría Figuerola— Perón hizo pocas correcciones cuando decidió convertirlo en su programa definitivo de gobierno. Más bien se preocupó por incluir cuestiones que escapaban al problema estrictamente industrial, y así se agregaron los proyectos de ley referidos al régimen de propiedad horizontal: la creación del Cuerpo de Abogados del Estado; reformas básicas a la enseñanza primaria, secundaria, técnica y universitaria; regulación de las funciones notariales; leyes energéticas y de estímulo a la producción; organización de los servicios públicos y de la sanidad. El desinteresado y espontáneo aporte del doctor Ramón Carrillo incorporó un estudio completo sobre organización sanitaria y el doctor Manuel López Rey Arroyo hizo lo propio con un proyecto íntegramente dedicado a la enseñanza universitaria. Facilitó enormemente las tareas de compilación de datos y determinación de necesidades el volumen de 800 páginas con el que la reunión nacional de municipios, efectuada en marzo de 1945, recopiló los problemas urgentes de cada localidad. Los proyectos de leyes que dormitaban en los archivos del Congreso Nacional fueron analizados uno por uno y algunos de ellos remozados."

Ochenta diagramas, indicando las labores concretas a realizar, se agregaron en cada edición del Plan Quinquenal y sirvieron para explicar gráficamente el objetivo de los 27 proyectos de leyes sometidos al Parlamento. Uno de ellos desarrollaba las ramificaciones de la gobernación del Estado en seis ramas principales: política, salud pública, educación, cultura, justicia y exterior.

Toda esa organización fue calificada de "corporativista" por los opositores, quienes encontraron en la figura del inspirador del plan un blanco excelente para sus ataques. Figuerola, que había puesto en manos de Perón sus experiencias políticas en España y sus conocimientos técnicos, no entendió la calificación como una injuria. "Ojalá que hayamos creado un eficaz sistema corporativo", se jactó en esos días. Veinte años después ratificaría su adhesión al sistema con esta frase: "Se ha

pretendido ridiculizar al corporativismo haciéndolo aparecer como un retorno a la Edad Media. Lo importante es que las corporaciones del trabajo representaron, en su hora, una estructura económico-liberal que la Revolución Francesa suprimió para dar paso a la libertad individual, dejando a los trabajadores al libre arbitrio patronal y a merced de la policía, que hasta hace poco intervenía en la dilucidación de conflictos obreros. Desde 1943 la legislación argentina ha reconocido el derecho de asociación a los patronos y trabajadores, los derechos sindicales y el derecho a establecer condiciones de trabajo y de retribución por medio de organismos. Esa tendencia asociacionista es una manifestación típica de corporativismo".

BIBLIOTEC
ERSIDAD DE

VII

NACIONALIZACION DE LOS SERVICIOS PUBLICOS

Si algo caracterizó a la política económica del peronismo en su etapa inicial esto fue la nacionalización de los servicios públicos. Discutida y atacada duramente por la oposición, esa política sin embargo fue llevada adelante con una firme decisión. Con el correr de los años, lo que más se le ha criticado al peronismo han sido los resultados concretos de esa nacionalización de servicios públicos, pues éstos incrementaron los gastos del Estado en forma desproporcionada y deterioraron en casi todos los casos la calidad de las prestaciones. Pero en el momento de ponerse en marcha aquella política lo que más se discutía era la forma en que se hacían las negociaciones con las compañías extranjeras, a las que se concedió un tratamiento que irritaba a los opositores, porque se pagaban indemnizaciones consideradas excesivas.

La compra de ferrocarriles

En julio de 1946 los Estados Unidos concedieron un préstamo a Gran Bretaña de 3.750 millones de dólares

con la condición de que los ingleses pagaran sus deudas a los países americanos por suministros de guerra. Gran Bretaña ofreció entonces al gobierno argentino venderle la red ferroviaria a cambio del saldo de libras esterlinas acumulado en cinco años de exportaciones.

Para Gran Bretaña la explotación de ese servicio ya había cumplido un muy valioso ciclo y representaba un interés apenas superior al dos por ciento, con la agravante de que los dividendos se iban achicando cada vez más. El material rodante y de tracción que estaba en funcionamiento no servía a aquellas compañías ferroviarias para restaurar su economía y la única manera de evitar la pendiente consistía en adoptar tres medidas difíciles de aplicar: rebajar los salarios, reducir el personal y aumentar las tarifas. La venta de la red parecía entonces la única carta posible, salvo que se encontraran nuevas formas de explotación combinadas con el Estado argentino. Así surgió la idea de constituir una sociedad mixta, la que se concretó el 17 de setiembre de 1946.

De ese modo, los ingleses no se desprendían de tan importante elemento de dominio comercial y obtenían la ayuda necesaria para seguir adelante, pues el Estado argentino incorporaba al capital de la nueva empresa mixta 500 millones de pesos en 5 años, para ser aplicados a la modernización de los ferrocarriles, y aseguraba al capital británico un rendimiento mínimo del 4 por ciento, garantizándole una ganancia líquida de 80 millones de pesos anuales. Los empresarios ingleses habían salvado también un difícil obstáculo: el 1° de enero de 1947 caducaba el artículo 8° de la Ley Mitre, que otorgaba a las compañías ferroviarias la exención de todo impuesto nacional, provincial o municipal. El acuerdo anglo-argentino prorrogaba esa cláusula indefinidamente.

La sociedad mixta resultó la mejor vía para conformar a ambos países. Sin embargo, quedaba un disconforme: Estados Unidos. "No hemos puesto condiciones a nuestro préstamo para cumplir con una formalidad sino para que las cumplan", le enrostraron al canciller del Exchequer, Hugh Dalton, apenas pisó el Departamento de Estado, en octubre de 1946. Ocurría que el convenio anglo-argentino establecía que las libras acreditadas en el

Banco de Inglaterra solo podían utilizarse en el área de la esterlina, restringiendo el mercado argentino para las exportaciones norteamericanas. Se violaba así la condición impuesta por los Estados Unidos a Gran Bretaña al conceder su préstamo, que obligaba a los ingleses a liberar las libras acumuladas a favor de los países americanos, para que éstos pudieran convertirlas a voluntad en cualquier otra moneda y para usarlas en operaciones en cuenta corriente.

El propósito norteamericano era sanear las finanzas y la economía de todo el hemisferio —según explica Julio Irazusta— "para tener en las naciones vecinas mejores clientes que los fieles abastecedores de Inglaterra, siempre agobiados bajo el peso de hipotecas a elevado interés y sin compensación en los créditos impagos, que no redituaban nada"[23]. No era un objetivo altruista, sino una mera jugada de ajedrez en la competencia de mercados, pero que beneficiaba indirectamente a la Argentina. Sólo había que aprovechar la circunstancia (de tener que sustituir ese acuerdo por otro que gustara a los norteamericanos) para exigir a Gran Bretaña que el fondo de libras acumuladas fuera convertido en cualquier otra moneda que permitiera a la Argentina comprar lo que necesitaba, y en el mercado que le resultaba más favorable. Claro que esto no ocurrió porque los ingleses se preocuparon de evitarlo, redoblando sus persuasivos esfuerzos para convencer al gobierno argentino de que la mejor manera de saldar la deuda era comprar con ese dinero las compañías ferroviarias.

Hasta último momento, menos de un mes antes de concretarse la operación, Miguel Miranda desmintió los rumores sobre la nacionalización: "La versión es absurda; jamás soñamos con hacer tal cosa", declaró el 18 de enero de 1947 a un corresponsal de la agencia noticiosa británica Reuter. Veinticinco días después, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, se formalizaba la compra de los ferrocarriles y el propio Miranda explicaba las bondades de la operación en un exhaustivo discurso. Entre las justificaciones que había ofrecido pocos días antes de la operación, cuando la compra ya estaba decidida, figuraba ésta: "Los ferrocarriles nos interesaban, pero no íbamos a gritarlo a los cuatro vientos para que los ingleses subieran el precio. Había que demostrar

poco interés, porque ellos eran los que querían vender".

Miranda, que en setiembre de 1946 había calculado esa operación en mil millones, a fines de enero de 1947 (una semana después de desmentir los rumores de nacionalización) duplicaba la cifra alegando "razones sentimentales y deudas de gratitud para con Inglaterra". A esos dos mil millones se agregarían luego 700 millones más, en los siguientes conceptos:

1) El Estado se hizo cargo de las deudas con las Cajas de Jubilaciones, de los aguinaldos, de los aumentos retroactivos adeudados al personal y de todos los juicios iniciados contra las empresas por la Nación, provincias, municipalidades o entidades oficiales hasta junio de 1946.

2) Se concedió a las empresas el derecho a quedarse con todo el dinero en efectivo, valores y créditos, de que dispusieran hasta junio de 1946 y se las eximió de pagar todos los gastos hasta esa fecha.

3) El Estado tomó a su cargo todos los gastos motivados por la compra (escrituras, contadores, etcétera) y facilitó a las empresas, gratuitamente, el local, los muebles y útiles que debieron dejar en el país para finiquitar la operación de venta.

Durante el período en que se delegó en manos de las empresas la administración por cuenta del Estado hubo que pagar abultadas sumas, lo que hizo acercar el precio definitivo a tres mil millones de pesos. Tres veces más de la cotización primitiva. La edición clandestina de *La Vanguardia*, que circulaba entre la oposición, convirtió las cifras en dólares e hizo la siguiente comparación: "Italia pagó 325 millones de dólares como monto total de reparaciones de guerra y nosotros hemos pagado 375 millones de dólares de más solo por razones sentimentales". Tres años después, en la Cámara de Diputados, Arturo Frondizi iba a exigir que se explicara "por qué se pagó a los ingleses en libras esterlinas y no en pesos moneda nacional, lo que resultó gravoso para la economía del país". Sea como fuere, lo cierto es que el país tenía ahora en sus manos un instrumento de gran poder económico, social y político.

La nacionalización de los ferrocarriles fue el paso más espectacular que dio el gobierno peronista en materia de servicios públicos. Y también el más discutido. Salvo escasas excepciones, la oposición manifestó su repulsa por toda esa política, a pesar de que en muchas de sus plataformas electorales siempre se proponían drásticas medidas contra los monopolios extranjeros. La explotación de los servicios públicos fue pasando a manos del Estado hasta eliminar totalmente la ingerencia de las empresas extranjeras, con una sola excepción: la Compañía Argentina de Electricidad (CADE).

El gran gasoducto

La Compañía Primitiva de Gas (de capitales ingleses) había visto vencer su concesión en 1940 con la mayor indiferencia, pues sus directivos confiaban en el presidente Roberto M. Ortiz, que era contrario a las nacionalizaciones. Pero se alarmaron cuando Ramón S. Castillo llegó al poder imprevistamente y con una idea muy distinta. Sin embargo, Castillo nada pudo hacer en esos años porque la Segunda Guerra Mundial impedía adquirir el material necesario (acero, cañerías) que permitiera mejorar el servicio una vez expropiado.

Al producirse el golpe militar de 1943 la situación seguía sin definirse, hasta que algunos técnicos de YPF comenzaron a rondar los despachos oficiales para convencer a las nuevas autoridades de "la necesidad de crear un organismo estatal que reemplazara a la Primitiva de Gas". Lo consiguieron recién el 5 de marzo de 1945, fecha en que Perón asistió a la toma de posesión por parte de YPF de las viejas instalaciones de la compañía privada. Ese día el coronel fue acompañado durante la recorrida de las instalaciones por el ingeniero Julio V. Canessa, a quien se acababa de designar administrador de los Servicios de Gas de la Capital Federal, organismo que dependía de YPF. La conversación, alternada con explicaciones técnicas, permitió al flamante funcionario abrir una importante puerta. "Cuando necesite algo no dude en venirme a verme", le dijo Perón.

Quince días después Canessa arrastraba a otro alto

funcionario de YPF, el ingeniero Teófilo Tabanera, hasta el despacho del ministro de Guerra, en Callao y Viamonte, donde Perón les concedió apenas diez minutos para que concretaran su iniciativa. "Es imprescindible crear un organismo nacional y autónomo para desarrollar y explotar el servicio de gas en todo el país", dijeron. Perón escuchó atentamente y guardó los planes, prolijamente encarpetados, en un cajón de su escritorio. Canessa y Tabanera echaron una última y desconsoladora mirada al proyecto.

Tres meses después, celebrando la llegada de un nuevo buque petrolero de YPF, Perón se aprestaba a saludar uno por uno a los funcionarios alineados en la dársena. Al encontrarse con Canessa le susurró al oído: "Quédese tranquilo, ingeniero; su proyecto está por salir. . ." Canessa sonrió descreídamente y a las 48 horas, cuando imaginaba sepultada aquella iniciativa en un archivo, se enteró por los diarios de un decreto del Poder Ejecutivo creando la Dirección Nacional de Gas del Estado, organismo que entraría a funcionar a partir del primero de enero de 1946. Ese año, apenas asumió sus funciones presidenciales, Perón descubrió que una de las primeras audiencias solicitadas correspondía al presidente de Gas del Estado, ingeniero Canessa. "Anotalo para dentro de un mes —ordenó a su secretario privado, Juan Duarte—; no hay tanto apuro." A los treinta días Canessa pudo disponer de una hora y media para explicar a Perón que el objetivo de la nacionalización no terminaba allí:

—Ahora viene lo más difícil; pero hay que hacerlo, general. De lo contrario, todo esto no sirve para nada.

—¿Y qué es lo que hay que hacer?

—Un gasoducto. Vea, en Comodoro Rivadavia dejamos escapar el gas, y después importamos carbón de hulla para fabricarlo. Tenemos que traer ese gas a Buenos Aires y terminar con el carbón importado.

Perón hizo llamar a su despacho al ministro de Industria y Comercio, Rolando V. Lagomarsino, mientras seguía atentamente las explicaciones de Canessa sobre un gran mapa. La conversación terminó así:

—Está bien; no hace falta que entremos en detalles. Ingeniero: vaya y hágalo. Ahora se lo ordeno. Y usted, *Laguito*, se ocupará de que a Gas del Estado no le falte nada. Quiero ver ese gasoducto cuanto antes. Canessa revivirá aquella escena con emoción: "¿Se da cuenta?

Vaya y hágalo. Aquella frase me martilló toda la noche. Era la primera vez que un Presidente terminaba así una entrevista de ésas. Yo no podía creerlo". La euforia se transmitió a los técnicos que acompañaban a Canessa y en seis meses la obra quedó planeada. El 21 de febrero de 1947 Perón fue a la localidad bonaerense de Llavallol para soldar el primer caño del gasoducto, pero una lluvia torrencial lo obligó a cambiar de vehículo. Dejó el coche presidencial y a bordo de un jeep atravesó dificultosamente los pantanos para llegar al lugar de la ceremonia con los pies envueltos en el barro y un perramus echado sobre los hombros. Se puso una máscara, empuñó el soldador y dejó comenzada la obra simbólicamente. Después salió el sol.

"Nadie comprendía por qué empezamos en Llavallol y no en Comodoro –recordó Canessa al autor de este trabajo–, pero nosotros habíamos trazado una estrategia. Sabíamos que los intereses extranjeros podrían interferir y hacer parar la obra en cualquier punto; pero si el tramo construido estaba aislado no servía para nada y había que terminarlo. Por eso empezamos al revés y quemamos las naves: jugamos a todo o nada; o terminábamos o nos echaban a todos." El gasoducto quedó inaugurado el 29 de diciembre de 1949 y en ese momento fue el más largo del mundo. Costó 50 millones de dólares y sirvió para que la distribución de gas aumentara de 300 mil metros cúbicos por día a 15 millones de metros cúbicos. "Fíjese otro resultado: el metro cúbico de gas costaba en 1940 igual que el litro de leche, 20 centavos. Después, cuando la leche costó 19 pesos, el gas ya valía la mitad. El valor de esa obra no tiene precio, porque sirvió para aprovechar los recursos naturales", se enorgulleció Canessa.

La compra de los teléfonos

En una ceremonia efectuada en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, el 3 de setiembre de 1946, la empresa United River Plate Telephone Company Limited pasó a poder del Estado por la suma de 319 millones de pesos (95 millones de dólares). Los argentinos conocían a esa

empresa con otro nombre más familiar: Unión Telefónica. Pocos reparaban en su verdadero origen extranjero hasta que Perón se encargó de difundirlo para promover la nacionalización. El trust que explotaba esos servicios a través de la Unión Telefónica era la International Telegraph and Telephone (ITT), cuyo presidente y vice asistieron especialmente invitados al acto de transferencia. Se trataba del coronel norteamericano Sosthenes Behn y del doctro Henry A. Arnold, quienes recibieron de manos de Perón dos obsequios: una réplica del sable corvo de San Martín y el monopolio de una concesión para proveer asistencia técnica y todo el material telefónico a la compañía nacionalizada, durante diez años.

A los dos días el Senado escuchó al ministro de Hacienda, Ramón A. Cereijo, dar una explicación contable sobre el precio pagado por el gobierno a la ITT: "La Unión Telefónica tenía un activo de 483 millones de pesos y un pasivo de 164. Por eso pagamos solo la diferencia: 319 millones". Pero esos argumentos resultaron demasiado ingenuos para los diputados radicales, quienes reclamaron la concurrencia de Cereijo a la sesión del 8 de setiembre, que debía tratar la ley de nacionalización de los teléfonos.

Antes de considerar el problema, el diputado Ricardo Balbín protestó "porque cien mil jubilados esperan ansiosos (dos mil están ahora en las escalinatas del Congreso) una solución a sus problemas, mientras se da preferencia a un mal acto de gobierno en perjuicio de la economía del país". Por 98 votos contra 44 fue aprobada la ley y el diputado peronista Hernán S. Fernández fundamentó el despacho de la mayoría, que aconsejaba sancionar el proyecto enviado por el Senado. Se trataba de aprobar la compra de la empresa y los contratos de provisión de materiales y asesoramiento técnico, concedidos a la firma Standard Electric, filial de la ITT. Los radicales reclamaron airadamente la presencia de Borlenghi y Cereijo, pero la presidencia de la Cámara informó:

–El señor ministro Borlenghi no podrá concurrir porque está muy enfermo.

– ¡Está enfermo de crisis! –tronó Balbín.

Media hora después Cereijo llegó al recinto y defendió acaloradamente la operación, con los mismos argumentos que expusiera en el Senado tres días antes. El diputado Arturo Frondizi criticó "el secreto de las

negociaciones", sostuvo que se pagaba un precio superior al de la valuación y se opuso a la concesión de un nuevo monopolio a la ITT. Propuso, en cambio, la expropiación lisa y llana de la Unión Telefónica y la sanción de una ley orgánica para esos servicios.

Pero la ley quedó promulgada y el 31 de diciembre de 1946 asumían sus funciones las autoridades de la flamante Empresa Mixta Telefónica Argentina (EMTA), en el edificio de Defensa 143. La ceremonia sirvió para que se aclararan algunos conceptos. "¿Qué se busca con la formación de las sociedades mixtas? En primer lugar, obtener la argentinización (fíjense bien que digo argentinización y no nacionalización) de las grandes compañías de servicios públicos de capitales foráneos", explicó en su discurso el vicepresidente del IAPI, Carlos Devries, a quien Miguel Miranda comisionó para que hablara en su nombre porque un accidente lo tenía postrado en cama. El subsecretario de Industria y Comercio, Ildefonso Cavagna Martínez, y el gerente general del Banco Central, Orlando Maroglio, presidieron el acto en que fueron puestos en sus cargos el presidente de EMTA, doctor Alberto R. Fretes, y los directores, Luis Francisco Gay y Arturo Sáiz. Ese mismo día el juez federal Juan César Romero Ibarra dictaba prisión preventiva para el doctor José María Cullen, acusado de desacato por sus artículos en *Argentina Libre* y *Tribuna*, y para el columnista Mario Sciocco, redactor de *La Vanguardia* y responsable de una sección denominada "La bolsa negra". Ambos acusaban al gobierno de "sucios negociados".

Un año después, en 1948, Nicolás Repetto analizaba minuciosamente aquella compra en su nuevo libro *El socialismo y el Estado*. "En reemplazo de un permiso precario surgen dos contratos con ganancias seguras para el capital privado. El permiso precario no nos ataba y caducaba sin otra compensación que la correspondiente al activo real. Los contratos, en cambio, crean obligaciones por diez años, aparte de pagar a la empresa una suma muy superior a la que corresponde por su activo. El móvil natural de la nacionalización, prestar el servicio por el costo, se quebranta por privilegio concedido a un ex propietario que sigue siendo socio, en virtud de su asesoramiento, como si la experiencia técnica telefónica rayase en su condición de secreto a la altura de la bomba

atómica", escribió el anciano dirigente. Otro socialista, Héctor Iñigo Carrera, se ocupó de puntualizar escrupulosamente los continuos aumentos de tarifas, las que se incrementaron en un 400 por ciento en solo cuatro años (hubo aumentos en febrero y julio de 1949; en abril de 1951 y en febrero de 1952), y de documentar el fracaso de la empresa mixta. "EMTA se organizó con una duración prevista de cincuenta años y las ocho primeras series de acciones serían suscriptas por mitades entre el Estado y los particulares. Pero apenas duró un año y medio, pues los negociados de funcionarios y representantes del Estado, a los que se procesó por delitos en perjuicio de EMTA; la falta de interés popular en suscribir acciones y el déficit de explotación motivaron que en julio de 1948 se decretase la incorporación al Estado de la empresa mixta ante la desafortunada gestión", explicaría Iñigo Carrera.

El asesoramiento técnico fue rescindido el 15 de mayo de 1952, veinte días antes de que Perón terminara su primera presidencia, y el Gobierno indemnizó a la empresa concesionaria con 3 millones de dólares. Frondizi había advertido en agosto de 1949 que la Standard Electric cotizaba con un recargo del 700 por ciento. "Todo eso configuró un pésimo negocio que se inició con tramitaciones clandestinas, abultamiento de capitales por 200 millones de pesos por parte de la Unión Telefónica y un desvalorizado estancamiento del servicio sin renovar equipos durante la guerra", concluyó Iñigo Carrera.

La Corporación de Transportes

Una abrumadora sesión de la Cámara de Diputados sancionó, en 1936, la Ley 12.311, creando la Corporación de Transportes. El proyecto se originó en Londres tres años antes, durante la concreción del pacto Roca-Runciman, y fue redactado por las compañías británicas Anglo-Argentina Ltda. y Lacroze de Buenos Aires, la primera de ellas filial del grupo internacional SOFINA. (La memoria y balance del Anglo, publicada en Bruselas, revela que el Vicepresidente argentino Julio A. Roca (h.) aceptó el proyecto de esas compañías, que

buscaban monopolizar el transporte para salvar su crisis financiera.) La votación se prolongó hasta que el diputado José Arce, uno de los patrocinantes del proyecto, pudiera volar apresuradamente desde Santiago de Chile para formar quorum. Esa ley obligaba a 52 empresas de transporte a depender de la Corporación, cosa que solo aceptaron las 12 inglesas. La idea, según se dijo, era "salvar al riel de la competencia de ómnibus y colectivos, con una buena coordinación centralizada". Se sabía que las empresas tranviarias (de capitales ingleses) sufrían cuantiosas pérdidas, entre ellas la Anglo-Argentina, Lacroze y Chadopyf. Al resistirse las otras cuarenta compañías (en su mayoría de capitales nacionales y explotadores de servicios por automotor) el Estado les inició juicio. En 1942, al sentarse en la Cámara de Diputados, Iñigo Carrera fue elegido secretario de la Comisión Investigadora de la Corporación de Transportes y descubrió los entretelones de un decreto aprobando un préstamo de cuarenta millones de pesos, por parte de un grupo financiero a la Corporación, "para expropiar ómnibus y colectivos". Se trataba de una maniobra de la CADE, que invertía así sus ganancias obtenidas con la discutida prórroga de concesiones en 1936. "Fue inútil que exigiéramos al ministro del Interior, Miguel J. Culacciati, el informe técnico para aprobar ese préstamo –recordaría Iñigo Carrera–; se declaró en fuga ante mi interpelación, el 3 de junio de 1943. Al día siguiente un golpe militar lo barrió del ministerio. Claro que también acabó con la investigación iniciada."

En agosto de 1944 una disposición judicial puso la administración de la Corporación en manos del Ministerio del Interior, pues las continuas subvenciones estatales para enjugar el déficit habían convertido al gobierno en el mayor accionista de esa empresa mixta, y se nombró un fideicomisario: Teodoro Sánchez de Bustamante. La mayor afluencia de pasajeros de Buenos Aires y la escasez de neumáticos debida a la guerra determinaron dos sucedáneos de corta duración: los tranvías sin asientos y los colectivos sobre rieles. En enero de 1946 el juez federal Belisario Gache Pirán falló a favor del Estado un juicio de expropiación contra la línea de colectivos y sentó jurisprudencia en la materia. (Perón lo haría después su ministro de Justicia.)

Una vez en la presidencia Perón enfrentaba el primer

gran problema de su flamante gobierno: la crisis del transporte urbano. En la rotonda de las avenidas de Mayo y 9 de Julio se estacionaron 200 colectivos y 106 ómnibus embanderados y con neumáticos nuevos. "Estas unidades entran hoy en circulación y dentro de pocos días habrá 200 más", explicó el Presidente. En diciembre de 1947 Perón anunció que la compañía norteamericana Mack vendería a la Corporación 600 ómnibus modernos y que en poco tiempo más se agregarían 1.200 colectivos y 130 trolebuses. También en esa época se sustituyó al fideicomisario Sánchez de Bustamante por José F. Domínguez. Pero nada pudo impedir que a fin del mismo año la Corporación acumulara un déficit de 260 millones de pesos. Transcurridos cuatro meses se creó la Comisión Coordinadora del Transporte y en junio de 1948 la Secretaría de Transportes. Pero las pérdidas aumentaban y en setiembre el Congreso resolvió liquidar la Corporación. Tres nuevos fideicomisarios se hicieron cargo de los bienes (José Riú, Ernesto Villarroel Puch e Italo F. Maberino), pero la empresa se siguió administrando sin el menor contralor por parte de los accionistas, pues se había suspendido el directorio, y las asambleas ordinarias sólo se reunían para conocer el balance y la memoria presentada por los fideicomisarios.

El secretario de transportes, coronel Juan Francisco Castro, se convirtió en ministro de esa misma cartera al reformarse la Constitución Nacional, en 1949. Un año después Perón escuchó su propuesta en el gabinete "para privatizar algunas líneas" y puso en marcha ese plan a partir de 1951, pero con mucha reticencia, debido a la tenaz oposición de la Unión Tranviarios Automotor. Castro comenzó a ser jaqueado en su gestión, y luego revelaría que "fue una lucha sórdida, subterránea, llevada adelante por los ministros Cereijo, Gómez Morales y Mendé, lo que perfiló mi antagonismo total con una política que nos llevaba a la confusión y la bancarrota". En noviembre de 1951 Castro renunció.

Durante su mandato la Corporación pasó a depender del Ministerio de Transportes, en un acto público celebrado en setiembre de 1949, durante el cual el ministro Angel Borlenghi admitió que debían adoptarse "urgentes medidas para reducir un déficit mensual de 30 millones de pesos". En abril de 1951 se anunciaron negociaciones con Gran Bretaña para adquirir todas las compañías

inglesas de transportes; nuevamente se cambiaron los fideicomisarios (designóse a Alfredo Eguzquiza, Godofredo Rossi y Enzo Baetti) y se abrió la licitación con un único ofertante: el Gobierno, que esgrimió 410 millones de pesos.

En ese momento la Corporación tenía un pasivo de 1.835 millones de pesos, adeudados al Estado y al sistema bancario oficial, y de 169 millones más a terceros. A fines de ese mismo año se acordaron 500 millones de pesos en créditos para enjugar el déficit, tres días antes de formalizar la compra definitiva. A partir del primero de enero de 1952 la Corporación dejó de existir y se creó una nueva empresa: Transportes de Buenos Aires, cuyo administrador general fue el ingeniero Godofredo Rossi. Un mes más tarde, Eguzquiza, en su calidad de fideicomisario, iniciaba la liquidación judicial y la quiebra de la Corporación. Para esa fecha, las tarifas habían aumentado: el boleto tranviario a 30 centavos, el subterráneo a 40 y el troley a 50.

Quienes analizaron la explotación de este servicio entre 1945 y 1954 arribaron a estas conclusiones:

1) El crecimiento de los gastos de explotación fue inusitado: de 155 millones de pesos en 1945 se llegó a mil millones en 1952.

2) A pesar de que no hubo variaciones en el kilometraje recorrido, de haberse retirado unidades de circulación y de unificarse en algunos casos las funciones de conductor y cobrador, el personal ascendió de 32 mil personas a 51 mil.

3) El déficit soportado en dicho período llegó a incrementarse en un 5 mil por ciento. En 1945 fue de 18 millones de pesos, y en 1952 de 470 millones.

Política energética

Toda esa política de nacionalización de servicios públicos excluyó a la única empresa en situación próspera, la CADE, cuyos intereses fueron respetados. Perón había entrado en negociaciones con la CADE en 1944, cuando esta empresa la encomendó "persuadir al Presidente Farrell para que desistiera de nacionalizar los servicios eléctricos". (Farrell quería celebrar el primer aniversario del golpe militar de 1943 firmando un decreto que resolvía "recuperar para el Estado los bienes mal habidos por la CADE".)

Después se supo que Perón había pactado con el gerente general de la CADE –quien vivía en el mismo edificio que él, en Posadas 1567, unos pisos más arriba– el apoyo económico para su campaña electoral, a cambio del secuestro de los originales del famoso Informe Rodríguez Conde (en el que se documentaban los sobornos de la empresa para obtener en 1936 la prórroga de las concesiones eléctricas de parte del Concejo Deliberante). El Informe no fue publicado hasta después del derrocamiento de Perón, en 1956, y la CADE desarrolló su actividad sin problemas hasta esa fecha.

Manteniendo intacta la explotación privada del servicio eléctrico, el gobierno peronista prefirió, en cambio, lanzarse a una movilización de fuentes naturales de energía, que hasta ese momento permanecían desaprovechadas.

Desde el primero de enero de 1946 había quedado estructurado el mecanismo de la Dirección Nacional de Energía, dando nacimiento a cuatro entidades: Gas del Estado, Combustibles Sólidos y Minerales; Centrales Eléctricas del Estado y Combustibles Vegetales y Derivados. Cada una ostentaba una dirección general, similar a la de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (de donde se habían desprendido las dos primeras), y todas, incluyendo a esta última, pasaron a depender del ente central creado a fines de octubre de 1943, a los cinco meses del estallido militar.

Aquella Dirección Nacional de Energía había sido confiada al coronel Bartolomé Descalzo, quien retuvo el cargo al asumir Perón y confirmó en sus puestos a los ingenieros Julio V. Canessa (en Gas del Estado) y Juan Eugenio Maggi (en Centrales Eléctricas). Mientras Canessa libraba su batalla para construir el gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires, Maggi emprendía el estudio de un vasto plan de realizaciones para incorporarlas al programa de gobierno que José Figuerola preparaba desde su Secretaría de Asuntos Técnicos. Maggi, que había sido inspector general de explotación técnica en la Comisión del Control del Transporte hasta el 4 de junio de 1943, fue nombrado luego ministro de Obras Públicas y Riego, en Mendoza. "Es falso que hayamos asaltado los cargos, como se dijo. Yo ocupaba un puesto

de alta jerarquía antes del 43 y ganaba tanto como un ministro: 1.200 pesos por mes", explicó al autor de este trabajo. Pero su adhesión al peronismo tenía otra explicación: "En mi casa siempre se habló de política; yo fui afiliado radical desde 1920 y me incorporé a FORJA porque soy nacionalista. En un congreso de ingenieros efectuado en Córdoba, en 1942, con varios colegas logramos que se aprobaran algunas ponencias sobre nacionalización de servicios públicos y fomento de la industria siderúrgica. Estábamos hartos de seguir atados a un imperialismo decadente como el inglés".

Diques y usinas nuevos

Centrales Eléctricas del Estado sería fusionada al poco tiempo, en 1947, con la Dirección General de Irrigación para dar nacimiento a la empresa autárquica Agua y Energía Eléctrica. Maggi ocupó el cargo de director general y comenzó a ejecutar los proyectos aprobados en el Plan Quinquenal. "Hubo que improvisar todo porque no había antecedentes técnicos. Cuando me hice cargo de Centrales Eléctricas –dijo– estábamos en cero. Una vez planificadas las obras empezamos a trabajar. Las provincias habían expropiado, entre 1944 y 1945, las usinas térmicas del grupo ANSEC y una central hidroeléctrica en Tucumán. Esa provincia, Entre Ríos, Santa Fe y Jujuy hicieron convenios con la Nación, traspasándole los servicios expropiados. Agua y Energía los tomó a su cargo y los amplió; también expropió los servicios eléctricos del grupo SUDAM (en Santa Fe, Buenos Aires y Santiago del Estero) y comenzó a funcionar en Córdoba y Corrientes." La primera meta consistía en terminar dos obras iniciadas durante el período revolucionario: los diques Escaba (en Tucumán) y Nihuil (en Mendoza), con sus centrales hidroeléctricas. Simultáneamente se terminó también el dique Los Quiroga (en Santiago del Estero) y se inició la construcción de centrales hidroeléctricas en todo el país. Esa extensa nómina incluye 6 diques con usinas en Córdoba; otros 6 en Catamarca; 4 en Río Negro y 3 en Mendoza. Las obras de mayor trascendencia fueron los diques Florentino Ameghino, en Chubut; Las Pirquitas, en Catamarca; Los Molinos, en Córdoba y La Florida, en San Luis.

"Para dar una idea del impulso iniciado –dijo Maggi– conviene establecer que en 1943 teníamos una potencia instalada en centrales hidroeléctricas de 45 mil kilovatios y ahora Agua y Energía tiene siete veces más: 350 mil kilovatios. A esto debe agregarse una cartera de estudios y proyectos por valor de 6 millones de kilovatios."

Las continuas fricciones con el gobierno uruguayo postergaron la construcción de las obras hidroeléctricas de Salto Grande, a pesar de que el convenio entre ambos países fue aprobado el 2 de junio de 1948, sobre la base de un acuerdo similar entre los Estados Unidos y Canadá para el aprovechamiento del río San Lorenzo. Ello impidió contar con una potencia de 840 mil kilovatios para repartir entre ambas márgenes del río Uruguay. El diputado peronista Joaquín Díaz de Vivar acusó, en agosto de 1949, al canciller uruguayo Eduardo Rodríguez Larreta de ser "la punta de lanza del imperialismo norteamericano para detener la obra". La prensa oriental respondió acusando de imperialista al gobierno de Perón.

Además de realizarse ampliaciones en las centrales termoeléctricas existentes, el Plan Quinquenal sembró usinas térmicas en Mar del Plata, Mendoza, Río Negro, Tucumán y Entre Ríos. Algunas modificaciones en la serie de obras proyectadas obligaron a eliminar la instalación de una usina en San Luis, a cambio de otras prioridades más urgentes como la construcción de centrales térmicas en San Juan, Córdoba y Corrientes. La usina Calchines, de Santa Fe, fue ampliada; y el proyecto de construir una gran usina en Rosario se sustituyó por la supercentral de San Nicolás, iniciada con la vigencia del primer plan e inaugurada en el segundo.

Carbón en Río Turbio

Otro de los proyectos previstos en el plan energético era la explotación del yacimiento carbonífero de Río Turbio. "Una necesidad impostergable –según Maggi–, porque significaba modificar la vieja mentalidad. Los mismos capitales ingleses que explotaban las fuentes de energía nos vendían también el carbón para hacerlas funcionar. Para hacer andar aquí sus ferrocarriles importaban su propio carbón. Un negocio redondo que ellos justificaban con el falso argumento del bajo costo:

tomaban como base el precio inferior que se había pagado (20 pesos la tónelada) en lugar de considerar el promedio entre 1910 y 1945 (que era de 38 pesos)." Durante los años de la guerra YPF se interesó por ese yacimiento, que había sido descubierto en 1887 por el marino argentino Agustín del Castillo y visitado en 1892 por el naturalista Alcides Mercerat y en 1921 por el geólogo Anselmo Windhausen, quienes habían aconsejado su explotación. Recién a principios de 1943 un departamento especialmente creado en YPF comenzó a explorar la zona enviando comisiones que vivían precariamente en carpas. Hasta que en 1946, con la creación de la Dirección General de Combustibles Sólidos y Minerales, los campamentos se fueron convirtiendo en confortables viviendas. "Una vez establecida la capacidad productiva del yacimiento, a mediados de 1947 se comenzó la explotación –recuerda Maggi, a quien en 1948 se confirió la vicepresidencia de la Dirección Nacional de Energía–; y hubo que hacer caminos, puentes, instalar usinas, edificar viviendas y traer maquinarias. Realmente era hacer patria fundar una población argentina en ese lugar, donde los chilenos se sienten dueños de todo."

Precisamente la instalación de maquinarias movió al gobierno chileno a sugerir que el carbón extraído fuera llevado hasta Puerto Natales, la salida al mar más próxima al yacimiento, y transportado en barcos chilenos por los fiordos que desembocan en el estrecho de Magallanes. Pero los técnicos argentinos preferían tender líneas férreas en su territorio para unir Río Turbio con uno de los puertos nacionales. El más apropiado resultaba el de Santa Cruz, pero la zona montañosa impediría ir cargado al ferrocarril, y entonces se decidieron por el puerto de Río Gallegos, más precario, aunque con una significativa ventaja: el trayecto, paralelo al río Turbio, era una suave pendiente. De ese modo se evitó que Chile tuviera en sus manos la puerta de salida del carbón argentino e intentara presionar con su cierre en alguna disputa fronteriza.

"Encaramos el gran déficit energético que impedía desarrollar las industrias con una gran ofensiva. Llegamos a ubicar 100 millones de metros cúbicos de carbón en Río Turbio y comenzamos a explotarlos. Además, logramos reducir la importación de carbón de hulla para

producir gas porque aprovechamos el gas natural de los pozos petrolíferos, que llegó a Buenos Aires en el nuevo gasoducto", explicaría después Rolando V. Lagomarsino, que ocupaba la Secretaría de Industria y Comercio. Los barcos extranjeros que venían cargados de carbón y regresaban con trigo argentino comenzaron a traer otra clase de productos: maquinarias. Uno de los pioneros que integró las comisiones exploradoras en 1943, el ingeniero Luis Calliari, refiere su primera entrevista con el gobernador de Santa Cruz, capitán de corbeta Juan M. Gregores, en estos términos: "Me presenté para darle cuenta de la tarea encomendada y no titubeó en anticiparme la capacidad productiva de nuestras cuencas carboníferas. Fue el más entusiasta, en una época de derrotistas, escépticos e intereses creados", escribió en *El Yacimiento Presidente Perón en la cuenca carbonífera de Río Turbio* (ENDE, Buenos Aires, 1952). El trabajo manual a pico y pala fue paulatinamente sustituido por maquinarias adquiridas en Gran Bretaña (500 mil libras esterlinas) y en los Estados Unidos (200 mil dólares). "Compresores eléctricos, martillos picadores y perforadores, cortadoras de carbón y transportadoras accionadas con aire comprimido, cargadoras mecánicas, cintas transportadoras, locomotoras diesel y vagonetas modernas para dos toneladas cada una, fueron provocando la remoción del viejo sistema", señala Calliari.

Nuevos buques petroleros

Los proyectos de explotación petrolera incluyeron una prioridad insalvable: renovar la flota de buques-tanques. Las nuevas autoridades de YPF adquirieron en Suecia un barco de 17 mil toneladas de porte bruto en 1946 (se considera porte bruto a la capacidad de carga, más la de combustibles, provisiones y el peso de la tripulación) y otro en los Estados Unidos de 4 mil, en 1947; pero al año siguiente recibieron de este último país cuatro unidades más, por un total de 26 mil toneladas. A medida que se iban entregando a la empresa estatal los buques encargados la flota petrolera ensanchaba su capacidad de transporte y a los 3 barcos recibidos de Holanda y Suecia en 1950, siguieron 6 más (tres ingleses, dos suecos y uno holandés) en 1951 y otros 3 al

año siguiente (uno británico, otro holandés y el último danés). Cuando expiró el primer período presidencial YPF había incorporado a su flota 18 barcos extranjeros con un porte bruto total de 234 mil toneladas. También se había construido un buque-tanque argentino, el "Figueroa Alcorta".

"Había dos grandes dificultades –memora Lagomarsino–: no producíamos petróleo en cantidad suficiente y faltaban maquinarias y elementos de perforación. Rápidamente se decidió impulsar a YPF y comprar ese material donde fuera, porque los norteamericanos se negaban a vendernos torres de perforación." El ingeniero Maggi señala que los resultados más significativos fueron los cateos: "Por encima de la nueva flota, las maquinarias y la producción, lo más importante fueron las exploraciones del suelo. Cuando Perón llegó al gobierno se conocía una reserva de 40 millones de metros cúbicos de petróleo. Los nuevos yacimientos elevaron esa cifra a 300 millones. Se descubrió petróleo en Neuquén, Comodoro Rivadavia (flancos sur y norte), Salta (Campo Durán y Madrejones), Tierra del Fuego y Mendoza." Uno de los responsables de esa tarea, el ingeniero Julio V. Canessa (dos veces presidente de YPF, en 1947 y de 1949 hasta 1952), explicó que "la escasez de petróleo sufrida por la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial no fue por falta de ese combustible en el mundo, sino porque se carecía de buques-tanques para traerlo". Según sus cálculos, "la capacidad de elaboración argentina, con la puesta en marcha de la destilería de La Plata, se elevó a 10 millones de metros cúbicos anuales". También se iniciaron en aquellos años los primeros estudios glaciológicos, para determinar la cantidad de nieve, establecer el regadío y poder regularlo. Para ello vino un técnico suizo, experto en la materia. Aunque la peor parte ya había sido cumplida: fue el sacrificio anónimo del ingeniero argentino Dagoberto Sardina, que quedó aislado en la nieve y fue muerto por un alud, en sus tareas de exploración.

Empresas nacionales de energía

En agosto de 1950 el gobierno decidió crear un ente estatal que agrupara a las cinco cinco empresas energéti-

cas. Se lo denominó ENDE (Empresas Nacionales de Energía) y las direcciones generales de Gas del Estado, YPF, Conbustibles Sólidos Minerales, Combutibles Vegetales y Derivados, y Agua y Energía Eléctrica se llamaron, en lo sucesivo, administraciones. Fueron suprimidos los directorios de cada uno de ellas y se los sustituyó por un gerente general. "Mantuvieron la autarquía para explotar los servicios a su cargo, pero la construcción de nuevas obras quedó reservada a la decisión de ENDE. Esta se había constituido con un directorio con representación obrera, y el modelo de organización se calcó de DINIE (Dirección Nacional de Industrias del Estado), cuyo funcionamiento había dado buenos resultados al administrar 32 empresas incautadas a la propiedad enemiga", explicó José Constantino Barro, quien fuera presidente del nuevo organismo en su calidad de ministro de Industria y Comercio, desde abril de 1948. El coronel Bartolomé Descalzo quedó al frente de la Dirección Nacional de Energía, ente que siguió administrando el Fondo Nacional de la Energía, de donde se obtenía el dinero para invertir en esas obras.

Barro, que había sucedido a Lagomarsino (primero como secretario interino, en agosto de 1947, y luego como ministro), fue el encargado de continuar con una política energética destinada a empujar el desarrollo industrial, de acuerdo con las directivas dadas por el propio Perón en sus discursos: "Para poder industrializar tengo que dar energía barata, porque con energía a 45 centavos el kilowatt no se puede hacer mucha industria a buen precio. Mientras no tengamos la energía hidroeléctrica, por la que estamos trabajando sin descanso, para suplir con ella a la termoeléctrica, no hay solución económica posible. Tengo que dar también transportes baratos, para que los productores e industrializadores puedan exportar en las mejores condiciones económicas en los mercados internacionales". Así se expresó el Presidente en un discurso pronunciado a principios de 1949.

La flota mercante

En agosto de 1941 el gobierno de Ramón S. Castillo resolvió comprar los 16 barcos italianos bloqueados en

puertos argentinos por los aliados y creó así la Flota Mercante del Estado. Se trataba de buques obsoletos, pero que en ese momento representaban 136 mil toneladas de porte bruto que servirían para movilizar el comercio exterior. Perón decidió en 1946 modernizar aquella flota y encargó a Génova la construcción de tres motonaves para cubrir la línea de carga y pasaje con el puerto de Nueva York. Esos buques fueron bautizados con los nombres de "Río de la Plata", "Río Jachal" y "Río Tunuyán".

Pero su principal operación para ampliar la flota consistió en adquirir los barcos de la Compañía Argentina de Navegación Dodero S.A. Los orígenes de esa empresa se remontaban a 1897, cuando un inmigrante yugoslavo, Nicolás Mihanovich, inició sus actividades como botero durante el aprovisionamiento de las tropas que peleaban en la guerra con el Paraguay. Cuando Mihanovich acumuló dinero suficiente para comprar los primeros remolcadores y balleneros, admitió el ingreso de capitalistas ingleses y amplió su negocio. En 1931 contaba con 324 unidades y en noviembre de 1942 vendió todos sus barcos a los hermanos Alberto, Nicolás y José Dodero. Estos, a su vez, incorporaron 25 buques de ultramar que los Estados Unidos vendían a bajo precio al término de la guerra y que se habían producido en serie durante las operaciones bélicas en el Pacífico. Los Dodero reorganizaron su negocio y crearon dos empresas: Río de la Plata S. A. de Navegación de Ultramar y Compañía de Navegación Fluvial S. A. En realidad, la primera de ellas se estructuró como un *holding*, teniendo en su poder las acciones de las otras dos.

Las primeras negociaciones de Alberto Dodero con el gobierno peronista dan cuenta de una ayuda oficial para enjugar el déficit de su empresa (que se estimaba en 200 mil pesos diarios) y que consistió en obtener el monopolio del transporte de 30 mil inmigrantes, a razón de 600 pesos cada uno. Pero eso no alcanzó para restaurar la situación financiera y Dodero se decidió a poner en venta su empresa naviera. El primer interesado fue el gobierno y la operación se consumó en mayo de 1949 mediante un decreto que declaró "servicios públicos, esenciales a la independencia económica nacional, los prestados por la Compañía Dodero". El IAPI quedó facultado para formalizar la compra de las acciones por

un total de 164 millones de pesos, aunque el costo de la operación se estimó en 100 millones más, debitados en el pasivo de la empresa.

La oposición parlamentaria aprovechó para formular un pedido de informes, que presentó el diputado Silvano Santander a principios de junio. Más de 20 horas deliberaron los legisladores en el recinto, con la presencia de los ministros Cereijo, Paz, Gómez Morales, Ares y Castro. El peso de la defensa recayó en Cereijo, quien se enorgulleció "por estar vinculado a esta limpia operación que cumple una nueva etapa en la obtención progresiva de los servicios públicos en manos del Estado". Las interrupciones de Santander reclamando cifras al ministro fueron interceptadas por José Emilio Visca: "¿No prefiere que le traigamos la Guía Kraft, señor diputado? ". Abarrotado de expedientes, Cereijo comenzó a detallar el inventario del edificio de Corrientes y Reconquista y con ironía abundó en explicaciones sobre el reloj de su cúspide y la amplia capacidad de los ascensores.

– ¡Queremos saber cuánto mide la cabeza del ascensorista! –tronó fastidiado Atilio Cattáneo.

–Esta payasada es un insulto a la Cámara –reprochó Oscar López Serrot, también radical.

–La minoría pidió la interpelación, y no me va a enseñar cómo debo contestarla –se defendió Cereijo.

–Termine de una vez, que a usted ya no lo aguantan ni en Rácing –le espetó Luis Dellepiane.

Tras dos cuartos intermedios, uno pedido por Visca "para que descanse el orador" y otro por Dellepiane "para que descanse el auditorio", la Cámara escuchó a Santander: "El gobierno ha sido complaciente y generoso con el *holding* Dodero, cuyos integrantes son también directores de la CADE. El país ha comprado una empresa en bancarrota". La operación se aprobó lo mismo y, mientras se levantaba la sesión, un diputado gritó desde su banca: "El informe del ministro ha sido el del síndico de un quebranto". El grupo Dodero quedó en manos del IAPI hasta que pasó al Ministerio de Transportes, en 1951, y de la fusión de la Compañía Argentina de Navegación Dodero y Río de la Plata S. A. surgió la empresa estatal Flota Argentina de Navegación de Ultramar (FANU). Sobre la base de la Compañía de Navegación Fluvial S. A. se creó la Flota Argentina de Navega-

ción Fluvial. La prensa clandestina denunció que Alberto Dodero "gestionó la compra de su flota halagando a la pareja presidencial" y que Dodero había costeado primero el viaje de Evita a Europa, en junio de 1947, y luego de la operación le obsequió su residencia de Gelly y Obes 2287, un paraíso arquitectónico de 8 pisos con una piscina aérea bordeada de jardines. Así lo denunciaron el semanario socialista *La Vanguardia* (30-XI-48) y el boletín radical *Orcora* (1-11-50).

Pero esos dardos no inmutaron a los altos funcionarios, que estaban dispuestos a organizar el transporte marítimo y fluvial. "La flota argentina llegó a un millón 200 mil toneladas de desplazamiento –dice Maggi, quien en 1951 sucedió a Castro en el Ministerio de Transportes– y creamos la flota de empuje, con remolcadores norteamericanos, iguales a los que se usan en el Misisipí, que pueden movilizar un tren de doce barcazas cada uno. La importancia de nuestra flota se comprobó cuando logramos copar el comercio con Brasil: más del 75 por ciento de ese comercio costero se hacía con barcos argentinos." Argentina había adquirido en Gran Bretaña tres buques de carga, por medio del IAPI, a los que bautizó "Presidente Perón", "Eva Perón" y "17 de Octubre". Holanda construyó para la Compañía Dodero (que siguió funcionando como empresa privada, aunque sus acciones pertenecían al Estado) tres barcos de pasajeros, a los que se resolvió denominar "Yapeyú", "Maipú" y "San Lorenzo". Este último debió llamarse, en cambio, "Alberto Dodero". La muerte del empresario, quien había manifestado públicamente su "amistad y lealtad a Perón", obligó a cambiar el nombre de aquel barco antes de botarlo.

Aerolíneas Argentinas

Desde 1929 funcionaba en el país una sola empresa aéreas de transportes: Aeroposta Argentina, que inició sus vuelos con aviones franceses Late 25. En 1933, por medio de un apoyo oficial, se incorporaron nuevos aparatos que ampliaron el pasaje de cuatro a ocho pasajeros por vuelo. Cuatro años después esta compañía adquirió aviones Junkers, de fabricación alemana, con mayor potencia y capacidad para 17 personas, lo que

permitió aumentar los servicios y reducir el tiempo de vuelo. Pero el esfuerzo que significaba sostener y ampliar estos servicios obligó a convertir a la empresa en una sociedad mixta con participación estatal, lo que se formalizó en 1945. También en ese año el gobierno dispuso crear otras tres empresas mixtas de transporte comercial y se constituyeron así la Flota Aérea Mercante Argentina (FAMA), para la explotación de rutas internacionales; la Sociedad Mixta Zonas Oeste y Norte de Aerolíneas (ZONDA), que vinculaba a Buenos Aires con el interior del país, y la Sociedad Mixta de Aviación del Litoral Fluvial Argentino (ALFA), cuyas líneas conectaban con la Mesopotamia, Asunción del Paraguay y Montevideo.

La más importante, FAMA, aprovechó la asunción del nuevo presidente, el 4 de junio de 1946, para inaugurar sus servicios regulares a Europa y Santiago de Chile. Cuatro meses después agregó Río de Janeiro. Pero los déficit aumentaban y el gobierno resolvió unificar todas las empresas; mediante un decreto, el 3 de mayo de 1949 se incorporó al patrimonio nacional a las cuatro compañías. "El 51 por ciento del capital era del Estado y el resto de empresas privadas. Pero el sector privado no aportó las sumas que le correspondían para reducir el déficit y llegó un momento en que la deuda superaba al capital aportado. Entonces resolvimos crear una sola empresa estatal y fundamos Aerolíneas Argentinas, en marzo de 1950", recordaría el entonces ministro de Transportes, coronel Juan F. Castro. La nueva empresa monopolizó el cabotaje interno y recibió como sedes el edificio de la Oficina de Ajustes, que utilizaban los ferrocarriles, en Leandro N. Alem y Alsina, y el Palacio del Viajero, en Perú 22. "Los cuatro talleres que había se centralizaron en uno solo: Ezeiza. Apenas creada Aerolíneas inauguramos los servicios regulares a Nueva York. La base de la flota eran 36 aviones Douglas DC-3, y para los vuelos a Europa y Estados Unidos se utilizaban los flamantes DC-4. La flotilla de hidroaviones Sandringhan sirvió para atender los servicios al Litoral", explicó Castro. El ingeniero Maggi, su sucesor en el ministerio, exaltó, a su vez, la construcción del aeropuerto Ministro Pistarini como "una obra perdurable" y enumeró la ampliación y perfeccionamiento de las viejas pistas de tierra del interior del país: "Se hicieron nuevos aeropuer-

tos –dijo– en Río IV, Río Gallegos, Río Turbio, Ushuaia, Comodoro Rivadavia y Comandante Espora".

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VIII

POLITICA AGRARIA

Durante la campaña electoral Perón buscó afanosamente afianzar el apoyo obrero de las zonas industriales con el respaldo de los campesinos. "Tenemos que ir al campo, a la peonada", repetía a sus lugartenientes. Sabía que allí estaban los votos necesarios para consolidar el triunfo, pero que no bastaba con organizar el aparato electoral sino que era imprescindible conmover de alguna manera a las masas rurales. Y pensó que la mejor fórmula de agitación era propiciar una reforma agraria con ribetes revolucionarios. Por ese entonces enarbolaban la bandera agraria el abogado Antonio Manuel Molinari y el ingeniero agrónomo Mauricio Birabent, a quienes Perón mandó llamar.

Ambos prestaron su decidida colaboración, confiando en que el líder del flamante movimiento pondría luego en ejecución todas las ideas que ellos aportaban. No había motivos para dudar de su palabra cuando en esa época Perón promovía reformas sociales que levantaban olas de protesta en los sectores oligárquicos y conservadores. Veinte años después de aquella aventura Molinari evocaría los hechos de esta forma: "El capitán Juan Carlos Lorio, a quien la revolución del 43 nombró subsecretario de Agricultura, conocía mi libro *El drama de la tierra en la Argentina* y me ofreció, en nombre del ministro Diego

I. Mason, el cargo de director del Consejo Agrario Nacional; que asumí a fines de agosto de 1943. Estuve pocos meses y renuncié por discrepancias con el general Mason. A mediados de 1944 un amigo me llevó a la Casa de Gobierno porque el ministro de Marina, contralmirante Alberto Teisaire, quería hablar conmigo. Teisaire me preguntó qué se podía hacer para que Perón fuera presidente. Contesté que no había pensado en eso, pero que las medidas agrarias eran decisivas para el triunfo de un candidato popular. Charlamos un rato, y al día siguiente me anunciaron un nombramiento en el Consejo Nacional de Posguerra para integrar la comisión de asuntos agropecuarios con Raúl Scalabrini Ortiz, Elías Melópulos y Guillermo Watson. Las deliberaciones eran presididas por el subsecretario de Trabajo y Previsión, mayor Fernando Estrada. A principios de abril de 1945 hice notar a Estrada que las tareas eran demasiado lentas e ineficaces: *Aquí no pasa nada; no creo que Perón haga la reforma agraria*, le dije. Estrada se enojó: *¿Qué no? Mañana lo va a conocer a Perón*, me respondió. Al otro día Perón me recibió en su despacho de Viamonte y Córdoba con estas palabras: *¿Así que usted cree que yo no voy a hacer la reforma agraria? Para hacer eso hay que tener dos cosas: mil millones de pesos y ser muy macho*. Le expliqué que la reforma agraria era otra cosa, no eso. Y terminó nombrándome presidente-interventor en el Consejo Agrario, al que hizo depender de la secretaría de Trabajo y Previsión".

Por su parte, Birabent incorpora otros detalles a esa historia: "Perón me pareció un demagogo apenas lo vi moverse en el escenario político. Pero un día el mayor Estrada, militante de FORJA, me pidió que lo entrevistara: *Le estamos acercando gente capaz, venga a hablar con él.* Y, como no pude resistir la tentación de conocerlo, fui; era a fines del 43. Confieso que me cautivó con su manera de ser. Perón me admitió su demagogia: *Si no hago así ¿cómo le gano a la oligarquía, que tiene todos los medios financieros y publicitarios en sus manos?* Le advertí que con convenios laborales solamente no iba a triunfar, que hacía falta modificar la situación agraria. *Por eso lo llamé* –dijo–, *ustedes tienen el berretín agrario y a mí me gustan los tipos con berretines. Yo de eso entiendo muy poco, pero siento que ahí está la*

revolución. Cuando empecé a explicarle nuestras ideas me frenó: *No me cuente nada; si están dispuestos a colaborar conmigo les doy libertad para actuar como ustedes quieran. Plata no hay, pero sí una esperanza de hacer algo por la patria*. A partir de ese momento Molinari y yo formamos un equipo de colaboradores". También decidieron fundar un diario ("al que pusimos *Democracia*, para rescatar la palabra de manos de la oligarquía") y comenzaron a editarlo a fines de 1945. Molinari había lanzado ya las primeras ediciones de *Hombres de Campo*, un semanario que el Consejo Agrario distribuía gratuitamente en el interior del país, y por las noches descargaba encendidas arengas a los campesinos, a través de programas radiales concedidos al Consejo. Birabent, en cambio, dictaba conferencias agrarias acompañando al presidente Farrell y sus ministros por la provincia de Buenos Aires. Un día decidieron pulsar al electorado y recurrieron al simple sistema de mezclarse en el auditorio de dos actos proselitistas distintos. Molinari fue a un mitin radical en la Plaza de la República y Birabent escuchó a los oradores peronistas frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión. El resultado fue concluyente: –Lo oí a Ricardo Rojas recitar un poema suyo, *El Albatros*. –Yo lo escuché a Mercante, quien en un solo discurso prometió 17 mejoras sociales.

–Entonces no caben dudas: ¡Perón ya es presidente!

Democracia inició una violenta campaña a favor del líder obrero, con gruesos titulares y abundante despliegue fotográfico. Había instalado sus oficinas en Piedras 708 y se imprimía en los talleres del *Buenos Aires Herald*; la redacción era capitaneada por el mayor Estrada e incluía a José Gobello, Valentín Thiebaut, Fernando Copolillo y el dibujante Urquiaga. Molinari tomó la dirección y Birabent la administración, aunque los dos escribían diariamente, con seudónimos, sobre problemas agrarios. Era un tabloide vespertino que copiaba la fisonomía de dos publicaciones norteamericanas de izquierda: *Post Meridium* y *The Nation*.

En su edición del 7 de diciembre de 1945 *Democracia* cubrió la primera página con este titular: "La Revolución va a expropiar feudos de Patrón Costas". La crónica anunciaba que el Consejo Agrario había resuelto "expropiar un millón de hectáreas en la Punta de Atacama antes de fin de año". Una comisión de ingenieros agrónomos

(la integraban Antonio Zarlenga, Horacio Dumais, Juan T. Cisterna, Israel Icikson, Ernesto Quintana y Sabá Hernández) partió esa misma tarde hacia Jujuy a estudiar los latifundios y dictaminar qué tierras debían ser expropiadas.

A la semana, en un acto celebrado en el local del Partido Laborista, Perón dijo desde uno de los balcones que daban a la Plaza de la República: "Hemos afirmado tres reformas fundamentales: una económica, otra social y otra política. La reforma económica ha de llevarnos a un aumento de la producción. Entregaremos la tierra al que la trabaje". El 26 de diciembre inició una gira por el norte del país para "hacer efectiva esa promesa". Al partir, desde Retiro, el tren llevaba escrita con una tiza una leyenda que la multitud había estampado en el acto de despedida: "Hermanos del interior, ahí va el sol de los pobres". Cinco días después el tren especial llegó a Jujuy y se detuvo en Perico del Carmen, donde se acababa de anunciar que Perón venía a expropiar los latifundios de Patrón Costas. Todavía no había amanecido cuando el convoy fue rodeado por campesinos que esperaban ansiosos ver al coronel. Los primeros rayos solares recortaron las figuras de los coyas que avanzaban lentamente en sus mulitas hacia la estación. Perón fue advertido y rápidamente se asomó por una ventanilla para saludar. Mientras algunos paisanos se desesperaban por alcanzar su mano desde el andén, los coyas permanecían en silencio, hormigueando en las lomitas cercanas.

Después de escuchar una síntesis de las reclamaciones campesinas y un esbozo del plan agrario trazado por sus asesores, Perón se trepó a una plataforma y habló dos horas seguidas como si hubiese estudiado el problema toda su vida. Nadie se quedó sin entenderlo y sus asesores fueron los primeros sorprendidos. Pocas horas después pronunció un discurso similar en San Salvador de Jujuy. Cuando el fotógrafo de *Democracia* (que iba con la delegación) envió sus placas a Buenos Aires el vespertino mostró a los coyas recibiendo de manos de Perón los títulos de propiedad de las tierras incautadas. Algo similar ocurrió también en Entre Ríos, después que Perón pidiera a Molinari "la preparación de alguna medida espectacular para movilizar al electorado porque es una provincia difícil de ganar".

A pocas semanas de los comicios el Consejo Agrario

realizó una concentración de agricultores en Gualeguaychú, donde fue anunciada la expropiación de un extenso latifundio denominado El Potrero, compuesto por cuatro propiedades de distintos dueños, con una totalidad de 25 mil hectáreas. La medida afectaba los campos de Concepción Unzué de Casares, María Unzué de Alvear, Delia Alzaga de Pereyra Iraola y Martín B. Gómez Alzaga, y daba la oportunidad –según se dijo– de que "gran cantidad de colonos realicen su viejo sueño de la tierra propia".

La reforma agraria no se hace

Apenas producido el triunfo electoral Molinari y Birabent compraron los talleres gráficos del diario *El Sol* (este diario había sido fundado por Natalio Botana y obsequiado a su yerno, Raúl Damonte Taborda, quien vendió las máquinas a *Democracia* en 1.300.000 pesos) y se instalaron en el edificio de Avenida de Mayo al 600. El Consejo Agrario resolvió expropiar El Potrero, tal como lo había prometido, y luego hizo lo mismo con un campo de Salto (provincia de Buenos Aires) denominado Rincón de Estrugamou. A mediados de mayo de 1946 Molinari fue a Salto a tomar posesión del campo y luego a Pergamino, donde pronunció un fogoso discurso abundando en detalles sobre la revolución agraria.

Estas palabras provocaron una sensible reacción en el equipo económico comandado por Miguel Miranda, y a la semana se conoció un decreto de Farrell que reducía el Consejo Agrario a una simple dependencia del Banco de la Nación. Molinari se sintió tocado y renunció de inmediato, suspendiendo la edición de *Hombres de Campo* y refugiándose en *Democracia*. "Le pedí explicaciones a Perón por la medida y me dijo que se hacía para darle sustentación financiera al Consejo. Le expliqué que la reforma agraria terminaría siendo capitalista y bancaria y me fui definitivamente", recordaría Molinari. Su dimisión se concretó cinco días antes de que Perón asumiera la presidencia.

También en esa semana se conoció el nombramiento de Juan Carlos Picazo Elordy como ministro de Agricultura, lo que frustró también las aspiraciones de Birabent de ocupar esa cartera. Una vez instalado en el poder Perón dio un giro de 180 grados y en el Quinto Congreso

Agrario Cooperativo, celebrado el 26 de agosto de 1946, expresó: "La ley 12.636, de creación del Consejo Agrario, he debido abandonarla porque no puede ser una solución. Y no siendo una solución para el que aspira a tener la tierra tampoco puede serlo para el gobierno, que está leal y sinceramente empeñado en resolver su problema. Hay que buscar otra forma de financiación para la obtención de la tierra y trabajar desde otra dirección para que vuelva a su valor real".

Tres días después se aparecieron en Buenos Aires, a reclamar la posesión de las tierras que trabajaban, decenas de aquellos coyas jujeños que Perón viera en su gira. Habían venido a pie y en carretas, pero no consiguieron su objetivo, pues fueron inmediatamente devueltos a su provincia.

Preocupados por la nueva situación, Molinari y Birabent discutieron la manera de enfrentarla. "Habíamos arriesgado todo en esa empresa –reveló Birabent al autor de este trabajo– y no estábamos dispuestos a desprendernos de *Democracia* así nomás. Personalmente quise hacer un último intento y recurrí a Evita, a quien conocía desde niña, porque su familia pasaba los veranos en Chivilcoy, donde yo vivía. Me recibió muy bien y se alegró de verme".

–Pero ¿por qué no viniste antes? Todos me vienen a visitar, a pedirme algo, menos vos. . . –le reprochó.

–Es que yo no tenía nada que pedir para mí. Ahora es distinto, se trata del plan agrario. El general lo está abandonando porque Miranda le ha metido otras ideas en la cabeza.

–No me expliques nada. Haceme un memorándum y yo se lo doy a Perón–. Birabent volvió a la redacción y escribió un par de carillas que un ordenanza se encargó de entregar a la secretaria de Evita. A la semana fue citado telefónicamente y cuando entró en la residencia para verla, Evita estaba atendiendo a una larga fila de mujeres humildes. "Muchas eran ancianas que se arrodillaban a sus pies para besarla; se persignaban, querían tocarla y luego rezaban oraciones. Ella las palmeaba maternalmente y les entregaba un billete de cien pesos flamante, que sacaba de una caja donde había decenas de fajos. Era un espectáculo conmovedor que jamás olvidaré. Algunas no querían dinero: pedían que les solucionase un problema de pensión a la vejez, de empleo o de

vivienda, y ella ordenaba a su hermano Juan que tomase los datos y resolviese el problema. Cuando me vio entrar abandonó momentáneamente la tarea y me condujo a un despacho privado; allí se desplomó en un sofá, sacó de su cabeza la imponente capelina y se perfumó las manos." Cuando Birabent preguntó por su memorándum Evita respondió:

–Mirá, Perón se levanta a las 5 de la mañana y vuelve muy tarde y muy cansado. A esas horas no voy a ponerme a hablar de reforma agraria. Yo agarré tu papelito y se lo mostré a un hombre de campo que entiende más que yo: Mercante. El me dijo que estas ideas son lindas, pero muy lentas. Y nosotros no podemos esperar 20 años. Miranda nos consigue la *guita*, pega una patada y sale *guita*, y con la *guita* nosotros hacemos justicia social y obras. Es más rápido: la gente quiere comer ahora; no puede esperar 20 años.

"Cuando volví a la redacción estaba deprimido. Molinari me dijo entonces que había un interesado en comprar *Democracia* y decidimos venderla. El grupo ALEA, organizado por Miranda y Maroglio, nos pagó 50 mil pesos por la marca. Eso fue a mediados de 1947, y a los pocos días tuvimos oportunidad de entrevistarnos con Perón para despedirnos. Nos citó a las 7 de la mañana y apenas entramos al despacho nos dijo: *Pero, che, ustedes son unos tipos raros. Son como aquel que se sacó la lotería y no quería cobrar el premio*. Le recordé que él nos había llamado para hacer un cambio de estructura que modificaría la situación agraria y que prometió jugarse en la patriada. Molinari, a su vez, le recalcó que la reforma agraria es una operación jurídica-económica y no de técnica agronómica bancaria, que es autofinanciable y no una mera expropiación de tierras rurales divididas y vendidas a nuevos propietarios, sino un nuevo régimen legal de uso del suelo que haga imposible el uso rentístico u ocioso de la tierra. Le anticipamos que, de no producir esa reforma en serio, su gobierno sería apadrinado por los terratenientes y los intereses británicos. Entonces se enojó, se puso de pie y dijo secamente: *¡Señores, buenas tardes!* "

La paz con la Sociedad Rural

La presencia de Picazo Elordy en el gabinete no cambió demasiado las cosas, aunque el efímero ministro (duró alrededor de un año) era socio de la Rural y se preocupó por restablecer las relaciones armoniosas que siempre mantuvieron los hombres de gobierno con los directivos de la Rural. "Hice un trabajo paciente –explicó Picazo veinte años después– para convencer a Perón de que debía asistir a la exposición rural, pues él temía una rechifla similar a la que soportaron los soldados el año anterior, cuando Perón logró esquivar con su ausencia la ensordecedora silbatina de los hijos de los ganaderos. Por otra parte, logré limar asperezas entre los nuevos directivos de la Rural y le prometí al presidente [José A. Martínez de Hoz] que llevaría al primer mandatario si me aseguraban tranquilidad. Ambos transaron".

El 17 de agosto Perón asistió por la mañana a los homenajes a San Martín y en las primeras horas de la tarde a un acto en la Catedral. Mientras tanto, cientos de policías de civil tomaban ubicación en las gradas de la Rural, mezclándose indiscretamente entre los socios, que aguardaban impacientes la llegada de las autoridades desde muy temprano. A las tres de la tarde los directivos de la Rural se ubicaron en el gran palco y enseguida lo hicieron Quijano, los ministros y el cardenal Copello. Media hora después llegó Perón en automóvil, escoltado por granaderos y al son de la marcha Ituzaingó.

Picazo Elordy, que lo acompañaba, recuerda que había un clima tenso, fácilmente advertible: "Creyó que con su uniforme de general iba a contrarrestar el clima y se engalanó. Entró endurecido y le pedí que saludara con una mano y una sonrisa. Me hizo caso y recogimos los primeros aplausos. Minutos después llegó su esposa en medio de un silencio sepulcral. La tensión iba en aumento, hasta que Martínez de Hoz comenzó a hablar y su tono mesurado tranquilizó a Perón. Después me tocó a mí, pero acorté el discurso para no alargar el sufrimiento inútilmente.

"Al retirarnos, una multitud nos esperaba en la calle coreando el nombre de Perón y éste, aliviado, me dijo: *Aquí me siento mejor, estoy entre los míos...* Esa noche, Perón vino a mi casa a celebrarlo. Había prometido tomar una copa conmigo si todo salía bien. Y salió". (Al día siguiente, otro ministro, Cereijo, lo llevaría a un escenario menos comprometedor: la vieja cancha de Rácing, donde el equipo local enfrentaría a River Plate.)

La presencia de Martínez de Hoz al frente de la Rural obedecía a un hábil cambio de guardia que los ganaderos se apresuraron a dar para no perder sus valiosos contactos oficiales. Terminada la campaña electoral, y con Perón presidiendo el nuevo gobierno constitucional, los ganaderos no querían arriesgar sus intereses manteniendo el distanciamiento engendrado por el ingeniero José María Bustillo y lo cambiaron por Martínez de Hoz.

Las elecciones internas de 1945 habían enfrentado a Bustillo y Martínez de Hoz; el primero ganó (retuvo la presidencia gracias al caudal que aportó el sector industrial de la sociedad) y acentuó entonces su línea duramente antiperonista. Pero, al llegar al poder, Perón se desquitó negándole todos los pedidos de audiencia. Los ganaderos resolvieron entonces adaptarse a la nueva situación: pidieron la renuncia de Bustillo y ofrecieron la presidencia de la Rural a Martínez de Hoz, precisamente el candidato derrotado por el renunciante y que representaba, sin duda, a una tendencia más mesurada. Perón, que en esos días había devuelto la CAP a los productores (en cuyo directorio figuraba Martínez de Hoz), recibió gustoso el cambio de autoridades. "Efectivamente –confirmaría años después Martínez de Hoz–, Picazo Elordy, un hombre muy correcto, me dio toda clase de garantías para los ganaderos y me aseguró que nuestros intereses no serían afectados. Pude comprobarlo en mis conversaciones con Perón y Mercante, a quienes siempre encontré razonables ante nuestros planteos. A veces, esa buena disposición se veía empañada por la acción destructiva de Miguel Miranda".

Comenta también Martínez de Hoz que él habló muchas veces con Perón, "porque cualquier presidente de la Sociedad Rural va cada 15 días a la Casa de gobierno..." "Yo lo convencí a Perón –dice– de que expropiar estancias es un error y que el minifundio es más peligroso. Meses después, en el teatro Colón, repitió mis palabras a los agricultores reunidos. También lo convencí a Mercante de rectificar el disparate aprobado en la legislatura bonaerense, cuando se expropió la

cuarta parte de más de 30 estancias de Lincoln y 25 de Mayo". (La iniciativa fue presentada por el diputado radical Federico Cané y quedó anulada por un nuevo proyecto enviado por el gobernador Mercante.)

Durante la primera presidencia, un aporte significativo del gobierno no fue poner en marcha una reforma, sino realizar una tarea menos ambiciosa: fue terminar con las plagas que inutilizaban vastos terrenos. Se compraron helicópteros y aviones que permitieron una constante fumigación aérea, con nuevos productos químicos, en los focos que cruzaban la frontera con Paraguay y Bolivia. "La langosta había llegado hasta la residencia presidencial– dice Picazo– y anualmente se comía 500 millones de pesos."

Esa tarea fue seguida tenazmente por su sucesor, el ingeniero Carlos Alberto Emery, quien asumió a fines de agosto de 1947: "Combatimos la langosta en las grandes zonas acridiógenas del Chaco paraguayo, el oriente boliviano y la región cordillerana entre Catamarca y La Rioja". Emery se preocupó por "poner el ministerio en un pie eminentemente técnico" y se abocó al trazado de un mapa ecológico del país que determinara el comportamiento vegetal en función del suelo y el clima. Un análisis laborioso que dirigió el ecólogo griego Juan Papadakis, contratado especialmente. "Proyectamos una ley de investigaciones agropecuarias para fiscalizar y controlar las plagas; otra de protección forestal: un registro de productores rurales, y por unanimidad se aprobó en Diputados la ley de arrendamientos y aparcerías. Proyecté la transformación del Banco de la Nación en un banco agrícola y pusimos en vigencia el crédito agrario planificado, que estimulaba determinados cultivos. Nuestras relaciones con la Rural fueron extremadamente cordiales; jamás se expropió un campo ni se afectaron los intereses ganaderos. Al contrario, ganaron tanto o más que antes", concluye Emery, luego de confirmar que "evidentemente, no hubo cambios en la estructura agrícola-ganadera".

Es algo en lo que coincide el sociólogo José Luis de Imaz: "El hecho –escribió en *Los que mandan*– es que los grandes terratenientes atravesaron incólumes el período peronista, y si las leyes de arrendamientos congelados perjudicaron a muchos, cayó el peronismo sin que más allá de las expresiones verbales se hubiera expropiado

hectárea alguna". Los hombres de la Rural no aceptan esa afirmación fácilmente. "Hubo expropiaciones –aseguran– y, más que nada, ventas forzadas para evitar las expropiaciones. Además, el gobierno pagaba 55 centavos por kilo vivo, cuando los costos elaborados por la Sociedad Rural resultaban de casi el doble; que los ruralistas demostraran eso con cifras sirvió para que el país mejorara su posición negociadora frente a Gran Bretaña, pero no para que se los resarciera." Esa protesta se evidenció el 14 de agosto de 1948 en Palermo, cuando Martínez de Hoz, en su discurso, dijo: "De un tiempo a esta parte es dable observar la tendencia a subestimar la función rectora que en nuestra economía tienen las actividades rurales, a las que se miran o se consideran como pertenecientes a una etapa primaria, anacrónica y en trance de ser definitivamente superada por nuevas formas de elaboración de la riqueza". Era una alusión a un reciente discurso de Miguel Miranda en el que sentenciaba al atraso a los países agropecuarios. Miranda comprendió la alusión, se levantó molesto y se fue. Por el camino lo seguía la voz de Martínez de Hoz desgranada por los altoparlantes de la Rural: "El interés por el cultivo de la tierra se encuentra en franca declinación y ello es coincidente con medidas dictadas en los últimos tiempos. . ."

IX

COMERCIO EXTERIOR

Fue aquel gobierno paralelo que Perón creara durante la presidencia de Farrell, y que llamó Consejo Nacional de Posguerra, el que promovió la figura de Miguel Miranda, quien habría de manejar discrecionalmente la economía del país durante los tres primeros años de administración peronista. Erigido en una suerte de *mago de las finanzas*, como se lo llamaba en los medios empresarios, Miranda tomó rápidamente la iniciativa y relegó al joven ministro de Hacienda, Ramón A. Cereijo, a una función específicamente administrativa. Era un hombre maduro, de una impetuosidad sin límites, que arrollaba mientras exponía sus ideas. Sabía con precisión cuáles eran sus objetivos y no se detenía a discutir detalles; prefería seguir adelante, aun a riesgo de cometer errores, lo que no le hizo difícil conquistar al líder del movimiento. Un tarde, después de oírle contar su éxito en el mundo de los negocios, Perón le preguntó:

—Pero, dígame una cosa, ¿cómo hace usted para manejar su empresa tan eficientemente si se pasa el día hablando de política con nosotros?

—Mire, coronel, yo llevo todo acá, en esta libretita.

¿Ve? Aquí dice lo que debo, lo que me deben, lo que tengo y lo que me hace falta. Está todo al día: los saldos bancarios, las ventas, todo.

La respuesta sorprendió al coronel, quien desde ese momento decidió confiar en esa habilidad. "Un hombre que sabe manejar sus negocios tiene que ser un buen financista para el país", comentó a sus colaboradores. Miranda se convirtió así en presidente del Banco Central, antes que Perón alcanzara el poder definitivamente, y desde allí comenzó su reinado. Contaba uno de sus más estrechos colaboradores, Arturo Jauretche (a quien hizo designar presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires), que "Miranda llegó justo, porque en ese momento el país necesitaba un hombre sin prejuicios de escuela, con una sólida formación empresaria, no universitaria, y con la suficiente audacia para construir". La primera piedra que Miranda colocó para edificar su nuevo andamiaje fue la nacionalización del Banco Central, y, seguidamente, la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), desde donde controló el comercio exterior. "Tenía un claro concepto de la inflación —dijo Jauretche—, y sabía que era inevitable a raíz del cambio de condiciones del mercado. Entonces creó los instrumentos de regulación a través de la banca. Todavía se acusa a Miranda de haber utilizado los ahorros de los bancos para las operaciones del IAPI, pero se oculta que los consorcios exportadores nunca han operado con otro capital que los préstamos bancarios. También se dijo que el IAPI se convirtió en un impuesto a la producción agropecuaria, pero el mismo impuesto significaban las utilidades de los consorcios, con la diferencia de que Miranda hizo capitalizar esas utilidades a favor del desarrollo nacional".

El hombre que había gestionado la incorporación de Miranda al equipo de Perón, Rolando V. Lagomarsino, también retuvo su cargo a partir del 4 de junio de 1946: la Secretaría de Industria y Comercio. Desde allí lo acompañó en su política de comercio exterior. "Contra todo lo que se dice —explicó Lagomarsino—, Perón recibió el país en estado calamitoso. Faltaba de todo: maquinarias, material de perforación, material eléctrico, hierro, caucho, etcétera, y para colmo lo que teníamos no se podía extraer y elaborar por falta de transportes. El déficit energético impedía el desarrollo industrial:

tirábamos gas al aire y después se importaba hulla para fabricarlo. Prácticamente no había producción de carbón. El Plan Quinquenal permitió construir el gasoducto Cañadón Seco-Buenos Aires, una obra espectacular y única en América latina, que evitó las importaciones de hulla gasífera y que se autofinanció en pocos años. Por intermedio del IAPI se importaron grandes generadores para llevar energía a distintos lugares. Tres de ellos se instalaron en Paraná, y otro en Santa Fe."

Al lanzar el Plan Quinquenal, Perón advirtió en su discurso ante la Asamblea Legislativa a los consorcios exportadores: "Barco que llegue vacío, se irá vacío". Por ese entonces, las naciones que salían de la guerra se llevaban todo lo que podían del puerto de Buenos Aires: "Hubo que poner cupos a la exportación de algunos productos como sebos, grasas y textiles –recordó Lagomarsino– y abastecerse de cosas que se necesitaban imperiosamente, como los materiales para la industria petrolera. Carecíamos de maquinarias y elementos de perforación, pero se tropezó con un serio inconveniente: Estados Unidos los calificaba como *materiales críticos* y debimos comprarlos en Francia, Holanda y Austria, países que habían sufrido más que los Estados Unidos y que, sin embargo, no nos negaban lo que pedíamos. De todas maneras, compramos 21 torres de perforación norteamericana a través de una empresa europea que aceptó entrar en la trampa".

La creación del IAPI terminó con algunos problemas ocasionados por la falta de coordinación, como aquella vez que se encontraron en los Estados Unidos cinco comisiones argentinas comprando caños para distintas empresas estatales. Sin embargo, el motivo principal de su organización fue centralizar la comercialización de las cosechas. Las potencias aliadas habían constituido las famosas Juntas Combinadas de Alimentación, que compraban en nombre de todos los países necesitados. De ese modo el frente único de compradores imponía sus precios a las múltiples empresas vendedoras. "El IAPI viene a defender esos precios, a convertirse en vendedor único sin molestar a las tradicionales firmas exportadoras de cereales", dijeron sus creadores en 1946.

Exportar e importar

Durante los tres primeros años de posguerra, Gran Bretaña recuperó su posición dominante en el comercio argentino de exportaciones, que siempre le había correspondido hasta 1939. Con relación a los Estados Unidos –el segundo cliente importante de Argentina–, Gran Bretaña triplicó sus cifras. Sin embargo, los norteamericanos superaron las compras británicas en los últimos tres años de la primera presidencia de Perón, y se convirtieron decididamente en los principales vendedores de productos a la Argentina. América del Sur brindó a la Argentina la oportunidad de deshacerse de la exclusiva dependencia del mercado europeo, al proporcionarle importantes salidas hacia sus países vecinos: entre 1949 y 1952, las ventas a Brasil, Chile y Perú, superaron globalmente las exportaciones a Gran Bretaña. Un caso significativo en el rubro importaciones fue la participación de Alemania, que a partir de 1950 alcanzó el tercer lugar detrás de los Estados Unidos y Brasil, superando a Gran Bretaña, Francia e Italia en sus ventas a la Argentina. En cambio, el desarrollo de las exportaciones fue eliminando paulatinamente a España, favorecida por los empréstitos argentinos que financiaban sus compras, y de cuarto cliente en 1948 (detrás de Gran Bretaña, Italia y los Estados Unidos) retornó en 1951 a su antiguo puesto, a la par de Austria y debajo de Finlandia. De aquella política de ayuda iniciada por Perón en 1946, Argentina jamás obtuvo dividendos y sólo recibió una ínfima parte de las materias primas y manufacturas que España se había comprometido a enviar, lo que motivó que se suspendieran los embarques de productos alimenticios al gobierno de Franco.

El afán industrializador que despertó Miranda con su política produjo singulares modificaciones en el comercio exterior. El cuadro de importaciones acusó una marcada alteración en sus rubros principales: la entrada de bienes de consumo cedió paso al ingreso de mayores bienes de capital, porque la industria nacional comenzó a eliminar de la importación los productos que se fabricaban en el país y generó, en cambio, la importación de maquinarias. Simultáneamente se produjo un incremento en la importación de combustibles y de materias primas.

El reemplazo de Miranda

Pero como la espectacular política de Miranda comenzó a impacientar a los círculos agrícolas, arreciaron contra él las acusaciones de engendrar una industrialización precaria a costa de los productores agrarios. El equipo económico que Miranda había constituido con Lagomarsino (en Industria y Comercio) y Orlando Maroglio (en el IAPI) enfrentó entonces duras críticas dentro del propio gobierno. En los primeros días de 1949, Miranda fue citado al despacho presidencial y allí se encontró con Ramón Cereijo, Roberto Ares, Alfredo Gómez Morales y José Constantino Barro, quienes lanzaron sus dardos contra "la peligrosa desorganización en el manejo de la economía". Perón asistió impasible a los ataques mientras Miranda ensayaba una acalorada defensa en su gestión. Al abandonar el despacho, sabía que su etapa estaba a punto de concluir. Pocos días después Ares y Gómez Morales eran convocados en la residencia de Olivos, donde Perón les ofreció dos ministerios; y el 20 de enero el primero asumía la cartera de Economía, y el segundo, la de Asuntos Económicos (que luego se llamó Ministerio de Finanzas). Miranda optó por alejarse seis días después, y sus funciones, como las de Lagomarsino y Maroglio, fueron asumidas por un nuevo plantel que Perón denominó Consejo Económico Social y cuya presidencia encomendó a su ministro de Hacienda, Cereijo. Lo integraban Ares, Gómez Morales y Barro (quien reemplazaba a Lagomarsino en Industria y Comercio). Los cuatro se abocaron a la redacción de un informe (cuyos borradores habían servido a Barro para iniciar la batalla) y propusieron "medidas de orden para reorganizar la situaación económica del país". Una de ellas consistía en movilizar la gran cantidad de granos en depósito, que Miranda se había negado a vender por no obtener los precios que exigía. Aquel plan económico fue absolutamente reservado y solo se hicieron cinco copias: una para cada uno de los ministros y otra para el Presidente.

"La política de Miranda había sido eficaz al principio, pero se hacía necesario modificarla", explicaría años después Cereijo. Ares consideraba que las ideas de Miranda estuvieron perfectamente concebidas, pero mal

ejecutadas: "Era un gran intuitivo que obraba con desorden. Tenía visión de conjunto y sabía lo que quería; pero le encantaba improvisar". Las primeras medidas del nuevo equipo devolvieron tranquilidad al agro, a través de créditos bancarios. Pero el punto crucial siguió siendo el comercio exterior, pues en marzo vencían los precios establecidos por el convenio Andes, celebrado en Gran Bretaña en 1948, y Argentina necesitaba imperiosamente modificarlos. "El precio previsto en el convenio Andes ha resultado notoriamente insuficiente para compensar el esfuerzo nacional de nuestra producción de carnes. Reiteradamente, los productores señalaron que los precios pagados por Gran Bretaña eran considerablemente inferiores a los que se obtenían en el propio mercado interno y a las ventas de carne efectuadas a otros países", señaló en esos días el ministro Ares.

Comenzaron entonces las discusiones para firmar un nuevo tratado con Gran Bretaña, el que fue dado a publicidad el 1° de junio de 1949. Los opositores analizaban minuciosamente cada una de las cláusulas de ese convenio, cuyos puntos esenciales establecían:

1) Paridad de negociaciones; sobre un monto global de 3.600 millones de pesos, entre exportaciones e importaciones, se establece la mitad para cada uno y desaparece la convertibilidad de los saldos.

2) Nuevo precio, de 97,536 libras esterlinas por tonelada inglesa (1.016 kilogramos).

3) Diferencia a favor de Argentina consistente en la provisión adicional de 1.200.000 toneladas de fuel-oil, para compensar los gastos de industrialización y la ganancia de los frigoríficos.

4) Importación de 5.700.000 toneladas de combustible líquido, 1.500.000 toneladas de carbón de piedra y entrada de maquinarias, hojalata, implementos agrícolas, material ferroviario y automóviles.

5) Exportación por medio del IAPI de cereales y aceites oleaginosos.

El tratado provocó agotadoras sesiones en la Cámara de Diputados, desde el 24 de agosto hasta el 16 de setiembre de 1949. Los ministros Cereijo, Gómez Morales, Ares, Barro (del Consejo Económico Social), Emery (de Agricultura y Ganadería) y el canciller Hipólito Jesús

Paz soportaron diariamente los embates de la bancada radical, hábilmente conducida por Arturo Frondizi, que objetó el convenio por considerarlo "lesivo para la soberanía y la economía del país". No era ésa la opinión de los círculos conservadores ni tampoco la del principal órgano opositor, el diario *La Prensa*, en cuyo editorial del 2 de junio de 1949 (al día siguiente de conocerse el tratado), se pudo leer: "Lo que se sabe del convenio y las declaraciones de los funcionarios argentinos indican que se ha decidido revisar algunas prácticas intervencionistas que no dieron buen resultado en materia de importaciones, lo cual es satisfactorio. También lo es que no se interrumpa el intercambio con Gran Bretaña, país con el cual siempre terminamos por entendernos. Nosotros no creemos que haya sido fácil obtener mejores condiciones en este nuevo convenio con Gran Bretaña".

El 30 de junio de 1950 vencieron los precios fijados en aquel tratado, y el ministro Ares recibió en su despacho al embajador británico John Balfour para discutir la renovación.

—El estudio técnico de nuestro ministerio considera que de 97,5 libras la tonelada debemos ir a 120 libras esterlinas, señor embajador.

—Estimo que todo se arreglará satisfactoriamente, señor ministro. Lo comunicaré a mi gobierno.

Cuatro días después Balfour retornó compungido al despacho de Ares:

—Mucho lamento, señor ministro, entregar esta nota de mi gobierno rechazando su propuesta.

—¿Así que nosotros queremos elevar el precio de 97,5 a 120 y ustedes ofrecen bajarlo a 90? Me parece, señor embajador, que esto no es serio. . .

Ares llevó aquella respuesta a la próxima reunión de gabinete y allí planteó la necesidad de suspender los embarques de carne hacia Gran Bretaña. "Advertí que se trataba de una medida muy seria —recordó Ares al autor de este trabajo— y que si el gobierno tomaba las medidas necesarias para no afectar la producción normal ganaríamos la batalla. Perón asintió, y el 21 de julio se comunicó oficialmente la decisión." Ese día, el gerente general del IAPI, Erico Echachert, respondió a Gran Bretaña que "Argentina no venderá carnes a menos de 97,5 libras la tonelada". En ese momento había cuatro vapores británicos en el puerto de Buenos Aires, cosa

que hizo notar el embajador Balfour a los funcionarios argentinos. Fue inútil. Los periodistas cercaron esa tarde al ministro Ares y reclamaron una explicación de la medida: "No hemos suspendido ningún embarque; simplemente que, a 90 libras, el IAPI no vende carne a nadie", dijo con suficencia.

La decisión argentina produjo agitaciones en Londres, donde se exigían al gobierno, urgentes medidas para solucionar la escasez de carne vacuna. En Buenos Aires comenzaron a advertirse algunos efectos inesperadamente beneficiosos, como el incremento de las exportaciones a los Estados Unidos de carnes conservadas. Contra todas las previsiones, el volumen de carnes en las cámaras frías, a fin de 1950, no era sensiblemente superior al que había en el momento de suspender los embarques, pese a no haber disminuido el ritmo de faena en ningún momento. Por otra parte, el precio del ganado en pie siguió una tendencia continuadamente ascendente. Esto dio respaldo al gobierno para mantener su posición hasta que el ministro del Tesoro de Gran Bretaña, John Edwards, aceptó volver a negociar. "Pero, claro, estábamos en abril de 1951 y habían pasado algunos meses; ya no nos conformábamos con 97,5 ni con 120 libras la tonelada. Pedimos 160 y arreglamos en 150 libras. Habíamos triunfado aplicando por primera vez una nueva política de negociaciones con Gran Bretaña", concluye Ares.

Juicios sobre el IAPI

La aplicación de toda esa política en sus dos etapas, con Miranda y con el Consejo Económico Social, recibió distintas clases de críticas. Para el conservador Federico Pinedo, "el monopolio del comercio exterior, ejercido por un instituto parecido al que en tiempos de la colonia desempeñaba con indignación de nuestros abuelos la Casa de Contratación de Sevilla, fue instaurado basándose en el supuesto de que el precio de los productos exportados lo fijaban a su antojo las casas importadoras, y que éstas hacían ganancias enormes percibiendo diferencias colosales entre lo pagado a los agrarios por los granos y lo percibido de los compradores extranjeros, con lo que, a más de expoliarse a los agrarios, se causaba al país un enorme perjuicio. En realidad, no había nada de todo eso"[24]. El gobierno peronista pareció haberle

dado la razón porque se cuido mucho de obstruir luego los negocios de las empresas comercializadoras de granos: "El IAPI fue intermediario entre las grandes firmas exportadoras y los productores. Jamás atacamos a esas empresas", confirmó Ares.

El socialista Leopoldo Portnoy sostuvo que "el criterio inspirador del IAPI fue eliminar las consecuencias del comercio exterior, o sea la pérdida de los términos del intercambio, y crear un sistema que transfiriese a la industria beneficios derivados de la exportación de la agricultura; la forma adoptada ha confundido la acción del IAPI y el control del comercio exterior con el desarrollo industrial, cometiéndose un profundo error de apreciación, porque el apoyo a la industria se puede hacer mediante distintos medios, y no es forzosamente necesario ligarlo a otra actividad".[25]

También se fustigó la acción del IAPI por haber producido pérdidas. Pinedo dijo que ese organismo "pagaba lo mismo el edificio de una embajada en el exterior como la cosecha de trigo o la red ferroviaria". Portnoy, en cambio, opinó que era errado exigir ganancias al IAPI "porque no hay que confundir los objetivos de la empresa privada con los del Estado". Ares prefiere levantar los cargos que pesan contra aquel organismo a través de estos datos: "Dicen que el IAPI dejó 25 mil millones de pérdida, pero ocultan que esa cifra computa el valor de los ferrocarriles, las compañías de teléfonos, la formación de la flota mercante y de la flota aérea, los empréstitos concedidos a Italia y España y el reequipamiento de las fuerzas armadas. Hubo un gran escándalo cuando compramos material de guerra usado, y resulta que los tanques Shermann y los camiones todavía desfilan. Algunos jeeps siguen andando. Se pagó un millón de dólares por todo eso, un precio más bajo que la chatarra. Silvano Santander nos acusó de hacer un negociado y después no vino a la interpelación".

BIBLIOTECA
Universidad de Cantabria

X

OBRAS PUBLICAS

Durante la campaña electoral Perón había arrastrado a sus opositores a una propaganda centralizada en su persona. Sabía que cuanto más lo atacaban más contribuían a su triunfo, porque su candidatura se apoyaba precisamente en el descreimiento que las masas populares experimentaban sobre sus adversarios. Y éstos, ingenuamente, confiaban en vencerlo con frases retóricas. "Mientras yo le prometí al pueblo hacerlo feliz dándole lo que necesitaba —se jactaría después de la victoria— ellos solo proponían derrocarme, impedirme gobernar." Por su parte, los partidos derrotados en 1946 anunciaron el peligro de la gestión peronista con estas frases: "El sector del pueblo que dio su voto a Perón lo hizo esperanzado en una gran cantidad de promesas. Creyó sinceramente en ese hombre que ofreció todo desmedidamente, aunque no pudiera cumplir. Y no podrá hacerlo". La explicación de los veteranos líderes políticos encerraba, más que un vaticinio, un deseo de fracaso en la gestión del nuevo presidente, porque si él acertaba

ellos no podrían volver a conquistar el electorado perdido.

Cuando Perón advirtió que batían el parche sobre sus promesas electorales decidió contestar con un nuevo slogan: *Perón cumple*. La leyenda fue pintada en los carteles que anunciaban la construcción de obras públicas y sirvió para contrarrestar exitosamente la campaña opositora. Claro que, además, había que responder con hechos concretos, porque los letreros no servirían de nada si envejecían solitariamente. El flamante elenco tenía el empuje necesario como para iniciar un vasto plan de obras públicas y sociales, pues contaba a su favor con dos factores decisivos: la mística transformadora, apuntalada por el triunfo, y los recursos financieros de Miranda.

El Banco Hipotecario

Las prioridades se centralizaron en un rubro de impostergable necesidad: la vivienda. El IV Censo Nacional, levantado en mayo de 1947 (el último censo había envejecido 35 años), actualizó las cifras y brindó estadísticas alarmantes: "El déficit habitacional en el país es de 650 mil unidades". Los grandes centros urbanos como la Capital Federal (donde hacían falta otras 100 mil viviendas) eran los más castigados por la escasez. Poco se había hecho hasta ese entonces desde las esferas oficiales, pues el único organismo creado para tales efectos había sido la Comisión Nacional de Casas Baratas, nacida en 1912, que en más de tres décadas apenas logró edificar un millar de unidades. El nuevo gobierno puso entonces sus ojos en el Banco Hipotecario Nacional, la entidad bancaria oficial más antigua del país (se fundó en 1886), que había retomado tímidamente esa obligación durante los gobiernos radicales.

Fue también un radical el encargado de inyectar la necesaria dosis revitalizadora al Banco Hipotecario, pues la presidencia de este organismo le había sido confiada en setiembre de 1946 al yrigoyenista Abelardo Alvarez Prado, quien había acompañado a Quijano en la formación de la UCR Junta Renovadora. "El Banco se valía de

la cédula hipotecaria –dijo Alvarez Prado– para otorgar préstamos, pero como las emisiones eran por ley y muy restringidas en sus montos, para no desvalorizarlas, resultaba un privilegio obtener esos beneficios. Sin embargo, el Banco pudo así alentar mejoras urbanas y rurales y frenar la usura al participar con sus préstamos en el mercado. Con Hipólito Yrigoyen el BHN inició su obra social al establecer, por ley, en 1919 los préstamos especiales de fomento para empleados y obreros y disponer que la mitad de cada emisión se destinara a préstamos inferiores a 50 mil pesos. Pero otra ley restringió su acción en 1935 y un fallo de la Corte Suprema lo calificó poco después como *entidad bancaria mixta sui generis*. Por eso fue necesario abrir los canales de la prosperidad nacional y entre marzo y mayo de 1946 se efectuó la reforma bancaria. Sus beneficios fueron trascendentales y sus errores de aplicación no deben computarse al sistema, sino a la incapacidad, falta de probidad y avidez delictuosa de enriquecimiento de muchos de sus ejecutores y aprovechados cómplices."

Esa reforma, que se inició con la nacionalización del Banco Central, concluyó dándoles nuevas cartas orgánicas a las entidades crediticias oficiales. Así fue como el BHN quedó definido como "una entidad autárquica del Estado Nacional que integra el sistema del Banco Central a los fines de la coordinación de sus actividades con la política económica, financiera y social del Estado" (Ley 12.926/46). La característica más saliente de esa reglamentación era el reemplazo de la cédula hipotecaria por el suministro de dinero en efectivo, proveniente del Banco Central, que el BHN garantizaba con su cartera de hipotecas y devolvía con un interés anual del 2,8 por ciento. "El BHN fue el destinatario –dice– de aquella política social, y en el artículo cuarto de su nueva Carta Orgánica se fijaba un objetivo muy claro: *Otorgar créditos reales con garantía hipotecaria, función asignada a este Banco como única institución oficial del Estado habilitada a tal efecto*. El BHN llenaría entonces sus funciones mediante créditos a corto, mediano y largo plazo; préstamos especiales de fomento; financiaciones dentro de sus objetivos específicos (ampliación o construcción de viviendas) y servicios complementarios (el título de propiedad como seguro de vida)."

Los monobloques

A fines de 1946 el rescate de cédulas hipotecarias había endeudado al BHN en 1.500 millones de pesos, facilitados por el Banco Central. A mediados del año siguiente, cuando comenzaron los préstamos en efectivo para fomentar la vivienda propia, el número de operaciones y el monto de dinero acordado duplicaron las cifras del ejercicio anterior. Entre 1946 y 1949 se escrituraron 131.000 préstamos.

Otra de las funciones atribuidas al BHN fue el hacerse cargo de la Administración Nacional de la Vivienda, pero con una cláusula alentadora que figuraba en el artículo 16: "La Nación resarcirá al Banco, al cierre de cada ejercicio, de las pérdidas que arrojen las operaciones de fomento". Así pudieron crecer los grupos de monobloques que se agregaron al *Barrio Marcelo T de Alvear*, en Juan B. Alberdi y Lacarra (obra anterior a Perón); los amplios departamentos levantados en Curapaligüe y Quirno Costa (ahora Avenida del Trabajo), y el barrio construido al borde de la nueva autopista a Ezeiza, sobre la Avenida General Paz. "Además de esos monobloques, edificamos el barrio *San Martín*, en Merlo; el *Villa Concepción*, en San Martín; el *Martín Rodríguez*, en la Boca; y el del camino de cintura y la autopista. También construimos núcleos de viviendas en todas las provincias. Pero cuando yo me fui, en abril de 1949 –decía Alvarez Prado–, suspendieron la continuación del plan y empezaron a construir viviendas de ínfima calidad. Los magníficos monobloques debían completarse con unidades individuales, edificadas en sus jardines, pero al terminarlos parecían aristócratas en zapatillas".

Alvarez Prado también señaló lo que considera "acciones directas contra el Banco" y mencionó la supresión de una partida de 250 mil pesos que se le asignaba en el presupuesto de la Nación para contribuir a los préstamos de fomento. "Luego –agregó– se opusieron a un convenio con la Caja de Ahorro para establecer un seguro de vida. Pero el factor desencadenante fue una resolución del Banco Central que pretendía incorporar al BHN las carteras de varias sociedades financieras y de construcción de viviendas modestas, en estado de quiebra. Me resistí a cumplirla y amenacé con renunciar dando

los motivos a publicidad, lo que no gustó al presidente del Banco Central, Orlando Maroglio. Tiempo después, cuando yo renuncié, aprovecharon para realizar esa operación y salvaron de la justicia a esas empresas fraudulentas. Mi reemplazante en el BHN no quiso o no pudo mantener los planes para resolver el grave problema de la vivienda y la entidad decayó verticalmente."

El sucesor de Alvarez Prado en el BHN fue el contador Alfredo Jorge Alonso, quien inició la construcción de uno de los proyectos más ambiciosos del plan de gobierno: la *Ciudad Evita*, un gigantesco complejo urbano de 10 mil casas que llegó a edificarse en un 45 por ciento, cerca de Ezeiza.

El sueño de Ezeiza

La nacionalización de los depósitos bancarios tenía el propósito, según se dijo, de "propender a una intensificación racional de la capacidad productora de la Nación en todos los órdenes". De allí y de la actividad financiera del IAPI salieron los fondos destinados a cumplir los objetivos trazados en el Plan Quinquenal. La euforia de las obras públicas alcanzó a todos, pues el propio Perón las estimulaba diariamente, cada vez que alguno de sus ministros se acercaba con proyectos de corto o largo alcance. "Haga, haga, empiece mañana mismo. No hay tiempo que perder y hay que hacer muchas cosas en este país. No se preocupe por el dinero; usted siga adelante con su proyecto"; con estas palabras, rebosando optimismo, solía entusiasmarlos. Su Plan Quinquenal sirvió para establecer las necesidades, ordenarlas y disponer un orden de prioridades en todas esas obras.

Quizás el que con mayor énfasis encaró el plan fue precisamente el ministro de Obras Públicas, general Juan Pistarini (sucesor de Perón en la Vicepresidencia, entre octubre de 1945 y junio de 1946). Sus ambiciones presidenciales se habían frustrado en el momento en que la figura de Perón se agigantó, pero no descartaba la posibilidad de convertirse en el hombre número dos para alcanzar la primera magistratura en un segundo gobierno peronista. Claro que esta otra alternativa también se esfumó apenas Perón dejó entrever sus deseos de ser reelegido.

"La gran pasión de Pistarini fue el aeropuerto de Ezeiza, que encerraba un triple propósito: las pistas en sí, el desarrollo de una zona de esparcimiento en los alrededores de Buenos Aires y la posibilidad de edificar la proyectada *Ciudad Evita*. Toda una visión de futuro, debido a la cultura edilicia que había adquirido durante su estada en Alemania como agregado", explicó el arquitecto Roberto Quirós, a quien Pistarini conoció en la Dirección de Arquitectura de su ministerio y mantuvo cerca suyo para la realización de sus planes edilicios. "Además del aeropuerto, se hicieron en Ezeiza tres hoteles infantiles, dos colonias de vacaciones y seis grandes piscinas. Simultáneamente se plantaron millones de árboles. Luego nació el Barrio N° 1, cerca de allí, para que viviera la gente que trabajaba en el aeropuerto. Pistarini desplegó una vitalidad encomiable e hizo gala de un dinamismo poco común, lo que no parecía agradar mucho al Presidente y su esposa, quienes veían en él a un peligroso competidor. Para restarle posibilidades de expansión, rápidamente le quitaron de su jurisdicción las flotas fluvial y de empuje, que acababa de crear a través de la Dirección de Puertos, y se las asignaron al flamante Ministerio de Transportes. A cambio de ello le adjudicaron una dependencia que Pistarini solicitó como compensación y que anunció entusiastamente en un discurso pronunciado en su despacho: *Traigo en el anca de mi pingo* –dijo– *la china más hermosa de la administración pública: la Dirección de Parques Nacionales y Turismo.* Y realmente nunca estuvo mejor ubicada esa repartición pues el MOP tenía trazadas las bases de la infraestructura turística a través de Vialidad (puentes y caminos), Navegación y Puertos (muelles, embarcaciones y navegabilidad), Arquitectura (hoteles, hosterías) y Obras Sanitarias (nuevas redes cloacales). Pistarini comenzó entonces otra etapa: la edificación de hoteles. Estaba entusiasmado porque su mayor ambición había sido la arquitectura, una vocación frustrada por su incapacidad para dibujar a pulso una recta de dos centímetros, que lo hizo, en cambio, decidirse por la ingeniería."

De esa nueva etapa surgieron los hoteles turísticos de Corrientes, Paso de los Libres, Comodoro Rivadavia, Bariloche y San Luis. Dos colonias de vacaciones (con 6 hoteles cada una y un grupo de *bungalows*) en Chapadmalal y Embalse Río Tercero. A instancias de Evita,

Pistarini hizo edificar un millar de escuelas diseminadas por el interior del país, por cuenta de la Fundación, y cuando estaba construyendo el aeropuerto de Ezeiza comenzó a tomar incremento la actividad de su esposa, María Luisa Frogone, quien intentaba competir con la obra social emprendida por Evita. Para ese entonces, los carteles de cada una de las obras del MOP ostentaban la leyenda *Perón cumple* y los lemas publicitarios del Partido Peronista comenzaban a incorporarle un aditamento definitorio: *Evita dignifica.* Con esas dos frases, convertidas ya en el slogan oficial del gobierno, Luis Elías y Manuel Sojit (*Corner*) saturaban de propaganda peronista sus relatos deportivos por las emisoras radiales.

En varias oportunidades Evita aprovechó para sacudirlo delante de innumerables testigos: "Y vos, a ver si hacés algo, que Mercante ya te puso la tapa en la provincia...". Esas frases martillaban sobre el ministro hasta que Perón le dio el tiro de gracia en 1952, cuando, en su segunda presidencia, lo sustituyó con el ingeniero Roberto M. Dupeyrón. La misma tarde en que se enteró de su relevo, Pistarini recibió en el MOP a una delegación obrera que coreaba su nombre y pretendía "interceder ante el Presidente y la señora para que no lo saquen". Luego de arengarlos en las escalinatas de la puerta principal y pedirles que desistieran de su actitud "porque Perón sabe lo que hace", Pistarini se dio vuelta y vociferó ante sus funcionarios más allegados: *"Pero ¿se dan cuenta? ¡Este hijo de una gran siete me ha dejado en la palmera!"*

De nada había valido la preocupación de Pistarini por cumplimentar los deseos presidenciales, al construir el barrio *Presidente Perón* (428 viviendas en Saavedra) y contribuir a la edificación de la espectacular *Ciudad Evita*, pues al perder su cargo ministerial, su escaso poder se evaporó rápidamente y debió abandonar su residencia en Ezeiza. (Pistarini ocupaba el casco de una estancia expropiada a la familia Blaquier, "El Descanso", cercana a otras residencias que el MOP construyó también para los ministros Cereijo, Barro, Maggi y Nicolini sobre terrenos fiscales que se iban a destinar a un proyectado barrio ministerial.) Quizás uno de los errores más significativos que cometiera fue el de proyectar dos mausoleos para guardar los restos de Perón y su mujer. Cuando fue con los planos, Evita gritó: "¿Vos estás loco? ¿Nos

querés enterrar a los dos? ¡Rajá con eso! "

Un énfasis similar utilizaba el propio Pistarini con sus funcionarios cuando algo no funcionaba bien. "Se le hinchaba la vena –recuerdan todavía algunos viejos empleados del MOP– y nos decía de todo. Pero después se le pasaba." Otros evocan algunas de sus respuestas más características, cuando le pedían que no tomara sanciones contra alguien "porque se trata de un buen muchacho"... Enfurecido, respondía: "Claro, éste es el país de los buenos muchachos; todos son buenos muchachos. ¡Yo también soy un buen muchacho! "

Quirós señaló la sensibilidad de algunos funcionarios de aquel gobierno al promover un desahogo suburbano con la habilitación de Ezeiza, el balneario norte y el parque "Los Derechos de la Ancianidad" (expropiado a la familia Pereyra Iraola) y dijo que a "Pistarini se le criticó haber hecho una obra de contenido social sin aplicarse a obras de estructura, como, por ejemplo, una red caminera que el país necesitaba". "El día que se inauguró el aeropuerto –agregó– con el nombre de *Ministro Pistarini* él se preguntó en voz alta: *¿Cuánto durarán esas letras?* "

Los nuevos barrios

La impetuosidad que caracterizaba al subsecretario de Obras Públicas, Juan Virgilio Debenedetti, le valió una promoción insospechada que Evita se encargó de precipitar: la Intendencia Municipal de la ciudad de Buenos Aires, en reemplazo del odontólogo Emilio F. Siri, a quien compensó con la vicepresidencia del Banco Hipotecario. Hombre de confianza de la presidencia, Debenedetti arremetió con planes ambiciosos e intentó oscurecer la acción de Pistarini en una carrera competitiva donde los participantes no se daban tregua. El resultado de ese torneo por la obra pública fue la construcción ininterrumpida de barrios y unidades de vivienda, cuyas cifras fueron resumidas por Perón como parte del balance de su obra de gobierno al finalizar el primer período presidencial. "Por vía del Ministerio de Obras Públicas, de la Municipalidad y del Banco Hipotecario –dijo el 1° de mayo de 1952– hemos construido 217 mil viviendas

en sólo 5 años. Una medida comparativa del esfuerzo realizado pueden darla las siguientes cifras: desde 1920 a 1945 (¡cinco planes quinquenales no realizados!) el Banco Hipotecario otorgó 14.800 préstamos y durante nuestro plan el mismo banco concedió 170 mil. Con un agregado: hasta 1946 este banco prestaba dinero a los ricos para hacer grandes construcciones. Nosotros preferimos prestar a los trabajadores para que cada uno sea dueño de su propia casa. Entre 1945 y 1952 el MOP construyó casi 6.500 casas y la Municipalidad edificó 3.200 unidades familiares. También debo señalar que en estas cifras no se incluyen los barrios levantados por las provincias y que los créditos asignados por el Instituto Nacional de Previsión Social beneficiaron a 36.200 familias."

Aunque es indiscutible que durante el primer gobierno peronista se construyeron muchísimas viviendas, falta precisión en las cifras de aquel mensaje presidencial. En cinco años no podían haberse edificado 217 mil viviendas –un promedio de 43.400 por año– pues no alcanzaban los materiales ni el personal para construirlas. Tampoco era cierto que el Banco Hipotecario prestara, antes de Perón, solamente a los ricos. Ni deben computarse los 170 mil préstamos acordados por esa entidad como nuevas unidades de vivienda, pues la mayoría de los beneficiarios compraban la misma casa que habitaban u otra ya construída.

No obstante mientras Perón pronunciaba este discurso millares de beneficiarios seguían emocionados las frases del líder instalados ya en sus flamantes viviendas. Se habían inaugurado los barrios *Primero de Marzo, 17 de Octubre, Manuel Belgrano* y *Los Perales*, además de los monobloques adjudicados y los complejos edilicios del interior. A ellos se sumarían también la creación de las flotas naviera y aérea, las obras públicas en marcha (diques, usinas y centrales hidroeléctricas) que comenzaban a crecer en distintas provincias y la nacionalización de los servicios públicos. Perón subrayó en su mensaje la edificación del millar de escuelas, los 38 nuevos colegios secundarios y los 18 flamantes edificios universitarios; destacó el aumento de camas hospitalarias, el incremento de afiliados al Instituto de Previsión Social, las obras de la Fundación y la concreción de 1.330 convenios colectivos de trabajo.

Cuando se discutía el presupuesto nacional de 1950 el ministro Cereijo fue interpelado por la bancada radical y en el largo y fatigoso debate debió responder a diversos interrogantes de los diputados opositores sobre los gastos fiscales. "Los radicales insistían en observar el aumento de la deuda pública y pretendían computar como déficit lo que se invertía en obras, para demostrar que el país estaba al borde de la quiebra económica." ¡Un disparate! , recordaría Cereijo años después.

BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD DEL CEMA

XI

BALANCE DELOS SEIS PRIMEROS AÑOS

Para comprender con mayor claridad la política económica del gobierno peronista conviene trazar una línea divisoria entre los dos ciclos de aquella primera presidencia. Las dos etapas (1946-1948 y 1949-1951), de tres años cada una, son claramente diferenciables por el significado de sus medidas y el estilo de sus realizadores.

Gómez Morales explicó los resultados de cada una de esas etapas y el proceso que engendró el cambio de equipo y de orientación económica. "Para juzgar una política –dijo– hay que tener en cuenta la época en que se aplica. Antes que Perón llegara a la presidencia, la Guerra Mundial había impuesto restricciones en el uso de artículos importados. Escaseaban neumáticos y combustibles; recuerdo que se incautaban prismáticos en los hipódromos para prestárselos al Ejército, que no tenía. Por eso cuando Miranda trazó su política económica tuvo muy en cuenta los informes que le suministraban los servicios de inteligencia de las fuerzas armadas, donde se aseguraba un inminente enfrentamiento entre los

Estados Unidos y la Unión Soviética. *La posguerra no llegará a seis años*, decían los expertos en informaciones bélicas. Por su parte, Diego Luis Molinari, embajador-viajero, cada vez que regresaba al país, de Europa o los Estados Unidos, reforzaba esos indicios con largas conferencias a Perón sobre la tirantez internacional. La crisis de Berlín pareció confirmar esas presunciones. Miranda, que había decidido especular con la guerra en su política económica, pensó en abastecer al país utilizando los saldos de divisas porque un nuevo conflicto bélico volvería a bloquearlos irremediablemente, desvalorizándolos. En caso de no haber guerra, esa reserva de divisas se iba a reponer sola en un período determinado. Miranda compró maquinarias, equipos industriales y trajo elementos de guerra porque era lo único que se podía comprar en una época donde todo era calificado como *material crítico*. Pero la guerra no se produjo y, a cambio de eso, en 1948 el Plan Marshall comenzó a derrumbar nuestros precios en el mercado internacional porque los Estados Unidos regalaban lo mismo que nosotros teníamos que vender. Perón había confiado en su embajador norteamericano que le aseguró, un año antes, la participación de Argentina en un *pool* de alimentos que Marshall planeó adquirir a los países productores para distribuirlos luego en Europa. Después el Senado norteamericano modificó esta idea al aprobar el plan y decidió que Argentina se arregle como pueda."

La situación se agravó porque Miranda había almacenado dos cosechas íntegras de maíz y lino, retaceando su venta en busca de buenos precios. "Y los precios no sólo bajaron –dice Gómez Morales–, sino que los compradores, aunque necesitaban nuestros productos, se hacían los desinteresados para provocar un derrumbe total. Al fracasar aquella política se produjo una drástica reducción de divisas y quedaron créditos sin cubrir en bancos norteamericanos por cerca de 200 millones de dólares. El impacto producido en la balanza de pagos y la agudización del proceso inflacionista, provocado por una sobreexpansión del crédito bancario y un aumento excesivo del consumo y las inversiones públicas, motivaron un rápido cambio de política en 1949 y la salida de Miranda. Cuando nos hicimos cargo del Consejo Económico empezamos por reducir el déficit de 200 millones de dólares a la mitad, utilizando las disponibilidades del

Banco Central y disponiendo que el 20 por ciento de las ventas a los Estados Unidos se localizaran en el Banco de la Reserva Federal, para amortizar el saldo. Al año siguiente, Cereijo fue a Washington y obtuvo un crédito del Eximbank para un consorcio de bancos argentinos, lo que permitió cancelar totalmente los saldos pendientes."

El nuevo equipo se propuso "poner orden en los distintos niveles de la economía argentina" y resolvió adoptar algunas medidas purificadoras. Gómez Morales explicó como se eliminaron los excesos especulativos en la Bolsa: "Había dos acciones claves destinadas a la especulación, Compañía Argentina de Pesca y Bodegas El Globo. Para terminar con esas maniobras citamos a uno de los *peces* más gordos y lo obligamos a entregarnos todas las acciones en su poder, respaldándole sus deudas con los comisionistas. Enérgicamente restringimos el crédito con caución de acciones, y el mercado a término se reglamentó minuciosamente: una manera de desinflar la Bolsa con ajustes dolorosos pero necesarios". Otra de esas medidas consistió en reglamentar el otorgamiento de permisos de exportación, que estaban en manos de especuladores. "Los permisos en trámite fueron revalidados, anulándose aquellos que cubrían importaciones no indispensables. Establecimos una flexibilidad para casos de excepción, con el artículo 11 de la carta orgánica del Banco Central, cuyo uso fue insignificante en el monto global de permisos otorgados." También se dictaron normas para ordenar y calificar el crédito bancario "con el propósito de restringir cualitativamente la expansión de la moneda", se arbitraron medios para colocar los saldos exportables y se revisó la política agropecuaria ("Mejoramos los precios de los productores".) La idea que animaba al Consejo Económico, era la de "contrarrestar el proceso inflacionista sin perturbar el desarrollo del país". Explicó Gómez Morales que Perón definió al grupo encabezado por Miranda como "un equipo de asalto que vino a modificar estructuras, provocando todos los cambios y desequilibrios inevitables" y que al plantel que lo sucedió le encargó la misión de "ordenar y equilibrar los distintos sectores de la economía nacional".

Rendición de cuentas

El hombre que cargó con la responsabilidad de rendir cuentas al final del período presidencial fue Cereijo, ministro de Hacienda inamovible desde el 4 de junio de 1946 hasta el 4 de junio de 1952. Poco antes de terminar su mandato aprovechó una conferencia en la Bolsa de Comercio para efectuar un balance general. Sobre el primer período (1946-48) expresó que "se había acumulado una reserva de oro y divisas que alcanzaba a 6 mil millones de pesos, suma que aplicamos para repatriar la deuda externa; nacionalizar servicios públicos; incrementar nuestra flota mercante; construir diques y plantas hidroeléctricas; importar máquinas y bienes de reposición; ampliar e instalar nuevas fábricas, haciendo posible la aplicación de una política de plena ocupación, simultáneamente con la elevación del nivel de vida popular, la capitalización del país y el logro de la anhelada independencia económica". Cereijo incursionó luego en el período posterior a Miranda, en que le tocó presidir el Consejo Económico, y dijo: "La aplicación discriminatoria del Plan Marshall, que nos había asegurado la colocación de nuestros saldos exportables a precios remuneradores, varió fundamentalmente las halagüeñas perspectivas. Las compras que motivó el Plan fuera del área del dólar adjudicaron a la Argentina un porcentaje que, por lo ínfimo, llegó a los límites de lo irrisorio. Estos y otros factores produjeron dificultades en materias de divisas y determinaron una serie de medidas que se concretaron en numerosos convenios bilaterales, la aplicación de una política de precios adecuados y la reestructuración de nuestra política de cambio, lo que promovió la colocación en el exterior de los elevados volúmenes de mercaderías acumuladas. El fomento de la producción agropecuaria, la racionalización de las obras públicas, la reducción de gastos oficiales, la vinculación de los aumentos de salarios a una mayor productividad obrera, la represión intensiva del agio y la especulación, promovieron la rápida exportación de las existencias acumuladas, mejoraron la situación en materia de divisas, incrementaron la producción industrial y redujeron el ritmo de aumento del costo de la vida".

Cereijo señalaría quince años después, la incidencia de

factores negativos que operaron a partir de 1950: "El encarecimiento internacional de mercaderías necesarias; la consiguiente suba de los precios de importación; la aplicación de importantes sumas de divisas para obtener materiales críticos; el acaparamiento de productos esenciales por los Estados Unidos y las maniobras de la conferencia internacional de materias primas se unieron a un desgraciado fenómeno interno de orden climático: la persistente sequía que durante casi tres años diezmó nuestros planteles ganaderos y redujo la producción agrícola. Todo eso neutralizó los resultados beneficiosos y deparó una nueva escasez de divisas y disminución de la producción".

Prosperidad y bancarrota

Un investigador norteamericano de la Universidad de Pennsylvania, que entre 1943 y 1945 atendiera la sección latinoamericana del Departamento de Estado (y en 1952 viniera a Buenos Aires a conocer a Perón y seguir de cerca el proceso), el profesor Arthur P. Whitaker, escribió luego extensas páginas apoyadas en estadísticas de la CEPAL y en sus propias averiguaciones. Sostiene Whitaker que "las dos etapas de los primeros seis años de peronismo pueden resumirse en dos palabras: prosperidad y bancarrota; pero ambas situaciones fueron completamente ajenas al control de Perón. Sin embargo, debe anotarse que su régimen logró capear la crisis sin sufrir daños perdurables, pues el consumo permaneció en un nivel moderadamente alto en la peor época, de manera que en todo el período 1946-1952 el promedio de consumo mostró un aumento considerable de 3,5 por ciento anual; incluso en 1952 la Argentina todavía conservaba el 22 por ciento de la producción bruta total de América Latina y comenzaba una recuperación promisoria".[26]

Al compaginar el balance económico de aquellos años Whitaker anota en el debe lo siguiente: "El desarrollo económico argentino, que gira inevitablemente alrededor de las exportaciones de materias primas, se logra con una

independencia gradual de ellas. El grave error de Perón (o de Miranda) fue hacer esa reducción rápida y no gradual. La agricultura argentina había perdido algo de su vigor antes de llegar Perón y podría recuperarse en el período posbélico, cuando los precios de los cereales eran altos; pero en su prisa por industrializarse y rearmarse Perón le infligió un nuevo daño. Como las exportaciones fundamentales de ese país son los productos agrícolas y ganaderos, estuvo a punto de destruir sus propios objetivos y arruinar su régimen. En 1948 comenzó a ver sus errores y trató de enmendarlos, pero en seguida vino la sequía". Otro aspecto negativo es que "Perón prometió insistentemente la reforma agraria y nunca la hizo, pues la concentración de la propiedad siguió en manos de un número relativamente escaso de personas y compañías: dos mil terratenientes dueños de 54 millones de hectáreas, o sea un quinto del área total de la Argentina".

En el haber Whitaker registra "el incremento de producción industrial en ciertos renglones, la construcción de oleoductos y gasoductos, el descubrimiento de importantes yacimientos de hierro y petróleo y el aprovechamiento de un gran depósito de carbón en el sur. Hubo aumentos considerables en los productos químicos, cemento, papel, cerveza, fuel-oil y diesel-oil, aunque el mayor índice se registró en los motores eléctricos, de los que se produjeron seis veces más en 1952 que en 1946. Las importaciones se modificaron positivamente cuando la entrada de bienes de consumo cedió paso a la de bienes de capital".

Lo que decía Perón

Exaltando las bondades de su política, Perón solía redondear estas cifras: "Cuando me hice cargo del gobierno encontré un país endeudado y descapitalizado. La estadística de 1946 era la siguiente: 3.500 millones de dólares de deuda externa; cero de reserva financiera; balanza de pagos desfavorable; mil millones de dólares anuales en servicios financieros y un crédito de 1.500 millones de pesos bloqueados porque no nos querían

pagar. El país detenido. Yo formé un Consejo Económico rápidamente; tomé hombres capacitados y, con Miranda a la cabeza, nos pusimos a estudiar. Estuvimos una semana entera a sandwiches de lomo, sin salir de la Casa de Gobierno. Cada uno hizo una monografía, que no podía exceder de 5 carillas, para formalizar un estudio integral. Nos dimos cuenta en seguida de que el país estaba descapitalizado por falta de organizacón financiera. Nos descapitalizaban los servicios públicos; los ferrocarriles se llevaban montañas de dinero; la deuda externa succionaba 800 millones de pesos por año; 800 millones los fletes marítimos, porque no teníamos una flota mercante; los tranvías nos llevaban 120 millones anuales; los seguros, 150; los reaseguros, 50; la comercialización de la cosecha nos robaba otros 1.500 millones por año. Todo eso había que pagarlo en divisas. ¿Qué hicimos nosotros? Primero comprar los servicios públicos, para no pagar mil millones por año, y después repatriar la deuda. Pero nos dimos cuenta de que seguíamos descapitalizándonos a través del sistema bancario, y nuestra reforma bancaria consistió en nacionalizar los depósitos. Cuando tapamos ese agujero, nos descapitalizaban con la comercialización; vendían por mil millones y nos fraguaban los documentos: traían 500 millones y radicaban 500 en el exterior. Entonces hicimos la ley nacional de cambios para que no nos robaran más. Cuando empezamos a aplicar todo eso, se juntó plata y lanzamos el Plan Quinquenal, que comenzó a trabajar, porque para hacer plata hay que trabajar. Nadie se hace rico viviendo de prestado. Nos pusimos a trabajar; claro que el impulso inicial fue muy bravo: hubo que hacer una inversión en masa utilizando todo el crédito y todo lo que estábamos capitalizando, para romper la inercia".

Estas declaraciones de Perón fueron formuladas a un corresponsal de *Primera Plana*, durante su exilio en Madrid. Las cifras que entonces manejó no eran correctas y pueden rebatirse fácilmente con solo acudir a las estadísticas oficiales publicadas por su propio gobierno. Tampoco se corresponden los episodios que cita con el orden cronológico en que ocurrieron. Pero era común que Perón diera cifras en el aire y que acomodara los hechos históricos a su mejor conveniencia política, escudándose en la seducción que ejercían sus palabras.

Nunca aceptó Perón que se le dijera que había

recibido una economía floreciente, con motivo de la posguerra:

"¡Qué iba a ser floreciente! La encuesta que realizamos en el Consejo de Posguerra, que creé yo para evitar que nos hicieran pagar las guerras como pasó en la anterior, determinó la necesidad de traer al país 20 mil equipos industriales, porque las fábricas tenían todos sus materiales obsoletos. ¿Floreciente tener una deuda de 3.500 millones de dólares y pagar 800 millones de pesos por año de intereses? Cuando nosotros llegamos, todavía la moneda no había caído. Teníamos algunas reservas; cosechas, que era con lo que podíamos contar, y 1.500 millones de dólares bloqueados en los Estados Unidos. Quisimos comprar a los norteamericanos y nos dijeron que no. Previmos que se venía una crisis de trigo, porque Estados Unidos con la guerra había consumido su stock y si le venía mal una cosecha se producía la crisis. ¿Sabe lo que hicimos? El trigo, que se pagaba 6 pesos por quintal, Miranda lo compró a 20 pesos a nuestros chacareros, que se quedaron eufóricos, y lo metimos en silos subterráneos. Llegamos a juntar más de 10 millones de toneladas. Dio la casualidad que se produjo una sequía acá, otra en Europa y otra en Estados Unidos, y se pierden dos cosechas. El trigo se fue de 20 a 60 pesos y nosotros lo vendimos e hicimos divisas. Pero veíamos que estaban por echar abajo las divisas, y cuando se produce eso los bienes de capital suben proporcionalmente. Entonces dijimos: hay que largar todo lo que tengamos de moneda y comprar bienes de capital, que van a subir, y no monedas que van a bajar. Fue cuando ordenamos traer, en una sola operación, 60 mil camiones del ejército norteamericano que estaban en Bélgica y en Shangai. Los compramos por 2 mil pesos cada uno, luego los vendíamos en la Argentina a 4 mil, y eran baratos. Un año y medio después bajó la libra por decreto en un 30 por ciento y el dólar comenzó a caer junto con otras monedas; pero nosotros ya teníamos todo comprado. El propio administrador de puertos me vino a decir que no compráramos más porque no había donde ponerlo. Le dije que no se preocupara, que hiciera montañas con las cajas. Así trajimos 20 mil equipos industriales, y aquellos camiones de dos mil pesos llegaron a venderse después en 60 mil. Compramos 100 equipos para arreglar caminos a 25 pesos cada uno y después del 48 valían 350 mil. Las estadísticas no me dejan mentir."

Aquella política espectacular planeada por Miranda y que tanto fascinó a Perón tuvo su ocaso a fines de 1948, cuando comenzaron a aflorar los desaciertos. Gómez Morales lo explicó así: "La política de Miranda, globalmente, no era mala, pero fallaba en su ejecución. El se jugó y perdió, y por supuesto cargó con las culpas del que se equivoca. Si acertaba era un genio, pero erró. Entonces algunos ministros llevaron el planteo a Perón y agregaron fallas de orden técnico que eran pequeñas, pero que sumaban. Miranda no pudo defenderse y tuvo que renunciar. Se había producido un inevitable enfrentamiento entre su arrollador estilo empresario y el técnico de los funcionarios de carrera. Mientras él hacía las cosas apresurada y desordenadamente, los otros reclamaban mesura y prolijidad. A mí, por ejemplo, nunca me vio con buenos ojos, porque yo era funcionario de carrera (había sido director de Abastecimientos y subsecretario de Industria y Comercio) y muy cuidadoso de lo que hago. Difícilmente me hubiera ocurrido lo mismo que a él, porque no sería capaz de retener dos cosechas para hacer un negocio. Es demasiada responsabilidad y mucho riesgo. Yo corro riesgo con lo mío, no con lo ajeno. Otro defecto de los empresarios llegados a la función pública, como Miranda, es el de eludir normas burocráticas que sirven de control; aplicando un criterio rígido se les puede imputar luego irregularidades, al menos formales, y formular cargos a la ética administrativa".

Es muy difícil establecer fehacientemente cuál fue el cargo que Perón recibió debidamente documentado para exigir la renuncia a Miranda, pero por las versiones de algunos ex funcionarios de segundo orden, que recogieron infidencias en los corrillos, se deduce que las acusaciones excedían el plano político: Miranda habría recibido fuertes sumas de dinero de un empresario favorecido por el gobierno, y luego no pudo documentar que ese dinero hubiese sido entregado a Evita para que ayudara a los pobres que la visitaban, porque no era contabilizado. Una vez instalado en Montevideo, adonde se mudó poco después de renunciar, Miranda aceptó responder a las preguntas de un corresponsal de *La Vanguardia* (edición clandestina del 31-5-49) y desmintió que se hubiera

distanciado de Perón: "Me acaba de nombrar arquitecto de la independencia económica". Confiaba aún en retornar a Buenos Aires para volver a dirigir la economía: "Depende de que uno de los tres grupos en pugna conquiste el predominio absoluto. Ya verán".

Pero nadie vio nada, ni siquiera a esos supuestos grupos. Sólo quedaron indicios de que Perón intentó obtener un asesoramiento poco antes de la muerte de Miranda y que éste, en sus últimos días, expresó a sus amigos: "Perón es muy hábil político. Me usa a mí, usa a Evita, usa a los obreros contra los militares y a los militares contra los obreros". Es algo en lo que coincide el sociólogo Alberto Ciria cuando dice que "el objetivo de Perón era convertir a la Unión Industrial en la contrapartida de la C.G.T., paso logrado imperfectamente en 1952 con la creación de la C.G.E." [27]

Los vaivenes de la política económica no impidieron a Perón otorgar repetidos aumentos de salarios que alcanzaron un promedio del 56 por ciento anual desde 1946 hasta 1952.

A fines de 1951 las estadísticas señalaron que los obreros sumaban 7 millones o sea el 39 por ciento de la población, y que el 70 por ciento de ellos (unos 5 millones) estaba sindicalizado. Se criticó a Perón que los reiterados aumentos de salarios beneficiaban a unos en desmedro de otros y que la constante inflación incidía de manera adversa en los niveles de vida del resto de la población. Miranda respondió una vez a esa acusación con estas palabras: "¡Qué me importa la clase media! Ella no decide las elecciones". Sin embargo, los índices de nivel de vida señalaron, a mediados de 1952, que la Argentina mantenía el más alto nivel de América latina. Las cifras no lo dijeron todo, pues un estudio del Departamento de Comercio norteamericano computó que "los obreros argentinos también se beneficiaron con las contribuciones para servicios sociales hechas por sus empleadores y con otros servicios marginales que recargaron en un 40 por ciento los costos de salarios". Esos mismos estudios señalaron que el grupo más numeroso, o sea los obreros no calificados, estaba en mejor posición que el sector especializado (que incluye también a los empleados) y que constituye el límite inferior de la clase media. Los estratos superiores de esa clase fueron en realidad los más afectados, porque los grupos intermedios (pequeños comerciantes e industriales) se beneficiaron con el mayor consumo y su escaso personal.

El principio de esa euforia sirvió a Perón para anunciar la puesta en marcha de sus tres postulados: justicia social, soberanía política e independencia económica. Esta última fue declarada el 9 de julio de 1947, también en la casa histórica de Tucumán. La llegada al país del presidente chileno Gabriel González Videla, especialmente invitado, fue coronada con una despampanante parada militar en aquella ciudad, que cubrió la avenida Benjamín Aráoz desde el Parque Nueve de Julio hasta el Hipódromo. Un séquito permanente de granaderos acompañó a los dos mandatarios después que Perón refrendara el Acta de la Independencia Económica. Los enunciados que se acababan de aprobar le sirvieron para rescatar aquella famosa frase de sus discursos en que prometía cortarse la mano "antes de firmar un pagaré a los norteamericanos o a los ingleses".

Sin embargo, fue a mediados de 1950 cuando gestionó un empréstito a los Estados Unidos para recomponer las deterioradas finanzas y superar los síntomas críticos de la economía. La firma fue estampada por Cereijo en Washington, tras pacientes y laboriosas gestiones ante los directivos del Eximbank. Ese convenio permitió respaldar a un grupo de bancos argentinos sus deudas por valor de 125 millones de dólares. Perón, lejos de cortarse una mano, siguió alzando sus brazos en gesto triunfalista delante de la multitud que lo ovacionaba en las grandes concentraciones populares. En una de ellas, ante las críticas de la oposición por el despilfarro de divisas que había hecho Miranda, preguntó a sus seguidores: "¿Para qué queremos dólares? ¿Ustedes vieron un dólar alguna vez?"

La gran experiencia

Los pocos investigadores que analizaron desapasionadamente el resultado de la política económica peronista durante la primera presidencia obtienen serenas conclusiones del cúmulo de medidas adoptadas. Uno de esos estudiosos, Héctor L. Diéguez, señaló por ejemplo que

"la experiencia argentina en materia de nacionalizaciones ha desprestigiado el sistema" y atribuyó el fracaso a "las limitaciones y vicios observados". Según Diéguez, "esto no justifica retornar al criterio estrecho de que eran mejores los viejos tiempos de la explotación inglesa de servicios públicos, porque debe entenderse que las nacionalizaciones constituyen uno de los instrumentos esenciales de la acción del Estado".[28]

En esto concuerda Alfredo Eric Calcagno cuando dice que "el hecho de que el Estado sea propietario no quiere decir que forzosamente el sector nacionalizado va a estar al servicio de las conveniencias populares; eso dependerá del interés social que represente el Estado, porque lo importante es quién nacionaliza, cómo nacionaliza y para qué nacionaliza".[29]

Similares conclusiones apuntó Leopoldo Portnoy cuando advierte que "al amparo de la mayor intervención del Estado en la economía medraron numerosos grupos que se enquistaron en la nueva burocracia o se beneficiaron por las nuevas actividades transferidas del sector privado al sector público".[30] Portnoy señala que las transformaciones operadas retaceaban luego sus verdaderas soluciones, "porque no se pretendía una modificación substancial", y observa que la nacionalización del Banco Central y de los depósitos bancarios "permitió que los bancos particulares manejaran los depósitos de acuerdo con disposiciones y controles que, por su complejidad y dimensión, no eran fáciles de establecer" y resultó que "cuando la inflación hizo que las tasas efectivas de interés se elevaran por encima de las que estableció oficialmente el Banco Central, el otorgamiento de créditos por los bancos particulares puso en manos de los mismos un poderoso instrumento económico que aun dentro del marco de las normas fijadas significó un elemento manejado al margen de la decisión del Estado".

NOTAS

[1] La noticia fue obtenida por el corresponsal diplomático del *New York Herald Tribune* y transmitida por las agencias norteamericanas de noticias.

[2] Cinco años después, Teisaire se encargaría de decapitar políticamente a Colom mediante la reforma de los circuitos electorales de la Capital Federal. Colom perdió su banca de Diputado por 340 votos.

[3] Bramuglia se negó a presentar un habeas corpus en favor de Perón, cuando éste se encontraba detenido y Eva Duarte le pidió ayuda para sacarlo del país. Ex socialista, Bramuglia fue uno de los integrantes del "estado mayor" del coronel, entre 1943 y 1945, desde su cargo en la Secretaría de Trabajo. Desempeñó el ministerio de Relaciones Exteriores en el gabinete que asumió el 4 de junio de 1946.

[4] Se cuestionaba a Mercante su falta de residencia en la provincia, en los últimos cinco años.

[5] Seis días antes había sido consagrado por el Colegio Electoral de Santa Fe.

[6] Jorge Farías Gómez capitaneaba en ese entonces el sector intransigente, que se había opuesto al ingreso de la UCR en la Unión Democrática.

[7] Arturo Frondizi explicaría que "la impugnación se apoyaba en el precepto constitucional que prohíbe la reelección de Presidente y Vicepresidente y constituía una manifestación extrema de oposición". Perón había sido Vicepresidente del gobierno de Farrell.

[8] La oposición estaba constituida por 44 diputados de la UCR, 2 del Partido Demócrata Nacional, 1 del Partido Demócrata Progresista, 1 de la UCR Antipersonalista y 1 de la UCR Bloquista.

[9] El bloque peronista constaba de 64 diputados del Partido Laborista, 22 de la UCR Junta Renovadora, 19 de la Unión Radical-Laborista, 2 de la Unión Cívica Yrigoyenista y 2 del Partido Radical Yrigoyenista.

[10] El decreto especificaba que "se declara la guerra para identificar la política de la Nación con la común de las demás repúblicas americanas".

[11] Después de la crisis de Irán, que agrietaron las relaciones entre Oriente y Occidente.

[12] En Chapultepec se había consolidado el sistema panamericano, y en San Francisco se habían creado las Naciones Unidas.

[13] Perón había ofrecido 12 puestos de diputados a los nacionalistas, que sólo aceptaron Ernesto Palacio y Joaquín Díaz de Vivar. El resto presentó lista aparte de diputados y senadores con la sigla Alianza Libertador Nacionalista y apenas obtuvo 25.000 votos.

[14] Votaron contra el proyecto 5 peronistas, Díaz de Vivar, Cooke, Alvarez Vocos, Boulloza y García, y 2 laboristas, Cipriano Reyes y Carlos Gericke.

[15] *Yankee Diplomacy U. S. Intervention in Argentina por O.* Edmund Smith (Jr.) Dallas, 1953.

[16] El Tratado de Río fue aprobado por el Congreso Nacional casi tres años después, el 28 de junio de 1950, cuando los Estados Unidos condicionaron un crédito de 125 millones de dólares a esa ratificación.

[17] La presencia del general George Marshall en la Conferencia acrecentó esa idea y estimuló las votaciones a favor de los Estados Unidos, pero este país dejó para más adelante (la Conferencia de Bogotá) los problemas económicos del continente.

[18] Los Estados Unidos acababan de marginar a España del Plan Marshall (6 mil millones de dólares) castigando a Franco por su adhesión al nazismo.

[19] Cien mil personas habían acompañado silenciosamente a Gaitán hasta la Plaza Mayor de Bogotá, dos meses antes, para reclamar piedad por las persecuciones.

[20] Laureano Gómez preparó en España su regreso político, que se produjo un año después. En 1950, bajo un clima de terror y fraude, conquistó el poder hasta que Gustavo Rojas Pinilla lo derrocó en 1953.

[21] Arturo Alessandri ejercía su segundo período presidencial, entre 1932 y 1938. También gobernó desde 1920 hasta 1924.

[22] Juan Atilio Bramuglia renunció en agosto de 1949 por divergencias internas, y el nombramiento del nuevo canciller, Hipólito Jesús Paz, fue respaldado por Eva Duarte.

[23] Irazusta, Julio: *Perón y la crisis argentina*, Edit. La Voz del Plata, Bs. As., 1956.

[24] Pinedo, Federico: *Siglo y medio de economía argentina*, Edit. Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México, 1961.

[25] Portnoy, Leopoldo: *La Realidad argentina en el siglo XX: análisis crítico de la economía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

[26] Whitaker, Arthur P.: *La Argentina y los Estados Unidos*, Edit. Proceso, Bs. As., 1956.

[27] Ciria, Alberto: *Partidos y poder en la Argentina moderna*, Edit. Jorge Alvarez, Bs. As., 1964.

[28] Diéguez, Héctor L.: *Teoría y práctica de la economía argentina*, Federación de Empleados de Comercio, Bs. As., 1958. 1958.

[29] Calcagno, Alfredo E.: *Nacionalización de los servicios públicos y empresas*, Bs. As., 1958.

[30] Portnoy, Leopoldo: Obra citada.

INDICE

Prólogo 7
I. Las elecciones de 1946 9
II. La creación del Partido Peronista. 17
III. La verticalización sindical. 27
IV. Los peronistas en el Congreso 38
V. La política exterior 47
VI. Plan de Gobierno 73
VII. Nacionalización de Servicios Públicos 86
VIII. Política agraria: 111
IX. Comercio exterior 122
X. Obras Públicas 131
XI. Balance de los seis primeros años. 144
Notas 154